

Sara Stridsberg

BECKOMBERGA
Oda a mi familia

Traducción de
Carmen Montes Cano

Nørdicalibros



BECKOMBERGA

ODA A MI FAMILIA

SARA STRIDSBERG

Traducción de Carmen Montes



Título original: *Beckomberga - Ode till min familj*

Agradecemos la ayuda de Swedish Arts Council
para la traducción de este libro

© Sara Stridsberg 2014

Publicado por acuerdo con Hedlund Agency

© De la traducción: Carmen Montes Cano

Edición en ebook: mayo de 2019

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-61-9

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ODA A MI FAMILIA

Un ave marina de color blanco recorre flotando solitaria las galerías de Stora Mans, el pabellón masculino de Beckomberga. Es grande y reluciente y, en el sueño, yo corro para tratar de atraparla, pero no logro darle alcance antes de que salga volando por una ventana rota y desaparezca en la noche.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(OLOF)

Es junto al mástil de la radio de la estación de Spånga, final del invierno de 1995. Un paisaje invernal solitario y rígido se extiende ante él mientras va trepando por el mástil expuesto a los gélidos vientos. Tiene el cuerpo viejo y frágil, pero, por dentro, él se siente joven y está lleno de vigor. Mantiene la vista fija en las manos para no sufrir vértigo y la noche es clara a su alrededor, las puntas de alfiler que son los orificios de las estrellas a través de los cuales penetra la luz procedente de otro mundo, un destello intenso que brilla detrás de lo negro, una promesa de algo distinto, un resplandor capaz de iluminar y de velar por él en lugar de esta oscuridad fría y húmeda que siempre lo ha rodeado: un sol gris, un rayo de sol gris granulado. En el horizonte, la primera luz débil, palpitante, una franja atmosférica estrecha rosa y oro y, unos kilómetros más allá, está esperándolo su cama en un dormitorio de Beckomberga, vacía y vestida de limpio al lado de otras camas en cuyas sábanas descansaron un día las sombras de cuerpos blandos, durmientes y desprotegidos. Ya no queda ninguno.

Un buen rato se queda en lo alto, en el voladizo, y contempla la ciudad apagada y las escasas luces blancas en la noche. Luego se quita la chaqueta y el jersey grueso, el gorro negro del hospital y las gafas, lo deja todo a su lado en un pulcro montoncillo. El mundo se extiende a sus pies, un cobertor de casas y de calles y de personas que respiran como un único pulmón humano saludable y limpio y sereno, pero aquí no hay ningún futuro para él, nunca lo ha habido, él siempre ha vagado solo, con la marca de la enfermedad como un dibujo repujado bajo la piel, visible para todos salvo para él mismo. Cada vez que se ha acercado a una muchacha ella se ha retraído asustada y cada vez que le ha tendido la mano a alguien lo han interpretado como un gesto de hostilidad y lo han vuelto a trasladar al hospital. Una reja invisible extendida entre el mundo y él, con rostros mudos ellos le han dado la espalda, eso ha hecho que tenga miedo a las personas y ha ido retrayéndose y manteniéndose cada vez más apartado. No hay nadie que vaya a echarlo de menos en el mundo, esa grisura inmanejable, no cuenta con nada en particular que lo arraigue a nadie

en particular, nunca ha estado desnudo con nadie, nunca ha conmovido a nadie, es como si hubiera ido avanzando bajo un ardor de oscuridad, ninguna deuda, ningún lazo con las personas, solo esa reja, esas cadenas invisibles que lo retienen y hacen de él un hombre solo.

Y cuando la enfermera atraviesa los dormitorios vacíos y enciende las lámparas diurnas de la última sección del pabellón masculino de Stora Mans, se lanza a la noche con un único deseo, que algo lo lleve, una mano o un viento, que algo lo mantenga en el mundo, pero no es más que un fardo que va dando vueltas, que gira varias veces en el aire antes de alejarse rodando por encima del filo del mundo, y cae a la tierra y se hace trizas.

Los últimos meses que ha pasado en Beckomberga le han dado permiso para salir solo, pero él nunca usa esos permisos, sino que se pasa los días junto a la ventana mirando los árboles, ni una sola vez sale al jardín a pasear con los demás. Deja de encender el globo terráqueo que durante muchos años ha tenido al lado de la cama, y la víspera del día en que va a dejar el hospital, después de la consulta del alta con el doctor Janowski, se para delante del cuarto de la enfermera de planta con la gorra y la americana encima del pijama y le comunica que va a salir unas horas a recoger flores. («¿Recoger flores en febrero?»). Él desaparece y no vuelve por la tarde ni tampoco al día siguiente. Unos días después, hallan el cuerpo sin vida debajo del mástil de la radio, una mujer que va paseando por la zona con un perro lo encuentra allí sobre el césped amarillo del año anterior, tendido con el pijama de rayas, la cabeza aplastada y escarcha en la ropa.

I

LA PRIMERA CONVERSACIÓN

—He visto en el periódico que ha muerto Edvard Winterson —dice Jim, sentado en el círculo de luz de mi flexo en la calle Jungfrugatan, y manosea un recorte de periódico, es una necrológica—. El jefe médico de mi sección en Beckomberga. ¿Te acuerdas de él, Jackie?

Las estrellas se encienden en el cielo una tras otra mientras hablamos, una hilera de perlas sobre el profundo azul, es la luz sorda, vertiginosa de las estrellas nocturnas, y claro que me acuerdo de Edvard, solía estar a la entrada de Stora Mans fumándose un cigarro al atardecer, una guirnalda de humo en la luz gris, su amplia sonrisa cuando vio a Jim, aquella vez que me quedé dormida en el tapizado desvaído del asiento trasero de su coche, cuando me llevó a casa desde el hospital.

A la suave luz de la lámpara, Jim me cuenta que, cuando estaba ingresado en Beckomberga, solía ir con Edvard Winterson en su Mercedes plateado a fiestas nocturnas en el barrio de Östermalm. A la puesta del sol lo recogían en su sección y luego cruzaban por el paseo de tilos y continuaban en dirección a la ciudad que se iba apagando, aquella ciudad que un día fue su vida. Edvard Winterson llevaba ropa de calle para él, una camisa limpia, vaqueros y chaqueta, que esperaban en la carrocería del coche en una pila ordenada, y cuando cruzaban la verja del hospital, ya tenía una copa y un cigarro en la mano.

—Edvard era un hombre fabuloso —dice Jim, y se ríe—, y él también estaba completamente loco. Nos enamoramos de la misma mujer. Sabina. ¿Te acuerdas de ella? Era un ser salvaje, y como Edvard no era más que un niño rico de Östermalm, no tenía ni idea de cómo tratarla.

Unos restos de nubes rezagadas avanzan por ese grabado desbordante que es el cielo esta primera tarde de invierno en la que Jim viene a verme y me habla de Beckomberga. Está de visita en Estocolmo, dentro de unos días vuelve a Cariño, la casa que tiene en el Atlántico. El latir de las últimas venillas rojas del sol y los bucles del humo de tabaco que abandonan sus labios mientras habla me hacen pensar en la niebla que se extendía sobre la zona cuando Lone y yo fuimos allí por primera vez para hacerle una visita, el humo de la nieve entre los edificios.

Todo estaba helado a nuestro alrededor, mientras caminábamos por los estrechos paseos asfaltados tratando de leer los letreros. Parecía que alguien hubiera cortado la corteza de los troncos empapados, y aún puedo oír los gritos de las urracas rebotando entre los edificios de aquel patio similar a un cuartel cuando corríamos a toda prisa hacia Stora Mans. Lone con un abrigo rojo claro y unas botas, algo inclinada hacia delante, agarrando fuerte las solapas del cuello con las manos. Parecía que estuviera atravesando una tormenta. El semblante pálido de Jim, sin sonrisa, tenía la mirada apagada y le temblaban tanto las manos mientras trataba de encender un cigarro que tuvo que rendirse y guardarlo otra vez. Lone, que en realidad había dejado de fumar, echó mano del paquete y se lo encendió, uno para él y otro para sí misma, y dio unas cuantas caladas rápidas sin tragarse el humo antes de aplastar el cigarro con el tacón de la bota.

Jim: Lo había intentado muchas veces con anterioridad, pero nunca demasiado en serio. Muchas veces me encontraba con la cabeza metida en el horno de gas de Lone cuando ella llegaba del trabajo. Un ramo de rosas en la mesa de la cocina y a encender el gas. Era un experimento. En esta ocasión fue como estar en caída libre. Iba cayendo y luego seguí cayendo sin cesar.

Los amigos de Jim en el hospital lo llamaban Jimmie Darling, y al cabo de un tiempo, yo también empecé a llamarlo Jimmie Darling cuando nos sentábamos junto con los demás pacientes en la breve pendiente rodeada de abedules jóvenes. El humo de los cigarros, que ascendía hacia el cielo, era señales de humo para quienes se encontraban al otro lado de la valla, un saludo nuestro al mundo de allá fuera. Yo juntaba colillas, que les daba a Jim y a Sabina, y más tarde a Paul.

—¿Jimmie Darling?

—Sí.

—¿Te vas a poner bien?

—No lo sé, Jackie.

—¿No quieres ponerte bien?

—Yo ya no sé lo que quiero, ya no sé lo que significa eso, lo que significa estar bien. Y aquí me siento en casa, más en casa de lo que me había sentido hasta ahora en ningún otro lugar. Las personas son distintas aquí, no tienen nada, y eso lo he aprendido aquí, que no importa lo que uno tiene ni dónde vive. Al final, todos somos iguales, no hay forma de protegerse.

—¿De protegerse de qué?

—No lo sé. De la soledad..., del precipicio interior.

—O sea, que no vas a volver, ¿no?

—Todavía no lo sé, Jackie. Tú no me esperes.

Sabina está tumbada boca abajo en la hierba negra que hay delante de la capilla, con un libro abierto.

—Todo lo que pido es libertad —dice, y levanta la vista hacia mí, y se le abren las pupilas a pesar de la intensidad del sol, hasta que lo único que queda del ojo es tinta negra y dolor puro—. Y cuando me niegan la libertad, como hacen siempre, yo me la tomo de todos modos.

Nunca olvidaré sus ojos, cómo se dilataban y se contraían a aquella luz tan

fuerte bajo los árboles de Beckomberga. Ojos grandes, oscuros e inmóviles en su rostro, rígidos por las medicinas y el alcohol. Durante mucho tiempo ella fue mi imagen del futuro, ahora ya no sé. Una tarde que estoy en la ventana de la sección 6 la veo correr pendiente abajo junto a los abedules que hay detrás de Stora Mans, seguida de Edvard. Al llegar al gran roble, él le da alcance y tira de ella hacia abajo hasta la hierba, le arranca el collar y las perlas salen volando por el aire, como una cascada de agua, como gotas de lluvia de color azul.

Me paso meses encontrando perlas en la hierba, debajo del roble. Azul aciano, índigo, azul intenso, azul cielo... Y se van quedando cada vez más deslucidas, algunas perlas han perdido el color por completo, se han quedado como el marfil, incoloras. Primero pienso en devolverlas, pero resulta que no hay nadie a quien dejárselas.

Jim parece un niño viejo allí sentado, hundido en el sillón de un modo que parece que el asiento fuera enorme, con las piernas huesudas extendidas de cualquier manera. El sillón es una de las pocas cosas que quedan de Vita y Henrik, todo lo demás se ha perdido, lo vendieron hace mucho, cuando Jim necesitaba dinero. En las fotografías ellos van siendo cada vez más jóvenes a medida que nosotros envejecemos. Vita no tenía ni cuarenta cuando se marchó, un poco más joven de lo que yo soy ahora, y sus ojos siguen irradiando luz en las viejas fotos en blanco y negro de la boda.

Nadie creyó nunca que Jim iba a envejecer, claro. Siempre ha estado fuera del tiempo y ha vivido según sus propias reglas, como un niño grande ingobernable y peligroso, y siempre ha amado la muerte demasiado para que alguien pudiera imaginarse a un Jim envejecido. A veces pienso que Jim no tiene fotos de la vida posterior a la juventud, del envejecimiento, él siempre ha hecho lo que le ha venido en gana, siempre ha seguido todos los impulsos e instintos: ha mentido, engañado, bebido, abandonado; no creo que haya querido a nadie nunca. Ni a mí ni a mis hermanastros, quizá ni siquiera a Lone.

—Venga ya, Jackie —dice, olvidando que el año que viene cumple setenta—. Yo nunca me haré viejo. He llevado una vida demasiado dura. Y nunca he querido vivir. No de verdad. No como tú.

Otra vez ha decidido morirse, lo comunica sin ambages en cuanto entra por la puerta del piso de Jungfrugatan. «No quiero hacerme viejo, Jackie. Ya no hay nada por lo que seguir viviendo». Ha venido a Estocolmo para despedirse de mí y de Marion. Dentro de unos meses nadará mar adentro desde la pequeña bahía del norte de España. Ha guardado una caja de somníferos de la marca Imovane y me ha pedido la bendición, y yo se la he dado, puesto que suelo darle lo que me pide. Siempre me he quedado muda ante su presencia, es como si todos los pensamientos se destruyeran dentro de mí.

—Haz lo que quieras, Jim —le digo sin más—. Es lo que has hecho siempre.

Jim solía escribirme cartas cuando se mudó de la casa donde vivíamos Lone y yo a la estrecha habitación de alquiler de la calle Observatoriegatan, eso fue antes de que se fuera a Beckomberga.

—Por favor, Jackie, tienes que ayudarme. Basta con que vengas un rato después del colegio. Tú eres la única que puede salvarme ahora. ¿No puedes venir a verme, Jackie? Estoy tan solo aquí...

Yo nunca respondía a esas cartas, porque no sabía qué decir, y porque nunca tuve la sensación de que yo pudiera salvar a Jim ni aunque lo intentara de verdad. Al final, siempre lo ha salvado otro, una mujer como Sabina o el alcohol.

Jim está muy cambiado. Tiene la cara pálida a pesar del intenso sol ardiente que brilla sobre la casa de Cariño, y va vestido con un traje de caballero varias tallas más grande de la cuenta, y unos zapatos muy elegantes, un tipo de indumentaria que nunca había llevado hasta ahora. Antes siempre iba en vaqueros y camisetas archilavadas y zapatillas de deporte. Es como si se hubiera vestido para su propio entierro. Y aquella luz que siempre se le veía en los ojos ya no está. Aquella luz hermosa, aterradora, solitaria que se desbordaba, que iluminaba la noche a su alrededor y que revelaba un tipo particular de intensidad y de brutalidad, algo imparabile, un fuego violento o un precipicio. Tiene el iris azul oscuro de uno de los ojos cubierto de una débil membrana lechosa, y la mirada inquieta, anhelante. Sin las mujeres y el alcohol, sin llevar dentro el destello de ese ardor sexual destructivo, no queda nada sino cenizas, solo un cuerpo envejecido dentro de un traje demasiado grande, sin futuro, sin esperanzas. Un tritón que surca el aire en verano, ese cuerpecillo tenso reluciente de agua, vibrante, elástico, a rebosar de vida y energía, que se seca cuando llega el frío con el invierno.

Hace mucho tiempo yo creía que nuestra familia estaba bendecida con una luz especial, pensaba que no iba a pasarnos nada malo. Jim tenía una forma de hablar del mundo que me hacía sentir que éramos sublimes y selectos, y

cuando escuchaba sus historias sobre nuestra vida, parecía que todo se volvía dorado a nuestro alrededor. Cuando llegué a Beckomberga y conocí a aquellos ancianos que se referían a sí mismos como a reyes y majestades, reconocí en ellos algo de Jim. Su vida también parecía dorada, sublime. Flotaban solitarios un poco por encima de la vida de los demás. En sus cabezas, ellos recorrían el mundo en grandes carrozas doradas, amados y temidos por todos.

Al otro lado de mi ventana se ve el blanco sol invernal deshilachado que se alarga en busca de los pinos y transforma las copas de los árboles en oro, antes de desaparecer detrás de la iglesia de Hedvig Eleonora. Por un instante, me da la impresión de que aquellos árboles enormes están ardiendo. Las raíces y los troncos desnudos brillan como el fuego al anochecer, pero la débil luz dorada no tarda en ahogarse en las sombras. Es un invierno de Judas, de una suavidad traicionera.

Jim me ha parecido frágil hoy, cuando nos hemos visto en los jardines de Humlegården, inestable a pesar de que estaba sobrio, desorientado en la nueva Estocolmo. Y si él es viejo ya, yo tampoco puedo ser muy joven, me dije observándolo mientras me buscaba inquieto con la mirada entre la muchedumbre, como un niño que buscara a sus padres. Lone es más atemporal, a veces me da la impresión de que es más joven que yo, nunca la he oído hablar mal de nadie, ni de Jim ni de ninguna otra persona. Pienso que debe de tener una predisposición especial para el amor, Marion se siente atraído por ella como por una flor.

—Háblame más de Edvard —le digo a Jim, que sigue sentado bajo el blando círculo de luz de la lámpara, porque tengo la clara sensación de que está a punto de irse de verdad, de que esos son nuestros últimos minutos juntos antes de que desaparezca. Y él sigue hablando mientras la luz de la hora azul desciende a toda velocidad y la sustituye el frío resplandor de la farola.

Al alba, ya de vuelta en las inmediaciones del hospital, Edvard le daba el uniforme y algo para dormir, una pastilla diminuta de color rosa claro. Edvard paraba el coche a un trecho del edificio y dejaba que se cambiara al abrigo de unos pinos, y luego dejaba a Jim en la sección 43, él pasaba sigilosamente por delante de la enfermera del turno de noche y se echaba a dormir un rato antes de que sonara el timbre de la mañana. Unas horas después, Edvard había vuelto a adoptar la postura formal que siempre tenía detrás del escritorio. Jim y él mantenían largas conversaciones durante las sesiones de terapia, sobre la

soledad y sobre la falta de sentido de todo. Edvard decía: «No hay forma de averiguar si alguien quiere quitarse la vida de verdad». Y añadía: «Yo no creo que tú quisieras morir, Jim. No eres un suicida. Lo que creo es que querías volver a ver a tu madre, Vita. Creo que querías preguntarle algo. Quiero que me prometas una cosa. Mientras sigamos con nuestras salidas nocturnas, quiero que te abstengas. Necesito a alguien como tú».

Y Jim me dirige esa sonrisa suya, allí sentado en el sillón de terciopelo, y enciende un cigarro con el ascua del anterior:

—Edvard siempre decía que yo no estaba enfermo. «En realidad tú no deberías estar aquí, Jim —me decía—. El coche te espera a las ocho y media delante de Stora Mans».

Alargo un brazo hacia Jim para encender otro cigarro, ha oscurecido a nuestro alrededor, y primero le ilumina la cara la llamita de la cerilla y luego el ascua del cigarro, que se ve errabunda a través de la noche.

—¿Dónde crees que están ahora? —pregunto.

—¿Quiénes?

—Los antiguos pacientes de Beckomberga.

—Aquí —dice, y se echa a reír—. En tu sillón.

—Pero ¿y los demás?

—Pues estarán por ahí, en alguna parte.

—Ya, pero ¿dónde?

—En las calles y en los albergues y en las cárceles, supongo. O debajo de los puentes. ¿Dónde iban a estar si no?

—Y tú, Jim, ¿dónde estás tú?

—Aquí, contigo, Jackie.

—Sí, ya lo sé, pero ¿estás más contento ahora?

—Yo nunca estoy contento, pero ahora me va bastante bien de todos modos.

—Pero ¿por qué lo ingresaron en Beckomberga, si no fue por el alcohol? — pregunta Lone de pie bajo las estrellas, con su abrigo, mientras observa la silueta nocturna del hospital. Parece tan joven... Siempre parecerá joven, y los mechones grises que tiene entreverados en el pelo, hilos de plata que le surgen de la cabeza como luz de luna. Es un sueño que tengo, que Lone venga otra vez conmigo al hospital. Aquí, en el hospital abandonado, están Jim y la noche, aquí hay algo inaprensible que siempre he tratado de mantener a distancia, una violencia y un amor inmenso.

—Eso no lo sé —digo—. ¿Por qué a algunas personas se les da peor que a otras defenderse?

Nubes de azufre se mueven inquietas en el cielo, sobre nuestras cabezas, como presagiando una tormenta. A veces tengo la sensación de que la vida no ha afectado a Lone en realidad, de que después de los años con Jim se retiró como un animal herido.

—¿De qué se supone que debía defenderse?

—De la vida, digo yo.

—Ah, ya.

Lone suelta una risa, es esa risa suya blanda, tintineante, la que envuelve el mundo en velos y leyendas, antes de que ella misma desaparezca de mis pensamientos.

LA NOCHE

«Hombre, nacido en 1945, ingresa en Beckomberga tras un intento de suicidio... Al cabo de unos días, sufre repetidos ataques epilépticos a consecuencia de un abuso prolongado de alcohol y barbitúricos..., trabajo, domicilio, exmujer, una hija de treinta años..., se le prescribe Antabus y se interrumpe posteriormente el tratamiento a petición del paciente..., riesgo de suicidio...».

Solo hay una fotografía de Beckomberga, la encontré en uno de los álbumes de Lone. En ella llevo un sombrero en la cabeza y, alrededor del cuello, aquella boa de zorro deslucida. La foto tiene que haberla hecho Edvard, durante alguna de las pocas visitas de Lone a Beckomberga, y, curiosamente, una mariposa blanca ha ido a parar volando al encuadre de la fotografía y se ha quedado plasmada ahí, ahí estará eternamente, paralizada junto a mi trenza, y si se echa un solo vistazo rápido a la foto, puede parecer que es un lazo que llevo en el pelo. Había tantas mariposas en aquella época..., y pájaros, se encontraban por todas partes. En la foto estamos algo separadas, como si la una no fuera consciente de la presencia de la otra en la imagen, o como si estuviéramos a punto de dispersarnos. A nuestra espalda: nubes desgarradas que se reflejan en una ventana. Lone está a punto de salir del encuadre, nunca le ha gustado salir en las fotos. Yo me he agachado para recoger algo del suelo y sujeto el sombrero con mano protectora, para que no se me caiga. Jim es el único que está quieto en la foto, mira directamente a la cámara, con esos ojos suyos de un azul oscuro intenso.

A veces pienso que Marion se parece a Jim, se parecen en la forma de andar. Desaliñados, rápidos y algo bruscos en el andar, una alegría repentina que recorre el cuerpo como un viento. Un viento que hace que Marion vaya por el mundo corriendo y que Jim siga siempre adelante, que no se detenga nunca en ningún sitio, que nunca se asiente tranquilamente en ningún lugar. Marion vino a mí en una noche de tormenta, una mañana de noviembre de hace seis años me encontraba en el hospital con un fardo pequeño cubierto de sangre entre los brazos, estaba envuelto en mantitas y en gasas ensangrentadas y un aroma a animal y a agua sucia flotaba a nuestro alrededor en la habitación. En medio de la sangre brillaban un par de ojos azul claro, y un corazón palpitaba bajo la piel grisácea, que parecía ser varias tallas más grande. Recuerdo que me pregunté si los ojos habrían brillado así en la oscuridad de mi interior.

Cuando viene Jim, bromea unos minutos con Marion y luego se olvida de

que el pequeño está aquí. La voz clara de Marion le pasa inadvertida continuamente, es como si los niños se encontraran en una frecuencia que Jim no es capaz de percibir. Aun así, a Marion le gusta tenerlo aquí, lo mira con ojos alegres y le pregunta cuándo va a volver a vernos.

—No lo sé —responde Jim—. A lo mejor no vuelvo nunca.

—¿Por qué no ibas a volver nunca?

—Porque vivir es difícil y con el tiempo va resultando más difícil todavía. Alégrate de no saber lo que te espera, comisario Belmondo.

Poco antes de dormirme, noto el olor a humo. Recorro el piso entero, los ceniceros, el gas de los fogones, viejas velas consumidas, pero nunca encuentro nada ardiendo, y he aprendido a dormir de todas formas. Justo debajo de la conciencia se mueven guirnaldas de humo violeta y por la noche viene el miedo, una banda de frío sobre el pecho, un humor helado que fluye por la columna vertebral, por las venas, como nieve, como ácido carbónico. Por la noche me despierto otra vez con la convicción de que la tierra está a punto de estamparse contra una estrella, me despierto porque estoy cayendo, tengo miedo de que la casa zozobre, tengo miedo de que todo desaparezca cuando me despierte, tengo miedo de las guerras que poco a poco se van desplazando por el mundo. Es la larga noche de Jim y mía la que se abre como un cielo negro debajo de mí, y voy a ver a Marion y lo contemplo mientras duerme extendido como una crucecita sobre la cama, con el pelo oscurecido por el sudor. Me gustaría poder protegerlo de la noche, de mi cara y de mi mirada, me gustaría haber podido seguir llevándolo en las entrañas.

Del extremo de las ramas de los árboles de Klockhusparken cuelgan grandes gotas claras, transparentes que estallan cuando pierden el agarre a la corteza y caen al suelo, sin usar, destrozadas. En cada gota hay un espejo y en cada espejo un mundo solitario, los pacientes que deambulan por el estruendo de las olas en la playa que hay debajo de Sankta Maria, las tumbas anónimas de la periferia de la zona hospitalaria y los muertos sin familiares del Castillo de los Locos que flotan en cubas de cemento llenas de formol, a la espera de ir a parar a la mesa de disecciones de los estudiantes de Medicina, Jim en la ambulancia cruzando los puentes camino de Beckomberga y Sabina, que baila hacia atrás por la luz oscura de la sección 6, con un camisón desteñido por el sol. Y no hace daño, la situación tiene simplemente una claridad peculiar, el dibujo de los troncos de los árboles que hay al otro lado de la ventana es para mí tan patente como si tuviera una lupa en la mano.

—¿De verdad querías huir de todo, Jim? —pregunto—. Quiero decir morir. ¿De verdad querías morir?

—Supongo que sí. Pensaba que no quedaba ya nada más.

—Pero...

—Jackie, no es para tanto. A veces, simplemente, no queda nada.

—¿Y no querías venir a casa?

—Ya estoy en casa.

En las visitas posteriores, las de la primavera en que voy a cumplir catorce años, Jim recibe siempre a su corte en la pendiente que hay bajo los abedules, delante del pabellón de Stora Mans. Las primeras mariposas blancas vuelan en zigzag entre altas briznas de hierba y ya de lejos lo oímos contar historias y cantar delante de la sección que hay junto a los abedules, rodeado de personal, de pacientes y de familiares. Nos acercamos despacio bajo las copas colgantes, Lone aún lleva abrigo y botas a pesar del calor estival y los pájaros chillan como locos en los árboles, unos chillidos prolongados y atormentados. Jim siempre ha flotado sobre el abismo sonriente, ebrio e

invencible, siempre ha hecho reír a la gente. Ese es el regalo que tiene para nosotros.

Debía de ser de noche cuando lo condujeron allí, lo encontraron en la nieve junto a la autopista camino del aeropuerto, y después del lavado de estómago que le hicieron en el hospital de Sabbatsberg, lo llevaron a Beckomberga. Unas horas antes había reservado una habitación en un hotel cerca de Norrtull, donde se tomó todos los somníferos junto con una botella de coñac. Luego salió a la autovía en dirección al aeropuerto para tratar de irse en avión a algún sitio, adonde fuera, París, San Petersburgo, Moscú, y para cuando se acercara a su destino, ya estaría muerto. Pero nunca llegó tan lejos. A unos cientos de metros del hotel, se durmió en un montículo de nieve.

Veo ante mí las aves de rapiña que esperan junto al cuerpo exánime de Jim cerca del arcén, y la última porción del cielo que va desapareciendo despacio entre las copas negras de los pinos. En la distancia, el ruido de sirenas, de zuecos y llaves, de puertas que se cierran detrás de Jim mientras lo trasladan por pasillos iluminados, y esa oscuridad enorme que irradia del viejo edificio hospitalario color rojo sangre que hay junto al paseo de Beckomberga, a las afueras de Estocolmo.

Y debo de ser yo quien pregunta, hace mucho, en otra era, cuando aún estamos bajo los abedules en flor delante de Stora Mans.

—¿Jimmie?

—¿Sí?

—¿No había nada que pudiera mantenerte aferrado al mundo en aquella ocasión?

—¿Como qué?

—No sé... Yo, quizá...

—Vamos, Jackie —dice Jim riendo—. Las cosas que hacen feliz a la gente nunca me han hecho feliz a mí. Y tú siempre has sido un ser libre. Nunca has necesitado un padre y nunca vas a necesitar a un hombre.

Yacía en la hierba delante de la Biblioteca Real durmiendo rodeado de botellas vacías. Sentado a su lado había un pastor alemán que nunca había visto con anterioridad. Primero creí que estaba muerto, tan profundo era su sueño. Me acuclillé a su lado y, al cabo de unos instantes, vi un pulso débil en el cuello, como si bajo la piel hubiera aprisionada una lagartija diminuta. Temía que el perro me atacara, pero estaba totalmente inmóvil, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba allí. Al lado de las botellas había un libro abierto, pude ver unas líneas. «Es pecado lo que daña al ser humano. La luz de la eternidad se apaga finalmente. El amor es antinatural». El perro estaba totalmente quieto, contemplando el parque. Quizá debería haberlo despertado, pero no me atreví, así que me senté a esperar en un banco del parque, algo más allá. Me quedé allí sentada hasta que oscureció. Al cabo de unas horas, se levantó y miró alrededor, reunió las botellas y los periódicos y se alejó de allí, pasó tan cerca de mí y del banco en el que estaba sentada que pude sentir cómo olía, pero él no advirtió mi presencia. Fue la última vez que lo vi antes de que llegara al hospital.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

Falta aún una conversación en la buhardilla con el médico jefe, antes de que sea hora de marcharse. El doctor Janowski ya está en camino, tiene la consulta embalada en cajas de cartón. Mentalmente se ve ya sentado en la nueva consulta de Kungsholmen, a la altura de los pájaros, desde donde avistará hasta el ayuntamiento. Olof está sentado con la maleta en el regazo y mira por la ventana. Dentro tiene unas cuantas pertenencias: cartera, gafas de cerca, medicamentos, pijama, traje y una enciclopedia que le regaló hace mucho el médico jefe, Harald Rabe. A su lado, en el suelo, hay un globo terráqueo. La chaqueta no tiene botones y le queda pequeña, y descansa sobre las rodillas las manos de anciano.

—Temía que no vinieras —dice.

—Teníamos acordada una hora.

—Sí. Yo... El reloj se ha parado ahí fuera a las tres y media. Es la hora a la que más gente muere de noche. Aunque mi padre murió por la tarde. A las dos. Yo me enteré al día siguiente.

—Lo recuerdo, Olof. Estabas muy triste.

—Sí.

—Te metías en peleas.

—Sí.

—Luego lo dejaste.

Olof lo mira con los ojos como platos.

—¿Crees que me irá bien ahí fuera?

—Sí, claro que sí.

—¿De verdad lo crees?

—Claro, tengo muchas esperanzas puestas en ti. Siempre las he tenido. Ya lo sabes.

—Tú dijiste que vosotros erais mi esperanza cuando yo mismo la había perdido por completo.

—Sí, y así ha sido. Ahora tendrás que hacerte cargo de la esperanza tú solo, Olof.

—En realidad yo preferiría quedarme aquí.

—¿Por qué querrías quedarte aquí?

—Aquí tengo a mis amigos.

—Olof...

—Pero es que no tengo más amigos. Y tú eres mi amigo, doctor Janowski. Me dijiste que eras mi amigo.

—Y soy tu amigo, pero eso no significa que vayamos a vernos otra vez. Ahí fuera tendrás amigos de verdad.

Olof mira otra vez por la ventana. Se le empañan los ojos.

—No lo creo, pero estará bien poder recoger flores cuando me venga en gana. Iré al Hagaparken y a Gärdet y al bosque de Lill-Jansskogen.

—¿Y qué más?

—Y quizá gane el primer premio de la lotería.

PABELLÓN DE STORA MANS,

MARZO DE 1986

El recinto de Klockhusparken está desierto. Fuera de la sala de reconocimiento se oyen voces dispersas, gente que se mueve por el pasillo. Jim lleva la camisa color cigarrillo, restos de viejo resplandor de sol resisten aún en ella mientras está sentado enfrente de Edvard en la sala que hay junto al reloj del hospital. Es como estar en el interior de un cuerpo gigante, un corazón de hierro que se mueve allí mismo, a su lado, un pulso ajeno, peligroso. Todas las mañanas: un vacío en el pecho que se abre como un paisaje desértico. Un sol ardiente en su interior, el grito de la sangre pidiendo el calor de sol del aguardiente recorriéndole las venas. En las historias clínicas: «Limpio, con un aspecto algo penoso. Lleva toda la vida tenso y angustiado».

Los ojos de Edvard parecen iluminados por dentro gracias a una luz penetrante, flotante, una luz que hace que Jim se sienta desprotegido, como si le atravesara la piel igual que los rayos X y lo alumbrara todo, las costillas y el corazón, que está colgando ahí dentro como una sombra.

—¿Cuál es la ideología que hay detrás de todo esto?

Jim vuelve sobre esa pregunta, todos los días sube los numerosos peldaños hasta la consulta de Edvard para preguntarle por las ideas en las que se basa el hospital, cuál es el plan general.

—No hay ninguna ideología detrás, Jim. Déjalo ya.

Edvard se quita las gafas y las deja encima del escritorio, donde las atraviesa el sol. El escritorio está atestado de montañas de papeles y libros usados y abiertos, como si los estuviera leyendo todos a la vez. Las manos pálidas, algo pecosas.

—Así que tienes una hija, ¿no?

—Sí.

Se pone las gafas un instante otra vez. Sin montura, solo el fino cristal que le protege los ojos.

—Cuando llegaste aquí, dijiste que no tenías hijos.

—¿Eso dije?

—Sí. Te pregunté.

Jim mira por la ventana. Un cielo de un blanco lechoso, jirones amarillos como la fiebre.

—Me sentía como si no tuviera hijos. Me sentía como si todo hubiera desaparecido.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no sé.

Estamos esperando a Jim en un pasillo. Las paredes son verdosas, como el interior de una piscina, y de cada sala asoma un metro cuadrado de luz. El sonido de voces en la distancia, una mosca solitaria se arrastra por la pared. Una enfermera viene hacia nosotros con los zuecos blancos y el pelo colgando por la espalda en una trenza pálida. «Inger Vogel», se lee en la chapa. Nos dice que esperemos, que Jim pronto estará listo para recibirnos. Cuando por fin aparece con una camisa y un par de pantalones de chándal que no le había visto antes, Lone se pone de pie.

—Hola, Jim.

Él nos mira como si hubiéramos resucitado de entre los muertos. Alrededor de la cintura lleva un lazo dorado, parece el cordón de una cortina.

—Habéis venido.

—Sí —dice Lone con voz débil.

—Creía que no volvería a veros jamás.

Lone le da una bolsa de ropa que nos ha entregado la señora de la calle Observatoriegatan.

—Anna se pregunta dónde te has metido. No sabía qué decirle. También se pregunta si seguirás con el alquiler de la habitación. Deberías habernos llamado.

—No sabía dónde estabais.

—Estábamos en Marruecos —digo.

—Sabía dónde estabais, pero no sabía a qué número llamar. Creía que no ibais a volver.

No deberíamos haber dejado solo a Jim con el invierno y toda la nieve que ha caído sin cesar sobre la ciudad mientras nosotras estábamos fuera, pero Lone quiere ser independiente ahora y por primera vez ha podido permitirse viajar, puesto que ya no está Jim para gastarse todo el dinero que tenemos.

—¿Y qué haces durante el día? —pregunto.

—Descansar. Jugar al ajedrez. Hablar con los médicos. Y hay una

muchacha que me gusta. Sabina.

Lone ha salido un momento al pasillo. Yo estoy sentada a los pies de la cama de Jim. En el filo, con las plantas rozando el suelo. Un carro de medicación pasa resonando por el pasillo. Inger Vogel va entrando y saliendo con una bandeja donde lleva la medicación en vasitos de plástico. Su delicada figura angelical con zuecos. Jim se traga las medicinas y deja el vasito en la bandeja.

—¿No puedes salir? —pregunto, y miro las nubes, que avanzan ahí fuera. Nubecillas rotas, como desparramadas por los bordes. Por dentro del cristal de la ventana discurre un enrejado de finos hilos metálicos como una tela de araña, al principio no se los ve, pero luego... Desde dentro no se puede romper el cristal.

—A veces me dejan salir.

—¿Te dejan salir solo?

—No.

Lo miro, y él aparta la vista. Tiene la mirada azul oscuro, como la mía. A lo lejos se oye el sonido monótono de una intensa lluvia invernal que se acerca, la película de un gris acuoso del cielo veteada de ramas negras.

—¿De verdad que no creías que fuéramos a volver?

—De verdad.

—Igual Lone ha cambiado de idea —digo.

—No creo que lo haga. Yo en su lugar no lo haría.

—¿Qué, volver?

—Yo no me querría. Entiendo que ella no lo haga.

Unos días atrás, Jim ha llamado para contarme que está enfermo. Lone y yo acabamos de llegar del aeropuerto y estamos delante de la puerta cuando oímos el timbre dentro del piso, y yo salgo corriendo y cruzo las habitaciones inundadas de luz y echo mano del auricular y enseguida tengo la voz de Jim en la cabeza. Al otro lado de la ventana cae la nieve, y pienso que la nieve tiene que haberle cambiado la voz, suena como si se encontrara bajo tierra, a mucha profundidad. O quizá sea solo que los cables del teléfono están aplastados bajo los montones de nieve. Durante la conversación parece como si tuviera frío, y pienso en el cálido mar dorado en el que he estado nadando las últimas semanas, buscando conchas y estrellas de mar, aún puedo sentir dentro de mí el pulso del océano, cómo se eleva y desciende con las olas y quiere arrastrarme a las profundidades, habría podido estar flotando allí para siempre.

De vez en cuando, durante la conversación, que se compone sobre todo de silencios, se oye el sonido de una moneda de una corona al caer en el teléfono.

—¿Está nevando ahí? —pregunto al final.

—No lo sé —dice Jim—. Estoy en un pasillo y aquí no hay ventanas, pero desde que os fuisteis no ha dejado de nevar.

—¿Y de qué estás enfermo? —pregunto en el auricular caliente del teléfono.

—Las alas me han crecido demasiado, ya no puedo volar.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé muy bien —dice Jim—. Le preguntaré al doctor cuando venga, pero me parece que me quedaré aquí un tiempo.

—¿Y dónde estás?

—En Beckomberga. ¿Sabes lo que es?

—Sí, creo que sí —digo, mientras algo frío me roza las costillas por dentro.

—¿Puedes pasarme con Lone?

—Sí.

Me quedo unos instantes con el auricular pegado al corazón antes de dárselo a Lone, que está delante de mí con el abrigo en el brazo, y observo su cara mientras habla. Ha abierto la ventana, de modo que entra en el cuarto una corriente de aire helado, me da frío a pesar del anorak y, al cabo de un rato, descubro que se me han formado unos charquitos alrededor de las botas llenas de nieve. Lone tiene el auricular bien pegado a la oreja, y mientras escucha, mira por la ventana con una sonrisa extraña, ausente.

Lone se había pasado los días tumbada en una alfombra árabe en la parte superior de la playa, junto al cañaveral donde empezaba el asfalto agrietado. Andaba en sus libros y cuando se adormilaba en medio del calor, el viento pasaba las hojas unos instantes antes de continuar por la playa. Perros solitarios deambulaban de aquí para allá al filo del agua, buscaban peces arribados a tierra y basura, estaban hambrientos y escuálidos. Las noches eran estrelladas, una mañana, llegó a tierra una cría de gato de color negro, apareció en la playa, yo estaba en el balcón y veía las montañas oscuras en la lejanía y pensaba que allí podríamos quedarnos, seguir para siempre allí tumbadas dormitando bajo el ventilador de techo y escuchando las voces de los alminares al alba. Si Jim hubiera estado con nosotras, todo habría sido distinto.

Las piedras que quedaban al descubierto cuando las olas se retiraban se parecían a los lunares que Lone tenía en la espalda, era como si alguien hubiera agitado sobre sus hombros un pincel mojado en pintura de color oscuro. Un lunar por cada año que pasaba, como si le irradiara el cuerpo un sol negro. Se sentaba en el balcón hasta que se le ponía la cara morena y la piel se volvía engañosamente suave y blanda. Yo apenas tenía lunares, solo alguna que otra peca aquí y allá. No me parecía a ella en absoluto. Cuando me miraba al espejo, lo que veía era su cara, la cara de Jim. Aquellos ojos finos azul oscuro, aquella imprevisibilidad, aquel brillo.

Unos meses antes íbamos por Kammakargatan, cruzando el bosquecillo de Tegnér y hasta Observatoriegatan, donde Jim iba a vivir en lo sucesivo. Lone le había pedido que se mudara. La niebla flotaba sobre nosotros, los árboles del Spökparken pronto estarían desnudos y yo me agarraba de la mano de Lone. Acompañamos a Jim hasta aquel cuartito de Observatoriegatan con una maleta. Se detuvo en el umbral y nos miró cuando íbamos a decirnos adiós, Lone y él se habían tomado una copa de despedida, un ron oscuro como la hiel, él se quedó de pie en la entrada como una sombra.

—No te vayas, Lone. No me dejes. No voy a poder con esto.

Pero nos fuimos, nos fuimos bajando por Drottninggatan al abrigo de la iluminación navideña que relucía allá arriba con sus mil estrellas.

Cuando iba a verlo a Observatoriegatan después del colegio, lo encontraba tumbado en el sofá cama con las persianas bajadas. Un resplandor suave envolvía el espacio, y lo había olvidado todo, cuando me miraba, ya no veía nada.

—¿Qué has hecho con esa mamá tan guapa que tienes? ¿La has perdido por ahí igual que hice yo?

Era como si hubiera olvidado que existía la luz, ya no encendía las lámparas, y los estores siempre estaban echados. Lone había sido la luz de su vida, y ahora ella ya no estaba. Yo me quedaba allí a su lado y veía cómo el sol desaparecía de la ciudad, y sucedía rapidísimo, un instante brillaba el sol sobre la ciudad, una luz en el corazón, y un instante después estaba todo negro, como en el interior de un saco.

Desde que Jim se ha mudado aún sucede a veces que viene a vernos con una bolsa pequeña para dormir en nuestra casa. Por las mañanas se queda en la cama de matrimonio mientras Lone y yo salimos presurosas en la oscuridad. A su alrededor queda flotando en las sábanas un aroma a algo estragado, una sensación de tierra y destino, de soledad. Unos meses después deja de venir a

vernos, y cuando lo llamo al piso de Observatoriegatan, ya no responde.

Apoya la cabeza en el abrigo de ella, que le toca la coronilla, el pelo áspero y sin lavar, un olor extraño, un vago aroma a medicamentos y a institución, ese olor insulso, blanco, sordo, vendas purulentas, morgue, detergente.

—Tengo que irme —dice Lone con delicadeza.

Jim la mira por fin. Así, a media luz, se le ven los ojos de un azul débil.

—Quédate conmigo, cariño.

—No puedo quedarme.

—Solo un momento. Siéntate aquí conmigo.

—Es que de verdad que me tengo que ir.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Porque me pediste que viniera.

—O sea, que no has venido por mí, ¿no?

—No sé, Jim, he venido porque me necesitabas.

—Pero no por eso, no por mí, ¿no?

—¿Y eso qué importa? Si al final he venido. Nadie más ha venido a verte. Solo vengo yo. Y Jackie.

Un pájaro blanco pasa volando por el pasillo. Un ave marina o algún tipo de ave de rapiña. Es grande y blanca y brillante y me hace pensar en el futuro. Cuando salgo corriendo al pasillo, la veo desaparecer subiendo por el hueco de la escalera que se ve al fondo.

En el autobús camino a casa, después de las primeras visitas a Beckomberga, Lone y yo nos mirábamos como si acabáramos de despertarnos de un sueño incomprensible, llevaba el pelo rojo claro alborotado y al otro lado de la ventanilla pasaba veloz el mortecino paisaje industrial. Creo que nunca hablamos de aquellas visitas después de la primera llamada telefónica de Jim. Tomábamos el autobús para ir allí, nos quedábamos en su sección un par de horas y luego tomábamos de nuevo el autobús para volver al centro. La calle Kammakargatan estaba a la sombra cuando volvíamos, un sol frío y blanco colgaba bajo en el cielo, y Lone se tumbaba en el sofá con un libro. Cuando llegó la primavera y ella ya no quería, empecé a ir allí sola. Lone nunca me ha impedido hacer nada de lo que yo quería hacer. Siempre he gozado de la libertad que necesitaba.

EL MAPA

(LA ARQUITECTURA DE LA TRISTEZA)

Una tira estrecha gris paloma por camino, con tan solo algún que otro coche, pasa por delante de la iglesia de Bromma, donde hay reunidas un puñado de casas. Una tienda no muy grande y un colegio. Luego no hay más que campos desnudos y el bosque que toma el relevo. Un paseo de tilos discurre subiendo hacia los edificios principales del hospital, que bordean un patio rectangular cerrado. El edificio del reloj o la Administración es el corazón del recinto, a su lado hay dos alas hospitalarias enormes, Stora Mans, para los hombres, y Stora Kvinns, para las mujeres, y enfrente, las cocinas. Un hermoso parque rodea el hospital, lo bordea una cerca de varios metros de altura, es preciso pasar el puesto de vigilancia norte o sur para poder acceder al edificio. Serbales perfectamente recortados, rosales y árboles jóvenes del otro extremo del mundo, puestos de vigilancia, muros, una simetría estricta. Esparcidos por la zona están los edificios que llaman Solitärerna y luego las viviendas de los empleados. En los dos pabellones de mayor tamaño hay sitio para más de cuatrocientos pacientes, algunas habitaciones sencillas y salas de guardia con entre ocho y diez camas cada una.

El arquitecto Carl E. Westman es el creador de lo que será en su día uno de los psiquiátricos más grandes de Europa. Sobre la enorme mesa de dibujo que tenía en la Agencia del Medicamento se extienden los bocetos de una ciudad más pequeña situada a las afueras de la capital, una ciudad que lo tendrá todo para cualquier persona rara. Un sol débil cae en la tarde sobre las finas líneas a lápiz que poco a poco se van transformando en una serie de edificios soñados. Ha decidido que la fachada de Beckomberga debe ser de color herrumbroso, un tono mate del rojo que se parece a la sangre coagulada o a la luz débil de la puesta de sol, y que debe estar orientada de modo que siempre le dé el sol.

A principios del verano de 1927, la ciudad le ha comprado Lilla Ängby, la zona de Beckomberga, a Knut Ljunglöf, el rey del tabaco, y en la primavera de 1929 comienzan los trabajos al oeste de Estocolmo. La zona se compone sobre

todo de bosque y de áreas taladas, y en las proximidades se encuentra Kyrksjön, un lago no muy grande, y el lago Judarn, con sus aguas quietas y oscuras. Durante el verano de 1931 surge de la tierra el esqueleto del hospital de Beckomberga.

A lo largo de los años que estuvo en la Agencia del Medicamento, Carl E. Westman diseñará y mandará ejecutar tres hospitales psiquiátricos: el de Sankta Maria, en Helsingborg, el de Beckomberga, en Estocolmo, y el de Umedalen, en Umeå. Salvo por las olas que siempre azotan las playas próximas al Sankta Maria, el rugido del mar y el olor a sal y a aves marinas que siempre lo envolverá, los tres hospitales se parecen bastante: unos cuantos edificios dispuestos al hilo de un jardín alargado, como en un cuartel. Fachadas lisas y de colores discretos con tejados por lo general abruptos y a cuatro aguas. Las rejas van incorporadas en las ventanas, pero Westman ha conseguido que parezcan naturales, como una parte más de la construcción, y lleva un rato detectarlas desde fuera. Los ideales arquitectónicos son austeridad, sobriedad, aspereza, sencillez, y las formas arquitectónicas no están pensadas para inspirar expectativas que la actividad hospitalaria no pueda cumplir. Es modesto y monumental a un tiempo, grandioso y melancólico. Por el interior discurren anchas galerías abiertas a los dormitorios y las salas de día para facilitar la vigilancia, sala tras sala de color cardenillo, y luego, la vista desde las numerosas ventanas: la misma desde todos los ángulos, el edificio central, el cual no deja ver el cielo, salvo una estría de aves y de luz, y luego el jardín acuartelado debajo, un lugar sin sombras ni escondites, nada de lo que ocurra en los jardines pasa inadvertido a los muchos ojos de los edificios. Pienso que aquellos edificios tan grandes debían de resultar abrumadores para los pacientes y para las visitas, antes de que crecieran los árboles y los arbustos.

En la época de Jim aún no había mucho construido alrededor del hospital, casi todo lo que había al otro lado de la valla era bosque y sembrados. A los enfermos siempre los han colocado a cierta distancia del conjunto de la ciudad, con frecuencia ha habido un círculo de aislamiento alrededor de los grandes hospitales psiquiátricos, pero con el tiempo, la ciudad ha ido acercándose al recinto hospitalario. Unos años después de que abrieran el hospital se crea Norra Ängby, a un tiro de piedra del puesto de vigilancia sur, y luego las hileras de casas adosadas disputaban el espacio a los comercios y los edificios del hospital. Entrada la década de los treinta, construyen el aeródromo de Bromma, no muy lejos de Beckomberga, y los aeroplanos que ascienden y descienden marcarán las vistas desde el hospital, una imagen de libertad que surge de pronto y desaparece a toda velocidad.

A finales del siglo pasado, y a partir de entonces, ingresaron cada vez a más personas en centros psiquiátricos. De ahí que la Dirección Nacional de Sanidad creara una serie de nuevos hospitales en Suecia. Beckomberga y Långbro en Estocolmo, Sankta Maria en Helsingborg, Lillhagen en Gotemburgo, Sankt Olof en Visby, el hospital de Umedalen, Sidsjön, Säter, Sankta Gertrud, Sundby, el Castillo de los Locos. Habrá quien diga que el incremento del número de enfermos mentales se debe al control del Estado sobre los ciudadanos, que un diagnóstico no es más que una hipótesis que describe un comportamiento no deseado. Habrá quien lo explique diciendo que el desplazamiento de la gente del campo a la ciudad dificultaba en aquella época la vida fuera de las instituciones, y que incrementó los casos de sífilis y de demencia. En la ciudad se quedaron más solos y desamparados. En todo caso, la definición de lo que entonces se llamaba enfermedad mental debió de ensancharse. Hacia finales del año 1900 había cuatro mil seiscientas personas ingresadas en los grandes hospitales psiquiátricos y, cincuenta años después, el número se aproximaba a treinta y tres mil.

Por encima de la entrada discurre un relato en oro fundido, sobre la cara ciega de la fachada, con las armas, con las leyes. «En virtud del acuerdo alcanzado en 1925 entre el Estado y la ciudad de Estocolmo, esta asumió el cuidado de sus enfermos mentales. A tal efecto, el cabildo resolvió en 1929 permitir la construcción del hospital de Beckomberga, el cual empezó a funcionar entre los años 1932 y 1933». Hay algo utópico en aquella primera época, en el interior de la inscripción de oro se encuentran todas las esperanzas que un día se vincularon al nuevo hospital, esa construcción social tan grandiosa y potente. Los enfermos de la ciudad tendrían un nuevo hogar en el que no les faltaría nada, alguien se encargaría por fin de aquellos desgraciados que habían «caído en la locura». Ese es el sueño que se atisba en las palabras de oro, las esperanzas que aún se albergan allí de un nuevo tipo de hospital, de un mundo nuevo del que nadie se vea excluido, donde imperen el orden y los cuidados, donde los desechos humanos con los que nadie sabe qué hacer (esos desechos que no se pueden usar y que han vivido en jaulas y bajo tierra durante siglos) salgan a la luz para que los laven y los vistan con los trajes de rayas del hospital.

Resulta fácil idealizar la institución como el lugar perfecto, que hará todo aquello que nosotros, los seres humanos, no somos capaces de hacer por los demás. Al mismo tiempo, es un lugar aterrador, pues representa lo que de imperfección hay en nosotros: el fracaso, la debilidad, la soledad.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

El doctor Janowski hojea la historia clínica y Olof se retuerce las manos. Unas manos enormes que parecen pertenecer a un hombre más fuerte.

—Puedes preguntar lo que quieras, Olof.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Llevas aquí sesenta y tres años. Llegaste en 1932. En otoño.

Una sonrisa cauta y radiante.

—Eso es mucho.

—Sí, ya eres viejo.

—Recuerdo que estuve bailando en la sala de recreo el Fin de Año de 1954. Jussi Björling vino a cantar para nosotros esa noche. Hanna Johansson se llamaba, y bailaba sin el uniforme de enfermera, sin zapatos, sin gafas. Nos quedamos en la capilla hasta que empezó a clarear. A Jussi Björling le habían dado el alta aquella primavera, vino a cantar para nosotros. Hanna Johansson dejó de trabajar aquí en 1971.

—Eso fue antes de que yo llegara. Ojalá yo hubiera podido vivir aquella noche.

La sonrisa se apaga rápida en la cara de Olof, baja la voz.

—¿Qué hay ahora ahí fuera?

—Un mundo totalmente nuevo. Ya sabes que debes tener cuidado con los coches, no puedes cruzar la calle sin más.

Olof se mira las manos, que tiene sobre las rodillas.

—¿Sabes que mi madre se me aparece a veces en sueños? Se me aparece solo ahí, en ningún otro lugar. ¿Por qué envía Dios sueños así?

—¿Por qué crees tú que Dios envía ese tipo de sueños?

—No lo sé, pero cuando el mundo sucumba, mi madre volverá conmigo.

—¿Lo crees de verdad?

Olof sonrío otra vez con cierta reserva, una luz débil le ilumina la cara.

—Sí, siempre estoy esperando que ocurra un milagro. Una intervención divina.

Levanta las manos y dibuja cuidadosamente en el aire mientras sigue

hablando.

—Si hasta he tratado de hacer un boceto de la zona hospitalaria, pero es difícil. No sé muy bien cómo es lo de fuera, no sé cómo están conectados los edificios, yo he puesto aquí estas ventanas y el jardín de recreo, pero no podría hacer un boceto que se atenga a la realidad.

—¿Tú cómo crees que está constituida la realidad?

—Resulta que eso es lo que debo averiguar. Pero tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De que ahí fuera no me quieran.

EL PAISAJE

Regueros de agua discurren por los bosques de Beckomberga, son las inundaciones que han seguido a las grandes lluvias brillantes de primavera que lo ponen todo a flotar. Edvard está junto a la ventana y contempla el parque. No hay nadie, una brisa ligera mueve las copas de los árboles, como si las rozara una mano invisible. Todos los pacientes están sentados en el comedor, salvo Jim, que se ha quedado después de terminada la hora de consulta.

—Añoro mi casa.

—¿Y cómo crees que serían las cosas en casa?

—No lo sé. O más bien, no lo he pensado. La desgracia propia la lleva uno consigo a todas partes.

—Ya no puedes ir con Lone.

—Lo sé.

—¿Dónde ibas a vivir?

—No lo sé. En un hotel. Mientras tanto. Un tiempo.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? No sé. Volvería a beber.

—¿Y a ti eso qué te parece?

Jim responde con una gran sonrisa.

—¿Quieres saber lo que me parece?

—Sí.

—Pues me parece maravilloso. Antes de venir aquí, había decidido matarme bebiendo. Pensaba que sería rápido.

Por la tarde acompaña a Inger Vogel hasta el almacén de farmacia. A Jim le encanta estar allí, sin las pastillas que guardan en ese cuarto se le apagaría el alma. Cuando entran en la sala, ella se quita enseguida los zuecos y se remanga la falda blanca del uniforme hasta las caderas.

—Abre el armario —le susurra, y le suelta el moño que lleva recogido en la nuca.

—¿Por qué quieres que abra el armario?

—Porque me quieres, porque quieres mi bien, porque sabes lo que es el amor verdadero.

El aroma a almidón del uniforme de enfermera se mezcla con el aroma a alcanfor y a morfina mientras están los dos en un campo de electricidad, de deseo y de abstinencia, e Inger Vogel mantiene la mano todo el tiempo en el picaporte para poder notar las vibraciones si alguien intentara meter una llave en la cerradura.

—¿Seguro?

—Sí, ahora mismo, seguro.

Como anestesiada, Inger abre el armario con la llave y saca el frasco que contiene ese líquido marrón que parece un eclipse, y cuando la medicina se mezcla por fin con la sangre y continúa hacia los nervios, es como si se le abriera un abanico por dentro. Hay luz y concentración y ese leve aleteo soleado bajo la piel. Los ojos sordos y moteados de Inger Vogel se vuelven azules y profundos y la piel del cuello y los antebrazos, que tan mate y esponjosa le ha parecido al tacto hace un instante, resulta de repente viva y elástica.

—Eres tan guapa, Inger —le susurra—, tan increíblemente guapa...

Vita está junto a la ventana. Tiene la cara en sombra, pues está de espaldas a la luz. Él es el único en todo el mundo que está despierto, por las persianas fluye la primera luz del alba. El sol siempre vuelve a su lado, no importa lo que haya pasado durante la noche. Ella lleva su viejo vestido, el de seda azul celeste y madreperla.

—Jimmie. He cambiado de idea. Quiero volver con vosotros.

Jim se enrolla más fuerte el edredón alrededor del cuerpo.

—No puede ser, Vita. Y es algo que tenías que saber cuando te fuiste, ¿no? De lo contrario, no te habrías ido.

Ella le da la espalda, abre una rendija en la persiana y deja que una cinta de luz entre en el dormitorio.

—Pero yo no quería morir, solo quería desaparecer un rato.

—¿Un rato?

—Sí, no tenía claro qué es una eternidad.

—Y ahora lo sabes.

—No sabía cómo serían las cosas sin vosotros.

Jim se tapa la cabeza con el edredón, esconde la cara en esa cálida oscuridad.

—No creo que baje hoy —dice Lone, cierra el libro con un golpecillo y se levanta.

—¿Por qué no viene?

—Puede que necesite estar solo.

Por las calles va la gente llorando. En el metro hay un ambiente extraño, junto al lugar del crimen hay rosas de invierno en montoncitos.

—No creo que tenga fuerzas para vernos en estos momentos, no creo que tenga fuerzas para ver a nadie en estos momentos.

—A ti puede que no —digo, y me siento otra vez.

Lone es otra cuando está leyendo, se pierde durante horas, se ablanda. En la distancia parece que una mariposa enorme se le hubiera posado en el regazo. Una vez estuvimos en un mariposario de Viena, mariposas enormes de color violeta surcaban el aire como ojos gigantescos, y cómo se veían atraídas por el abrigo rojo de Lone, era como si las atrajera su belleza, algo que ella lleva dentro y que es dorado. Lone espantaba aquellas mariposas enormes de oro y púrpura con el bolso, y Jim y yo nos reíamos de ella, lo que más deseábamos era que una mariposa nos rozara con la suavidad de sus alas, pero eso a nosotros nunca nos sucedería. Levanto la vista hacia la ventana de la sección 43, ese ojo de plata ciego. Allí no hay nadie.

Por el bosquecillo de abedules vienen unas ancianas caminando. Se diría que se han extraviado, se paran de vez en cuando y levantan la vista hacia las copas de los árboles, una mujer sacude uno de los abedules y, por un instante, están bajo una lluvia amarilla.

—¿Por qué cuando estamos aquí siempre llevas ese sombrero?

—¿Es que no te gusta?

—Sí, pero no se te ve esa cara tan bonita que tienes.

El sombrero me oculta la cara y me tapa los ojos, con él en la cabeza me siento protegida. Me lo ha dado el hombre que suele preguntarme si quiero bombones cada vez que entro en su tienda, ese lugar asfixiante que siempre

está en semipenumbra. En el interior de la tienda de la calle Drottninggatan el tiempo parece haberse detenido, esas cosas antiguas que vende allí no tienen nada que ver con el mundo de fuera. Rara vez tiene clientes y, si a alguien se le ocurre entrar, se apresura a salir enseguida, pues nota lo reacio que es a separarse de plumas y sombreros y animales disecados. A mí me gusta deambular por entre los zorros y los pájaros, con esa mirada rígida de ámbar, y los dálmatas de porcelana. A veces me deja elegir algo de la colección. «¿Qué es lo que buscas en realidad, pajarillo?». Por lo general rechazo su oferta con altivez, pero al sombrero no me puedo resistir, a pesar de que está apolillado y de que huele a desgracia.

Jim está pálido, y cuando le toco las palmas de las manos, noto que las tiene frías y húmedas, lo veo sentado en cuclillas sobre el césped del año pasado, sin chaquetón.

—Al final se lo llevaron —dice una y otra vez, y llora con la boca abierta—. Yo siempre supe que se lo iban a llevar.

Hemos pasado horas esperando, y al final ha bajado adonde estamos y se ha sentado en la hierba. Comprendo que esté triste, el mundo entero está de duelo en estos momentos, pero me pone nerviosa que no pueda parar de llorar. Después de todo, no hay nada que podamos hacer.

—Vas a coger frío —dice Lone, y le da la mano—. Ven y siéntate con nosotras.

Me voy y doy una vuelta por el parque. En el centro hay una capilla, se me ve la mano pálida en contraste con la fachada verde, y una música brota débilmente por la puerta abierta. En el interior de la capilla reina un silencio total, las motas de polvo flotan en la luz, solo una niña solitaria con una falda de lunares, que está tumbada en el suelo y mira al techo con un cigarro encendido en la mano. Hay allí frescos de ángeles deformados y rollizos que pelean entre sí. El sol brilla en el suelo formando una franja muy fina. Me quedo allí un buen rato mirándola. A veces levanta una mano como para señalar a alguno de los ángeles, pero luego deja que descienda otra vez hasta el suelo. Cuando salgo de allí, alguien ha izado la bandera a media asta.

Jim está tumbado en el banco sobre el regazo de Lone, y la está mirando.

—Lo voy a superar, ¿a que sí, Lone? Todos lo vamos a superar.

Se ríe mirando al sol.

—No soy yo quien está muerto. Ni tampoco vosotros. Es solo que me resulta extraño porque estoy aquí. Como si el mundo se derrumbara también ahí fuera.

Después de la última hora de clase en el colegio, me dirijo a los jardines de Tegnérunden para fumarme un cigarrillo rápido, me siento bajo el primer sol de la primavera y me dejo caldear por él. De uno de los árboles más pequeños cuelgan unas bragas color rosa y una boa de zorro, llevan días ahí colgadas. Cuando zarando el árbol, la boa cae al suelo en medio de la nieve. Trato de alcanzar las bragas con un palo, pero están demasiado alto.

Una mujer mayor se ha sentado sola en un banco, algo más allá. A lo mejor son sus cosas, que han ido a parar al árbol.

—¿Son sus cosas? —le pregunto.

Está sentada en una extraña postura adelantada, como si estuviera a punto de caerse del banco, y no me responde. Cuando me acerco un poco más, veo que no es una mujer, es solo un abrigo de pieles que alguien se ha dejado olvidado en el banco. Lo recojo y me lo llevo a la mejilla. Es suave como la seda y frío como la nieve y tiene por dentro un forro plateado. Exhala un fuerte olor a polillas y a tabaco.

Me asomo otra vez a la tienda para que el hombre pueda admirar el abrigo, me siento como un animal fantástico mientras va deslizándose las manos por él. No le enseño la boa porque tengo la impresión de haberla visto antes en su tienda.

—Ese gato vale una fortuna. Si te cansas de él, me interesaría mucho comprarlo.

A partir de ese momento, lo llevo continuamente, me lo dejo puesto en el colegio durante las clases, y cuando voy de visita al hospital. Cada tarde lo escondo en el sótano, antes de subir a casa con Lone.

—¡Me voy ya, mamá! —grito hacia el interior del piso desierto. Me encuentro en el recibidor con los zapatos puestos y la boa de zorro alrededor del cuello, y miro fijamente la imagen del espejo. Ahí parezco mayor de lo que soy, se me han oscurecido los ojos y tengo la cara más fina, la boca parece pertenecer a otra niña. Lone sale y me da un beso en la mejilla y me coloca bien el sombrero. Nunca es sensiblera, antes de que haya salido por la puerta, ya ha vuelto a sus libros, y cuando regreso, aún sigue en la misma postura, sentada a la mesa de la cocina, leyendo.

Los ancianos están sentados al sol con los cigarrillos encendidos sin esperar nada, otean las nubes y los aviones que pasan volando a escasa altura sobre el hospital, sumisos ante su situación. Rara vez se quejan, tampoco se oponen nunca a las reglas del hospital y dejan que se los lleven si han cometido una falta o por una decisión de Edvard o de Inger Vogel. Al principio yo creía que hablaban de todo, como si no tuvieran secretos, pero al cabo de un tiempo descubro que las historias que cuentan son siempre las mismas, dos o tres anécdotas que repiten continuamente. El alcohol es la causa, la mayoría de las veces, de que estén allí; en algún caso las anfetaminas o la morfina. Ninguno puede permitirse la nostalgia, por eso nunca echan de menos a alguien que ya no esté, enseguida olvidan a los que han recibido el alta y han dejado el hospital, porque eso les recuerda una vida que han perdido. Los hombres de edad avanzada que están ingresados en Stora Mans rara vez reciben visitas. La mayoría llevan allí tanto tiempo que seguramente no haya fuera del hospital nadie que los recuerde. Algunas mujeres, novias y madres visitan a los hombres algo más jóvenes, y siempre les llevan tabletas de chocolate y revistas. Las hay que se llevan algo de costura con lo que entretenerse mientras dura la visita.

En la puerta hay una niña que nos está mirando, es la de la capilla, se ha puesto una de las batas del hospital y se le ven las piernas desnudas por debajo. Bajo la bata se atisban un camión de encaje y un collar de perlas de un azul reluciente. Sosteniéndolo todo, un par de pantuflas de caballero grandes y marrones. Más adelante llegaré a adivinar que es ella por el arrastrar de las suelas, ese arrastrar característico de Sabina. Levanto la vista y resulta que nos está mirando con lo que parece una sonrisa. Jim se despierta de pronto de su sopor cuando ella entra en la habitación, lo veo cómo se ilumina, como si alguien le hubiera encendido una luz por dentro.

—Sabina, ven y saluda a Jackie.

—Hola, Jackie. Me encanta ese abrigo de piel.

Me coge la mano, la suya está sudorosa y flácida. Tiene treinta y seis

años, me dicen después, pero parece una niña, o una adolescente. Tiene manchas de rímel debajo de los ojos, como si acabara de estar llorando o hubiera estado durmiendo muchas horas. Lleva el pelo con mechas y despeinado y parece que ha salido a la calle en ropa interior. Me entero de que se ha criado en el museo de Historia Natural, donde su padre es conservador. Su orgullo: que tiene una sepultura en la iglesia de Hedvig Eleonora. Como todos los conservadores y sus familias.

—Enhorabuena —dice Jim—. Los demás nos conformamos con encontrar piso. ¿Para qué quieres esa sepultura?

—No digo que me haga feliz, pero una vez vino mi padre aquí, a la sección, con un halcón disecado en lugar de flores. Y entonces sí que me alegré. Yo creo que luego lo tiré a la basura.

Jim sonríe.

—Y ahora, ¿puedo salir al jardín de recreo?

—A mí ya no me dejan hacer nada. Antes podía ir a la piscina a nadar. Ahora creen que me voy a largar nadando.

Se ríe con una risa dura. Jim le coge la mano.

—¿Tú por qué estás aquí, Sabina?

—Me hacía daño. ¿Y tú?

—Porque caí —dice.

Ella le pone la mano en la mejilla.

—¡Ay, cariño! ¿Y te dolió?

Jim se ríe.

—Ahora duele menos. Desde que te conocí, me gusta estar aquí.

Ella se queda un rato sentada en el borde de la cama y me mira con esos ojos enormes, antes de ponerse de pie dispuesta a marcharse.

—Podría tenerlo todo si quisiera —me dice Jim cuando ella está en la puerta, de espaldas a nosotros.

Ella se vuelve.

—Te he oído. Desde luego, las hipótesis no me ayudan.

Cuando Sabina se marcha, Jim se duerme; veo a Sabina pasar varias veces por el pasillo antes de dormirme a su lado.

La cama que hay al lado de la de Jim siempre está vacía. Se ve siempre recién hecha y blanca, como si esperase a alguien. Estamos acostados cada uno en una cama mirando al techo, yo con el abrigo de piel y él con ese pantalón tan cómodo que pertenece al hospital. Jugamos al ajedrez para que sea más fácil pasar el tiempo, cuando se duerme, me dedico a leer los libros que tiene en la mesilla de noche. *Un tiempo en la tierra. All the World Balloon Mad.*

Lo observo mientras duerme y pienso que no puedo dejarlo aquí. Cuando abre los ojos de nuevo, los tiene negros y llenos de lágrimas.

—Yo arruiné los bosques —susurra.

—¿Seguro?

—Sí.

Luego me da la espalda y vuelve a dormirse.

Encuentro un canal en el televisor de la sala de estar, y en las noticias parece que el mundo sigue existiendo, somos nosotros quienes hemos ido a parar fuera de él.

—Jim, ¿no ves los árboles, cómo han cambiado? —le digo cuando se despierta.

—¿Qué árboles?

—Los que hay ahí. Ya es primavera.

—No, no me he dado cuenta.

Se ha alegrado de que haya venido a verlo, dice, y pese a todo, está cansadísimo, lo vence el sueño a ratos mientras hablamos, y luego se despierta y me mira como si fuera la primera vez que ve mi cara.

—¿Qué has hecho con el sombrero?

Señalo dónde está, en la silla que hay junto a la puerta, a la luz del sol.

—Anda, yo creí que lo que había ahí era un bizcocho que nos estaba esperando. ¿Dónde te has metido antes?

—Me he quedado aquí mirándote todo el rato —le digo.

—Yo creía que estabas muerta.

—Si solo estábamos de vacaciones.

Me quedo aquí un rato todos los días, hasta que vuelvo a bajar las escaleras y salgo del parque del hospital en dirección a la parada del autobús. Jim se queda mirándome por la ventana, nunca me ha mirado como me mira aquí, ahora solo me tiene a mí en el mundo, y el mundo es este hospital, con sus vallas y sus puertas cerradas con llave, desde detrás de la reja, Jim levanta la mano para decirme adiós.

—Ven otra vez conmigo —susurra.

La minúscula cabina telefónica está llena de vaho que ha formado nuestro aliento. Cuando Jim cuelga el auricular en la horquilla, se me queda mirando un rato sin decir nada. Tiene los ojos negros: como el carbón, como el grafito, como tinta china derramada.

—¿Quién era? —pregunto.

—Era Vita.

—¿No está muerta?

—Eso creía yo también, pero acaba de llamar.

—¿Y te ha llamado aquí?

—Sí.

—¿Cómo sabía dónde estábamos?

—Eso no lo sé. No me lo ha dicho.

—Bueno. ¿Y qué te ha dicho?

—Dice que la apena mucho no haber tenido tiempo de verte. Me ha preguntado cuál es la flecha que vuela eternamente.

—¿Y cuál es?

—No lo sé. Eso es precisamente lo que no sé —dice, y se echa a llorar. Las lágrimas caen en el suelo reluciente. Coge de nuevo el auricular para hacer otra llamada. Un sonido apagado surge del aparato, un canto, o un mar lejano—. No debes tener miedo de mí, Jackie.

—No tengo miedo.

Inger Vogel está de pie en el umbral y tapa la luz. Se diría que lleva ahí un rato.

—Hora de irse a casa, amiguita.

Jim vuelve a tocar el piano en la sala de estar. Toca sin partitura, duro y rápido y por puro instinto. Dentro de la música no tiene por qué encontrarse con el mundo exterior, un mundo en el que la música es todo aquello con lo que él ha soñado. Desde lejos parece como si tratara de destrozar las teclas.

—¿Y qué es lo que has destrozado? —pregunto cuando por fin deja que las manos se posen otra vez sobre la rodilla.

Un hombre mayor está sentado algo más allá y nos dirige una mirada clara, atenta. Le clavo la mirada hasta que él aparta la suya. Con el rabillo del ojo veo que apoya cuidadosamente la cabeza en las manos.

—Estoy demasiado triste para hablar de eso —dice Jim.

—Pues entonces cuéntame otra cosa.

Se queda en silencio unos instantes y se tironea del cinturón dorado que suele llevar ahora sobre el pijama, como si fuera de la realeza.

—Tengo pesadillas. Sueño que Dios viene a buscarme.

Jim nunca ha nombrado a Dios hasta ahora, me digo que ahora debe de sentirse verdaderamente solo.

—¿Adónde se supone que te iba a llevar?

Él levanta las manos y vuelve a perderse en la música. El viejo sigue allí, con la cabeza sobre la mesa, como si rezara, lleva una cazadora pequeña que le tira en la espalda. Pienso en una foto que me enseñó Sabina, es de una mujer desnuda que está orante tumbada en el suelo.

Camino del pasillo, la mano enorme de Edvard me aterriza entre los omoplatos, como si estuviera tomando la medida de un tramo secreto de mi espalda. Me doy media vuelta y él baja la mano. Hasta ahora solo lo he visto de lejos, cuando ha pasado rápido por el fondo del pasillo con la bata blanca abierta, nunca se ha fijado en mí. Ahora me mira con una gran sonrisa.

—Así que tú eres su hija, ¿no?

—Sí, eso parece.

—Un auténtico tesoro. Habrá que cuidar de ti.

—Pues no sé si habrá que cuidar de mí —digo, más que nada porque no quiero que nos quedemos en silencio. Somos los únicos que estamos en el pasillo.

—Pues yo diría que sí. Te pareces a Jimmie. Tenéis los mismos ojos, la misma forma de moveros en una sala. Como terratenientes.

Me toco los párpados sin pensar. Edvard se ríe y me empuja hacia delante suavemente, como si yo fuera una bolita.

—Eres sensible. Eso está bien. Pero no te quiero entretener más.

Sigue su camino y entra en la habitación de Jim, oigo que la música cesa allí dentro.

Jim y Sabina se quedan sentados en la capilla cuando los demás vuelven a las secciones. Edvard está plantado en la puerta, vuelto de espaldas, esperándolos. Sabina señala los ángeles del techo.

—Cuando Miguel Ángel terminó uno de los ángeles de la Capilla Sixtina, lo miró y le preguntó: «Pero ¿cómo es que no estás vivo?».

Jim mira a Edvard de reojo.

—Oye. Que nos está esperando.

—Edvard no es ningún ángel, es un mierda. No hay un solo médico que, al cabo de cinco minutos, no me pregunte si no vamos a salir. Soy lo mejor que tienen.

—A mí me parece un tipo interesante.

—Pues claro que te lo parece. Lo pensé la primera vez que te vi, que tú eres tan cándido como Edvard. No os ha pasado nada en la vida.

Sabina se acerca bien a él y sigue hablando con la boca pegada a la camisa.

—A ti te gusta estar aquí, ¿verdad?

—Sí, me gusta. Es raro. O tú qué dices, ¿es raro?

—Bueno, un poco raro sí que es, pero cosas más raras he visto. ¿Decepcionado?

Jim sonrío y la aparta un poco.

—¿Nos vamos?

Edvard está de pie, totalmente inmóvil, junto a la puerta, tan solo el humo del cigarrillo que está fumando se mueve subiendo despacio. Lo ilumina la última luz del sol.

—Yo te veo por dentro —dice Sabina, y vuelve a acurrucarse en su regazo.

—¿Y qué ves?

—Un corazón demasiado grande. No tiene sitio ahí dentro. Bebes para que se reduzca. Lo siento, pero no servirá. Aunque te sacaras todos los órganos, corazón incluido, seguirías sintiendo el dolor. ¿Qué haces esta noche?

Jim se lleva la mano al pecho.

—Pues me tumbaré a mirar la luna.

—¿Y no prefieres salir?

—¿Adónde?

—A una fiesta.

—¿Cómo vamos a poder ir a una fiesta, Sabina?

Ella le cierra los ojos, lo besa, susurra:

—¿Quieres o no quieres salir?

—Claro que quiero, joder.

—Pues entonces.

Edvard lanza la colilla con los dedos pulgar y corazón, y se vuelve y los mira.

—¿Venís?

A la altura de los semáforos de la iglesia de Bromma, Edvard se gira y mira a Jim, que va en el asiento trasero.

—La señora Sigrid Hjertén pintó esos ángeles cuando estuvo aquí. ¿Te gustan?

—Pues claro, lo contrario sería difícil.

Los ojos de Sabina, que lo miran por el espejito que tiene en la mano, son como un rayo en su interior.

—Pero en los hospitales siempre hay complicaciones con los ángeles — dice Sabina.

—¿Por qué?

Se le va la mirada, deslizándose. El espejo acaba guardado en el bolso.

—Dentro del hospital no puede ser más bonito que fuera — dice.

—Voy a enseñarte una cosa —dice Sabina, y me lleva consigo—. ¿Me la prestas un momento? —pregunta al aire. Yo me vuelvo para ver a quién se ha dirigido, pero allí no hay nadie. Subimos las escaleras y cruzamos el pasillo, que parece como si estuviera volcando. Es extraño que los carritos de los medicamentos sigan junto a las paredes y no salgan rodando, pues aquí todo parece ladearse. Inger Vogel se acerca con ese llavero enorme que tiene y nos abre. Atisbo a Jim en la sala de estar antes de que giremos para ir hacia la habitación de Sabina, una mujer está sentada en la cama de al lado y se aprieta un granito que tiene en el brazo, que es muy grueso. Tiene el pelo grasiento, se le pega a la cara hinchada, y me lanza una mirada fugaz antes de seguir apretándose el brazo. Y Sabina me da un paquetito que tenía escondido en el colchón. Contiene una joya, alcanzo a ver, una cadenita de oro.

—¿Puedes entregar esto en Albano, a una amiga mía?

—Vale.

Luego desconecta y se centra en la polvera. Yo me quedo allí un rato, pero cuando me doy cuenta de que ya no está, me pongo en marcha para ir a ver a Jim.

Ahí fuera dan las cuatro en el reloj de Hedvig Eleonora. Los primeros pájaros se oyen a lo lejos, vienen de regreso tras la noche. Al alba son muchísimos, vuelan en círculos alrededor de la torre como una nube aciaga, yo suelo sentarme en la ventana a observarlos mientras espero a que Marion se despierte.

Jim se incorpora y se coloca junto a la puerta del balcón.

—Recuérdalo, Jackie, si algún día vas a parar a un hospital psiquiátrico procura empezar a salir con la enfermera de planta.

—Vale... ¿Por qué?

—Porque ella tiene el poder sobre el armario de los medicamentos.

—Tranquilo, no se me olvidará —le digo riendo—. Pero los hospitales psiquiátricos ya no existen.

—No, ya. Y además Inger Vogel desapareció hace mucho.

La noche antes de volver a Cariño me la paso despierta en la cama. Cuando vuelven los primeros rayos me visto y salgo un momento. Jim está durmiendo en un colchón muy fino, a los pies de la cama infantil, y cuando me asomo al dormitorio veo que Marion se ha dejado caer de su cama y está con él. Tiene una pierna por encima del pecho de Jim y la cara pegada a su hombro, igual que suele hacer cuando duerme conmigo.

La calle Jungfrugatan está desierta, el asfalto se ve mojado, y bajo las farolas, una luz gris como una lluvia suave. El fabricante de pelucas ya está en su puesto, trabajando a la débil luz de una lámpara. Yo me quedo un rato mirándolo antes de seguir. Está sentado en un reducido círculo de luz, perfora con parsimonia una peluca plateada metiendo y sacando la aguja. En el interior de Hedvig Eleonora hay luz, como siempre, y en primera fila se ve a una anciana sola que duerme sentada bajo los ángeles con unas bolsas de plástico reunidas en el suelo cerca de los pies. No se despierta cuando paso a su lado. Junto al baptisterio hay un ataúd de cristal que antes no estaba allí. En su interior hay una niña durmiendo, tiene que ser un muñeco, pero parece muy real. Tiene el cuerpo cubierto de plumas blancas que se mueven todo el tiempo al amor de un viento invisible, aunque allí dentro no sopla la menor brisa. Me quedo allí un rato de pie observándola, el leve movimiento de las plumas hace que parezca que está respirando.

Cuando salgo a la luz otra vez, el hombre ya ha ocupado su puesto en los bancos de la plaza. En la distancia se parece a las grandes aves que se han reunido para conservar el calor en el frío invierno. El que es tan ágil, que lleva barba y chaquetón marinero, se ha sentado a unos metros de los demás, y tiene a su lado una maleta no muy grande. Lleva tanto tiempo ahí sentado en la plaza bebiendo que hemos empezado a hablar con él. Cada vez que paso por delante, me invita con la mano a que me siente con él. A veces lo hago, me siento un rato con mis bolsas de comida y lo escucho, y noto el hedor a muerte que le mana de la oscuridad de la boca.

—¿Dónde te has dejado a Kex? —pregunta.

—Sigue durmiendo —respondo, y señalo hacia la calle Jungfrugatan.

—Dile que se pase, que le voy a enseñar cómo hacer un avión de papel de los buenos.

Tiene los ojos de un azul acuoso, y clarísimos, con esa humildad ante la muerte que presentan muchos alcohólicos, una benignidad singular. Si dejan de beber, desaparece, se vuelven duros y fríos, y solo queda la brutalidad que tenían cuando bebían, que era lo único que podía protegerlos.

En el piso Jim y Marion ya están despiertos, sentados a la mesa de la cocina en medio de la fría luz plateada y cegadora. Parece que estén encerrados en su propio verano, con la cabeza inclinada sobre uno de los helicópteros siniestrados de Marion. Me quedo un rato en el umbral mirándolos, hasta que descubren mi presencia.

—¡Mira, mamá, la mariposa ya puede volar otra vez! —grita Marion, y levanta la mano para lanzar la pequeña nave por el cuarto.

Yo he vivido sola con Marion, me mudé de casa de Rickard cuando estaba embarazada, sabía que nunca podría compartir un hijo con nadie. Antes Rickard venía a visitarnos, pero ahora ya hace mucho desde la última vez, yo creo que lo dejaba abatido ver que aquí era un extraño, que se quedaba fuera. En la sala de partos le pedí a la enfermera que saliera, para poder estar sola con el dolor, y después no quise recibir visitas, me quedé despierta toda la noche mirando a Marion mientras él descansaba en la oscuridad con las piernas encogidas debajo de la barriga, como una ranita.

Cuando bajamos en el ascensor del hospital, Lone estaba fuera esperando con un paraguas amarillo y un ramo enorme de rosas de invierno en los brazos. Vino con nosotros a casa en el taxi, yo iba en el asiento trasero con Marion envuelto en un pañuelo. Por el camino, Lone me contó que había soñado conmigo la noche que nació Marion, un sueño en el que yo era pequeña otra vez y tenía fiebre y el pulso acelerado y que me había dejado sola con Jim y que yo la llamaba a gritos en el sueño y ella no podía responderme. Llovía cuando llegamos a mi calle, una lluvia sorda de noviembre, y yo me quedé en la acera con Marion en brazos mientras veía cómo el paraguas amarillo de Lone desaparecía entre la muchedumbre, no quise que subiera conmigo al piso.

La primera noche con Marion soñé que se me había vuelto negra la leche, que me chorreaba pegajosa como azúcar quemada y que lo obligaba a beberla. Después de aquello, no podía darle de mamar, me aterraba la posibilidad de que enfermara. Rickard vino a vernos al cabo de unos días, al ver a Marion, se le llenaron los ojos de lágrimas, y lo cogió de mis brazos con muchísimo cuidado y le besó la cabecita antes de devolvérmelo.

—No vas a volver, ¿verdad, Jackie?

Y me miró como si me viera por dentro, y luego se fue, y fue como si todo lo negro que hubo entre nosotros nunca hubiera existido, los hombres a los que yo veía en secreto y aquella despedida mía tan repentina, las noches en que me

sentaba en el balcón con la barriga ya enorme y veía salir el sol sobre los árboles, la decisión de quedarme sola con Marion.

No soportaba la mirada de Rickard, era como una camiseta estrecha y mojada de la que no podía zafarme. Él seguía diciendo que yo era guapa, siguió diciéndolo cuando ya era demasiado tarde, cuando hacía ya mucho que yo lo había estropeado todo.

Jim está sentado al piano tocando para Marion, toca alto y rápido, como si creyera que podría ser la última vez, y otra vez es Mozart, el mismo repertorio al que recurre en cuanto tiene un piano cerca. Recuerdo la admiración que despertaban en mí las melodías que Jim le arrancaba al piano como por arte de magia cuando yo era niña, cómo yo me quedaba en medio de aquel estruendo inmenso que brotaba y se derramaba sobre mí y sentía las notas recorriéndome todo el cuerpo, cómo ascendían y descendían igual que alas en mi interior. Cuando era yo la que tocaba las teclas no sucedía nada parecido. Un tono aislado y después otro tono aislado y después nada.

La música que surge a raudales del piano y la ventana abierta que da a Jungfrugatan, donde ha empezado a caer la nieve, hacen que el salón parezca más grande. El helicóptero de Marion flota como una libélula por la habitación y, mientras él controla el mando con la mano y sigue el juguete con la mirada, tiene en la cara una expresión que nunca le había visto, hipnotizado por el movimiento de la música y por el leve ruido zumbón del helicóptero, parece que fuera niño y adulto al mismo tiempo. Cuando lo veo así a la luz, comprendo por primera vez que es dueño de sí mismo, que habrá otras muchas personas que lo hagan feliz y desgraciado, no solo yo.

—Mamá, ¿qué pasa si todo desaparece? —pregunta Marion a veces justo antes de caer dormido. Pega los pies contra mí incluso cuando ya está soñando, como para asegurarse de que sigo ahí.

—Si todo desaparece, tú y yo seguimos existiendo.

—Pero ¿cómo vamos a existir si no queda nada?

—Eso no lo sé, pero sé que es así.

Cuando Rickard se dormía por las noches, yo salía; él siempre dormía profundamente, sin sospechar, contando con que todo seguiría igual que antes cuando se despertara. Yo deambulaba por ahí en la noche, mayo se convirtió en junio y este en julio, yo acababa de descubrir que estaba embarazada. Las calles estaban llenas de noctámbulos, no era yo la única que estaba sola aquel verano en que nunca oscurecía del todo, un blando resplandor rosáceo se extendía sobre la ciudad hasta mucho después de la medianoche. Yo a él no le había dicho nada del niño, pensaba todo el tiempo que iba a abortar, incluso acudí a aquella clínica, siempre pedía que me renovaran la cita, pero nunca era capaz de entrar, no podía matar aquello que había venido a mí. Al alba volvía a casa y me acurrucaba detrás de su espalda. Cuando sonaba el despertador, sentía náuseas de puro cansancio, tenía tanto miedo de que fuera una niña, de que se pareciera a mí... Cuando Marion vino al mundo fue como si de pronto me anclara mejor a la tierra, como si la gravedad me abarcara a mí también.

—Jim, ¿tú crees que mi árbol seguirá en los jardines de Observatorielunden?

—No lo sé, yo ya no conozco Estocolmo, pero podemos ir a mirar si quieres. De todos modos, no tengo ni idea de lo que voy a hacer con el resto de mi vida. Y en fin, cuando uno se muere, el problema desaparece en parte.

—¿Solo en parte?

Jim se echa a reír.

—Bueno, o del todo.

Aquella noche vamos al Observatorio, Jim está sobrio otra vez, y tiene la voz muy dulce, como antes, hace mucho. De pronto suena como el Jim que tanto me cuesta recordar, como era antes del alcohol, antes de la desolación, si es que existe algo parecido a un *antes*.

BAJO UN CIELO INMENSO

(EL BOCETO DE UN HOSPITAL)

Hay un grupito de personas que se han reunido copa en mano delante del edificio de Klockhuset, en Beckomberga, para brindar por el nuevo hospital. El verano de 1932 es inusualmente fresco, una primavera fría que se transforma en otoño ya a finales de agosto. Aún no hay internos, faltan todavía unas semanas para que llegue el primer paciente. En el reducido grupo de personas que sostienen en la mano copas de champán se encuentran, además del arquitecto Carl E. Westman, otros representantes del Consejo Nacional de Medicina, unos cuantos médicos, funcionarios y políticos. En lo alto: algunas nubes sobre un cielo bajo de color amarillento y solo una fronda dispersa, por el momento. Árboles japoneses recién plantados y arbustos exóticos que asoman por la tierra aquí y allá, aún tiernos, sin florecer, y como desorientados después del largo viaje por el globo. Es un grupo de personas de buena voluntad el que se ha reunido allí a la luz endeble de la tarde a celebrar la inauguración del hospital. El sonido del trueno se oye en la distancia, nubes color violeta se arrastran hasta Klockhusparken, y todos alzan las copas hacia los cielos ambarinos en lugar de brindar entre sí. Un gesto extraño, como si alguien allá arriba participara en la celebración o al menos vigilase su trabajo en la tierra. Aplausos que se extinguen raudo y luego alguien que sale con una bandeja de plata llena de sándwiches de pollo. Westman anda algo ausente, con el pensamiento se encuentra ya en otro lugar. Esboza mentalmente otros edificios, aguarda impaciente a que la ceremonia termine para poder volver al despacho y seguir trabajando en la mesa de dibujo. Es un hombre con la cabeza grande y rizada llena de ideas acerca de un mundo nuevo en el que la enfermedad ya no existe, ni el desorden ni la pobreza, y toda la humillación que siempre ha rodeado a los enfermos y a los perdidos. Y alguien del Comité pronuncia un breve discurso sobre el nuevo hospital, sobre la pureza, el orden y la belleza, allí los enfermos no echarán nada en falta.

Así nace de la oscuridad el estado del bienestar. En lo más bajo del mundo, un castillo que en realidad es una prisión, un palacio para deformes y

desesperados, donde puedan deambular bajo una luz sucia y estancada, solos, encerrados, olvidados. Una sala de hospital limpia e iluminada que surge de la tierra como un feto sale de membranas sangrientas, el edificio de un hospital como un castillo mayestático donde antes solo había bosque: pájaros, árboles, cielo, agua.

A lo largo de todo 1932 ingresan seiscientas personas en Beckomberga. Tres años después hay allí mil seiscientos pacientes, y junto con los ochocientos empleados, todos los cuales viven en la zona, se diría que conforman una ciudad menor.

OSCURA PRIMAVERA

—¿Te acuerdas del árbol que plantasteis para mí en los jardines de Observatorielunden? ¿Que floreció cuando Jim llegó a Beckomberga?

Lone me mira en un sueño más. En los sueños soy yo quien la llama, nunca es ella quien me llama a mí.

—No creo que siga en pie. Lo arrancaron cuando rehicieron el parque junto al Observatorio.

—Pero ¿te acuerdas de que floreció en pleno invierno, de que de pronto tenía florecillas rosa y amarillas por todas partes?

—No floreció —dice Lone, mientras se aparta de la cara un mechón de pelo—, fue tu padre, que, en plena borrachera, le puso un montón de farolillos de papel unas semanas antes de llegar al hospital.

Siempre he creído que eran flores de invierno, que era un milagro que florecieran de pronto en medio de aquel frío. Pensaba que eran flores de Chernóbil.

—¿Por qué lo hizo?

Me subo la cremallera del chaquetón y me soplo en los dedos, que noto adormecidos por el frío.

—Supongo que querría que viéramos que estaba triste. Y a lo mejor estás confundiendo los jardines de Observatorielunden con las flores del parque del hospital.

—Puede. Y cuando los árboles florecieron, yo empecé a ir allí sola.

El líquido que hay en la jeringuilla se ve dorado a la luz potente del sol. Un médico que no es Edvard le sujeta a Jim la cabeza contra la hierba, mientras Inger Vogel le pone una inyección que hace que el cuerpo se relaje. Yo le había metido en la boca la manga de mi jersey mientras esperaba que llegara Edvard, pero no viene.

—Vete —me dice Inger Vogel, y levanta la vista hacia mí—. Tienes que irte a casa ya, Jackie.

—Pero si puedo quedarme —respondo, y me deshago del jersey sin que la manga se le salga de la boca. Ahora Jim parece dormido en la hierba, respira tranquilamente, como a oleadas que rodaran despacio sobre una playa. Por la mejilla le corre lentamente un hilillo de sangre. Cuando se desplomó, estábamos mirando un libro. Un libro sobre árboles que le ha prestado Edvard, estábamos en la página del fresno, el árbol regio, que es el último en florecer y el primero en perder la hoja. Ese árbol fatal de raíces enormes que se aferran a la tierra como garras de dragón.

Abre los ojos y se queda tumbado contemplando las copas de los árboles, la mirada inmóvil, solo esa luz débil que le brilla en la mirada por sombría que sea. Le toco la mano despacio, está fresca, pero no fría. Un rumor por entre el follaje allá arriba. Inger Vogel limpia un poco de sangre con el borde de la falda.

—Todo ángel es un ángel temible —dice Jim, y vuelve la cara.

Y luego, a Inger Vogel:

—Dile que se vaya. Que venga mañana.

Cuando empiezan a llevárselo, recojo mi bolsa y me voy de allí.

La siguiente vez que veo a Sabina la encuentro sentada fumando en la escalera. Está más pálida que la vez anterior, tiene la piel brillante y húmeda y el pelo algo más claro que antes, más mate, con el mismo color que el agua de fregar, como si algo en su interior la fuera empalideciendo despacio hasta hacerla desaparecer del todo.

—Tu padre ya está bien.

—¿Ah, sí?

—Sí, solo se ha dado un golpe en la cabeza. Eso le pasa a cualquiera. Las pastillas y demás hay que ir dejándolas poco a poco. No se pueden dejar de golpe. Entonces se rompe algo. No sé qué es, pero algo se rompe. El mayor mal.

Se encuentra sentado al piano en la sala de estar, tocando mientras las lágrimas le caen por las mejillas. Inger Vogel está a su lado y va anotando algo con un bolígrafo rojo bastante grande. La luz del sol solo los alcanza a ellos en la sala, todo lo demás queda en sombras, parecen iluminados desde dentro. Me quedo mirándolos un rato antes de irme.

Al salir me encuentro con Edvard.

—¿Nunca pasas calor con ese chaquetón de pieles?

Todos me preguntan por el chaquetón, como si fuera más importante y sensacional que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿Has visto mi jersey? —pregunto para cambiar de tema.

—Lo hemos tirado a la basura. Estaba destrozado.

Me pone la mano en la espalda, en el mismo lugar que antes.

—¿Estás bien, Jackie?

—Estoy bien, sí.

El anciano que lleva una chaqueta demasiado pequeña me da el alto cuando voy a salir. Parece viejísimo, como petrificado en un tiempo remoto. Tiene el pelo repeinado con agua y todo en él se ve bien planchado, la

cazadora deportiva y los pantalones enormes, que sujeta con un par de tirantes de un rojo brillante.

—¿Me ha llamado alguien? —pregunta, y se me queda mirando con los ojos acuosos y amarillentos. Parece asustado, le veo la mano enorme y temblorosa cuando la levanta en el aire.

—Pregúntale a Inger Vogel —le digo—. Ella lo sabe todo aquí. Está ahí dentro, con el piano.

Sabina aparece de la nada y le coge la mano al hombre.

—No ha llamado nadie, Olof.

Jim deja la pista de ajedrez y me alarga un paquete de tabaco arrugado.

—¿Fumas, Jackie?

—Todavía no —le digo, aunque llevo fumando desde el invierno. Empecé la primera vez que estuvimos allí, cuando Lone volvió a fumar.

Una sombra le cruza el semblante, como si un pájaro hubiera pasado volando allá arriba a demasiada velocidad.

—Perdón, claro, ¿cómo vas a fumar?

—He pensado en empezar —digo, y le toco el brazo. Me mira y se ríe, y a mí me encanta cuando se ríe, cuando la luz le alcanza por fin los ojos.

—Pues creo que deberías. Nunca es tarde para empezar a fumar.

—Cuando era pequeña pensaba que fumaría la misma marca que tú. Prince blanco.

—¿Y ahora?

—Hobson. Es lo que fuman todos en el colegio.

Por encima de nosotros se arremolinan nubes enormes, nubes virginales gris grafito, nubes maternas extraviadas, todos los tipos imaginables de nubes poco comunes que nunca había visto en ningún otro lugar, y las estrellas, que brillan aquí ya desde primera hora de la tarde. Estamos de pie en grupitos junto a la pista de ajedrez, delante de la torre de Klockhuset viendo cómo juegan Jim y Sabina con esas piezas enormes que parecen hechas para gigantes. Mientras estén jugando, se mantienen en un círculo de luz. Pasan largos ratos allí de pie mirando simplemente las piezas, como dos depredadores a la espera de que el otro ataque primero. Sabina entorna los ojos a la luz del atardecer antes de acometer su siguiente jugada tras una espera infinita. A veces tarda tanto que Jim se pone nervioso y pierde la concentración cuando por fin le toca mover.

—Jaque mate, so payaso.

Sabina es la que gana más veces, es más rápida y más fría, pura matemática, y se ríe de Jim cada vez que pierde y lo sujeta por detrás mientras él se dedica a arrojar aquellas piezas gigantescas a los arbustos. Jim juega

igual que vive, sin reflexionar, sin estrategia, sin dedicar un pensamiento al futuro.

La luz es suave y resplandece como el oro y Edvard pasa por allí y se para a jugar un rato. Todos saben que está prohibido apostar dinero, pero Edvard hace como que no ve las pilas de billetes y de cigarrillos que hay al lado del tablero. Jim y Sabina son los únicos que nunca apuestan dinero, para ellos se trata de otra cosa, de amor, de soledad, de libertad. Y las estrellas brillan con esa luz débil tan extraña, la estrella de Belén y la de Mizar, y todo lo que hay en el planeta estas noches en el parque Klockhusparken, donde los perros guardianes ladran en la distancia, todo es Jim y Sabina, iluminados por la última luz primaveral, o quizá la luz viene de dentro. Están encerrados en sí mismos y en el anestésico que suponen el uno para el otro. Y pasa lo siguiente: de pronto una niña cruza corriendo el tablero y un rebaño de enfermeras vestidas de blanco va corriendo tras ella y la derriban en la hierba. Todos lo presenciamos, y apenas prestamos atención, pero siempre está presente, la amenaza del traslado o del encierro o de la sedación. Yo soy la única que es libre de irse de aquí y lo único que quiero es quedarme.

—El valor del rey es infinito —dice Sabina, y se aleja de allí.

Edvard se sienta en cuclillas delante de mí en la hierba. Lo rodea un halo de soledad, he notado que se queda en el hospital bastante después del atardecer.

—¿Quieres que te lleve a casa?

La música sale a raudales de la radio del coche y el olor a cuero quemado por el sol y a gasolina es soporífero como también lo es el zumbido tibio del motor. Cuando cruzamos la verja, Sabina está en el puesto de vigilancia con mi sombrero en la cabeza.

—Te olvidabas esto —dice cuando bajo la ventanilla. Al coger el sombrero, Sabina me agarra la muñeca y la besa. Me planta en la mano algo duro: un rollo de billetes. Entre los billetes ha metido una rosa diminuta.

Me duermo, y al despertar, me encuentro con la mirada de Edvard en el retrovisor.

—He soñado que me estaba cayendo —digo sin más.

—No debes tener miedo a caer. En el sueño puedes caer sin hacerte daño. Sin que te queden marcas y arañazos.

En el retrovisor se le ve la mirada oscura, como si la pupila ocupara todo el ojo, pero la voz suena suave y cálida, como siempre.

—¿Has oído hablar de los sueños lúcidos, Jackie? Son sueños en los que uno mismo puede influir en lo que sucede. Es posible aprender a tener ese tipo de sueños. Te serán muy útiles.

—¿Tú crees?

—Totalmente.

Cuando, ya en la cancela, me vuelvo a mirar, veo que sigue allí sentado observándome, con un cigarro encendido en la mano. La cancela se cierra a mi espalda, mientras subo las escaleras oigo el motor que se pone en marcha allí fuera.

En la entrada del museo de Historia Natural entrego el paquete de Sabina. Hay una muchacha con el pelo plateado que está allí sentada vendiendo entradas. Recoge el paquete sin mirarme, como si yo fuera invisible. Le brilla el pelo en la penumbra del puesto de vigilancia en el que está sentada, yo nunca he visto a nadie como ella. No me canso de mirarla, esa figura pálida detrás del cristal, como un animal exótico. Al cabo de un rato empuja sobre el mostrador otro paquete. Tiene un olor dulzón y agrio, como a incienso. Me lo guardo enseguida en el bolsillo sin mirarlo y vuelvo por el mismo camino de frías baldosas. Ahora soy mensajera, una de las veloces flechas de Sabina.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

—¿Qué piensas sobre el tiempo que has pasado aquí, Olof?

El doctor Janowski le pasa una caja de caramelos por encima de la mesa. Olof coge uno, que se queda allí, sobre la mesa, delante de él.

—¿Aquí, en el hospital?

—Sí.

—No sé. Es que no existe ningún otro tiempo. Llevo aquí toda la vida.

—O sea, que para ti era tu hogar, ¿no?

—No, mi hogar, no. Pero aquí tenía mi cama y todas las cosas y aquí tenía a mis amigos. Y a vosotros... Yo creo que nunca he tenido otro hogar, aparte del hogar de cuando era niño.

—¿Piensas que algo habría podido ser distinto?

Olof se lleva despacio el caramelo a la boca y lo chupa.

—Me habría gustado ir al entierro de mi padre. Puesto que él nunca vino a verme aquí, me habría gustado ir yo.

—Comprendo. A veces no logra uno despedirse.

—Ya. Y ahora no queda nadie. Mi madre tampoco.

—Ya.

El sonido de un viento suave recorre el edificio, como si todas las puertas se hubieran abierto a la noche.

—Mi madre venía y se sentaba a hacer punto unas horas al principio. Tejía prendas para mí y para Sixten. Sixten y yo solíamos meternos debajo de la central hidroeléctrica, junto a las cataratas, a escuchar el estruendo y ver el humo que ascendía desde la fábrica de cerillas que había más arriba. Mis dos abuelos y mi tío Karl volvían a casa oliendo a fósforo y azufre. A las siete abrían la cancela para que entraran y a las seis los dejaban salir de nuevo a la luz, con el rostro ennegrecido y el pelo lleno de hollín. En cuanto los veíamos venir, bajábamos corriendo a recibirlos. Cuando crecí, yo también empecé a hacer lo mismo. Entrábamos en la negrura por la mañana temprano y nos escupían a la luz cuando el sol empezaba a ponerse.

El doctor Janowski se ha retrepado en la silla y ahora cruza las manos en

la nuca.

—Yo pensaba que habláramos un poco de lo que ocurre a partir de ahora.

—¿A partir de ahora?

—Cuéntame tus planes.

A Olof se le ilumina la cara.

—Pues sí, tengo pensado ir al hospital de Sabbatsberg a diario, y al principio voy a vivir en casa de mi hermano y su mujer, en Vällingby. ¿No? ¿Iba a hacer algo más, algo que se me ha olvidado?

—Parece un buen plan.

—Ellos también son viejos. No creo que aguanten mucho. Y yo tengo las medicinas.

—Sí, tienes las medicinas.

Olof se echa hacia delante y baja la voz.

—Y confío en Olof Palme. Él es mi última esperanza.

—¿A qué te refieres con que confías en Olof Palme?

—No sé, es solo que confío en él. Yo creo que Olof Palme piensa en los que no somos tan afortunados.

LA LLAMADA TELEFÓNICA

(ESTOCOLMO-CARIÑO)

La voz de Jim al teléfono cuando llega a través de los cables que discurren por las autovías de Europa, oigo cómo se dulcifica al oír que soy yo quien llama.

—Ah, ¿eres tú? ¿Cómo estás?

—Bien. Marion ha empezado el colegio. ¿Y tú?

—Como siempre... ¿Qué sentido tienen las cosas?

Habla un rato de la casa de allí, de los naranjos y de una mujer que se llama Magda, que ahora le ayuda a preparar la comida y a limpiar la casa, hablamos de lo rápido que se está transformando España ahora, de que la gente se ve obligada a dejar su hogar a diario. «Europa sucumbirá al final», dice desolado. «La grandiosa Europa se convierte en el patio trasero del mundo», y quizá se le ocurra pensar que es él mismo el que es Europa.

Cuando se hace el silencio, le digo las cosas como son, que lo he llamado porque me gustaría leer su historia clínica de Beckomberga. Tengo en la mano las perlas de Sabina, las voy dejando caer una a una sobre el escritorio mientras hablamos y luego las recojo y las voy dejando caer en la mesa otra vez.

—Pues claro que puedes leer la historia clínica, yo no tengo secretos para ti —dice rápidamente, sin pensar.

—¿Te gustaría leerla a ti también? —pregunto.

—Mejor no.

—Pero entonces, ¿yo sí puedo leerla?

—Sí, también es tu vida. Tú también estabas allí, y siempre has sabido más de mí que yo mismo.

El sol va descendiendo por detrás de la iglesia. Un sol blanco y frío de invierno. He esperado a la hora de hacer esta llamada, he echado mano del auricular muchas veces y luego he vuelto a colgar.

—Lo que pasa es que ni siquiera sé dónde está la historia, no tengo ni idea de cómo ayudarte.

Le revelo entonces que toda la documentación de Beckomberga se conserva en un archivo a las afueras de Estocolmo, que me he pasado allí esta fría primavera leyendo documentación y anuarios del primer decenio del hospital. Después de setenta años enterradas, esas historias clínicas son por fin públicas, hasta el año 1943.

—¿Qué dicen las historias?

—Todo lo habido y por haber. Hay fotos de todos los pacientes. El más joven solo tenía seis años, un niño, padecía sífilis, en su último estadio.

—Pobrecillo.

—No había medicinas, no había ningún tratamiento. Casi todos morían allí.

—Pues cuando yo estuve allí no era así. Era otro tipo de hospital. A mí me gustaba mucho estar allí. Pero recuerdo los gritos por las noches, recuerdo a las ancianas y ancianos que llevaban allí muchos años, su deambular solitario por el patio.

El sol aún brilla débil entre los árboles. Desde aquí se los ve muy pequeños, como árboles de cerillas. En el suelo, a mis pies, está el zepelín teledirigido de Marion, las pilas están esparcidas por el suelo y parece que le ha abierto la parte trasera y ha intentado repararlo.

—Cuando le cuento a la gente que estuviste en Beckomberga creen que ya estás muerto —digo.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que eso era Beckomberga para la gente, como todos los demás hospitales psiquiátricos, un lugar ajeno al mundo del que nadie salía vivo —digo, y atrapo una perla que va rebotando y está a punto de caer al suelo. La veo en la mano, es azul oscuro, de un color cobalto reluciente y frío.

—Este verano, cuando vengas a Estocolmo, quizá podríamos ir juntos al archivo y recoger las historias clínicas.

Se hace un largo silencio en el auricular, solo se oye el sonido débil de las cigarras. Sigo con la mirada un avión que se mueve lento en la distancia. Una débil línea en el cielo, que desaparece detrás de los árboles desnudos. La voz de Jim se oye cerca, aunque él ya se encuentra a una distancia infinita.

—Pero es que no sé si voy a volver a Estocolmo —dice al fin en voz baja

—. No se te habrá olvidado, ¿verdad?

Las campanas de Hedvig Eleonora empiezan a repicar y la tenue franja blanca del avión discurre como una costura en el azul antes de esfumarse también y desaparecer. Algo le pasa a la perspectiva en este rincón, desde mi ventana parece que todos los aviones se estrellaran en el suelo. Ante mi silencio, Jim continúa y suena totalmente ligero a lo lejos, como si una pluma blanca le flotara en la voz.

—Tráete al comisario Belmondo, que le voy a enseñar el mar. Si venís, te firmo un poder notarial para que lo presentes en el archivo ese que dices.

LOS JUGUETES DE WINTERSON

Las horquillas espejean en el pelo de Lone como insectos en la noche, y un mechón solitario se ha salido del moño, le cae formando un arco por delante de la cara. El pasador de oro en forma de escarabajo, el pasador de perlas, el mismo de siempre. Baja la vista y mira el reloj de pulsera, un reloj de plata muy fino que le he visto llevar desde que me alcanza la memoria, y luego el viejo reloj del hospital. En el sueño estamos delante del edificio de Stora Mans, en pleno frío invernal.

—Ese reloj tiene que haberse parado. Yo tengo casi las ocho. ¿Cuándo pasa el autobús?

—Cada media hora —digo—. Podemos irnos de aquí en cualquier momento.

—Pronto será de noche.

—¿Y no podemos quedarnos un poco más?

—Si quieres...

Lone sigue con la mirada algo que yo no veo, una sombra fugaz que desaparece entre los árboles, un pajarillo o una polilla. Alarga el brazo en busca de la cámara, de forma instintiva, como siempre, y luego se detiene y lo deja.

—A ti no te gustaba ir a verlo, ¿verdad? —digo después.

—No, no me gustaba.

—Te fuiste de viaje. Al mar Negro.

—Sí.

—Y yo empecé a venir sola.

—Sí, detestaba el olor a enfermedad que había aquí, ese olor institucional de un blanco granulado, sentía náuseas nada más entrar en el parque del hospital.

—Yo también, pero terminé por acostumbrarme.

—Tú nunca has tenido miedo de nada, Jackie.

—Claro que sí, yo tenía tanto miedo como tú, pero lo hacía de todos modos.

La mano descansa sobre la cámara.

—¿Y por qué lo hacías?

—No quería que Jim estuviera solo.

Cuando me mira, tiene los ojos sombríos.

—Yo también estaba sola, Jackie.

Solo una vez pide Jim que le permitan abandonar el hospital. Lo han trasladado a la sección de cuidados hospitalarios, pero una vez al día sube los incontables peldaños que conducen hasta la buhardilla de Edvard para hablarle de su vida.

Edvard está en la ventana y contempla la nieve y las porciones de tierra que han quedado al descubierto aquí y allá en Klockhusparken. Acaba de contarle a Jim su primera autopsia, una muchacha a la que conocía del colegio, que se había suicidado y que se encontraba allí ante él durante la clase de disección.

—Era la primera vez que tocaba a una muchacha que no llevara ropa. El vello claro y rizado del sexo, las manchas rosáceas del pecho y la rigidez de aquel rostro muerto parecían pertenecer a dos mujeres totalmente distintas. Cuando tuve ocasión de examinar el cuerpo antes de la autopsia noté los órganos bajo la piel, dada su delgadez. El hígado, el páncreas, el bazo, el riñón.

Y se le llenaron los ojos de lágrimas ante el recuerdo de aquella pobre niña desnuda. Jim no tiene nada que decir de la muchacha de las dos caras.

—No quiero quedarme aquí entre tanto loco. No creo que salga más sano.

Edvard se vuelve y lo mira sorprendido, como si se le hubiera olvidado que Jim estaba en la consulta. Una parte de él sigue en el aula rodeado por todas partes de órganos en cuencos metálicos y del olor dulzón a vísceras.

—Todos estamos locos, Jim —dice—. Yo estoy loco. Tú estás loco.

—¿Y entonces cómo sabes que yo estoy loco? —pregunta Jim.

La sonrisa de Edvard se enciende ante él como una bombilla en una habitación a oscuras.

—Tienes que estar loco. De lo contrario, no habrías acabado aquí.

Cada vez que entro por la verja del hospital el resto del mundo se hunde, como la marea que se retira y deja al descubierto una nueva orilla, como los árboles derribados en el bosque de Judarskogen, donde se arrastran los gusanos. Cruzo a la carrera el patio en dirección a los abedules que hay delante de la sección de Jim y me imagino que un día me tumbaré allí como Sabina, en la hierba, con un gran libro abierto ante mí. A mis ojos ella es una imagen del futuro: esa claridad y esa belleza.

—Hola, Sabina.

No responde, se limita a mirarme, como si yo fuera un árbol o una flor. Con mucho sigilo, le dejo una bolsita en la mano.

El calor asciende de la tierra mojada y las primeras mariposas pálidas del verano vuelan entre altas briznas de césped. Es como si aquí solo hubiera una estación, la lluvia cálida y pertinaz de este verano y las sombras de las copas inmóviles de los árboles que se alzan por encima, ni viento ni tiempo ni futuro. Jimmie Darling se mueve por lo general en grupo con otros pacientes cuando estoy allí, ahora pertenece al hospital. Y puede que nunca nos haya pertenecido a nosotros, al menos a mí no me ha pertenecido nunca, quizá en su día, hace ya mucho tiempo, sí perteneció a Lone.

Estoy sudando con el abrigo de piel, pero no quiero quitármelo, y las flores de los árboles son tan grandes como mi cabeza, grandes pétalos blancos flotan en la humedad del aire. Algunos árboles son antiquísimos, mil años o más, y otros son muy jóvenes. «Son muchísimos los árboles jóvenes que han sucumbido este año —dice Jim, y arranca a llorar de nuevo—. Este es el final del futuro».

A lo lejos lo veo bajo la luz del sol, delante del pabellón de Stora Mans, una vez más tiene reunida a la corte en la pendiente bajo los abedules a aquella luz tan fría. Al acercarme veo allí a Edvard y a Inger Vogel y a algunos

más que están de pie escuchándolo. Me ha abierto la verja eléctrica un vigilante adormilado, luego he cruzado el amplio patio y he dejado atrás la fuente de la entrada principal, y ahora es ese instante previo al momento en que él me ve, y cuando me vea echará la cabeza hacia atrás y se reirá como hace siempre.

—Jackie, pobre chiflada, ¿otra vez por aquí?

Espero un rato a la sombra informe y temblona del abedul antes de dejar que me vean él y el modesto público vestido de blanco, porque me apetece observarlo mientras no me ve, quiero preservar el instante un rato para mí sola, quiero estar fuera de la luz.

No hay nada más que la sombra y el leve tintineo de las hojas del abedul al viento y, de repente, Edvard y los demás estallan en una carcajada. Cada vez que eso ocurre a Jim se le ablanda la cara y la tensión de los rasgos se reduce; por unos segundos, desaparece la preocupación. Mientras las personas se ríen, no harán preguntas, por un instante, Jim será un ser sin culpa. Y rápidamente, como si nunca hubiera estado allí, se disuelve el grupo de las personas que lo rodean y se esfuman por el patio hasta que los engulle alguno de los grandes edificios. Yo doy un paso al frente y salgo de la sombra, y Jim se da cuenta de que estoy ahí y cuando me ve extiende los brazos hacia mí. «Pero, locuela, ¿otra vez estás aquí? —dice—. Ten cuidado, Jackie. Pronto estarás tan loca como yo».

Sabina está sentada en la hierba a unos metros de allí, y está buscando algo en ese bolso enorme que siempre lleva consigo. Por la espalda le cae la melena rubia como un torrente.

—¿Sabes qué hora es? —pregunto por decir algo.

—Ni idea. Las tres y media.

—Aquí siempre son las tres y media.

—Eso es porque todo sucumbe a las tres y media.

—¿Seguro?

—Pues sí. A las tres y media lo atravesó la lanza del destino en la cruz. A las tres y media caí yo. Nadie me cogió.

—Ah... Bueno, yo lo que quería era llegar a tiempo para no perder el autobús —digo.

—Acaba de pasar uno.

—No importa, solo voy a casa.

Cuando estoy aquí siempre pierdo todos los autobuses. En cuanto llego, se me olvida el tiempo. Me sumerjo en algo, olvido todo lo que hay en el exterior.

—Ya puedes estar contenta de tener algo fuera de aquí —dice, como si de verdad pudiera leerme el pensamiento. Luego continúa—: Yo estuve allí arriba una vez con Edvard para ver el reloj cuando todavía funcionaba. Las manecillas eran tan grandes como yo. Visto de cerca, era como si el reloj perteneciera a unos gigantes.

—¿En este hospital, todos los médicos son como Edvard? —pregunto.

—Edvard está bien, no sabe nada del mundo. Él solo es el jefe del pabellón 6, y el pabellón 6 es una invención de Chéjov, ¿no?

Por las noches, dejan el hospital. Cuando las puertas automáticas se abren y dan paso al coche descorchan la primera botella en el asiento trasero, siempre champán, que han tenido enfriando en el sótano durante el día. Edvard conduce cruzando los puentes en dirección a la ciudad, a través de barrios de casas y calles durmientes. A veces ya hay una muchacha del pabellón esperando en el asiento trasero, unas veces es Sabina, otras veces alguna desconocida, aún hundida en el duermevela de los medicamentos. Y los troncos de los abedules brillan en el ocaso, nubes de borrones de tinta en rosa y amarillo, nubes blandas y desorientadas, pájaros, un dibujo apresurado del cielo. Edvard está convencido de que es bueno para los pacientes alejarse del pabellón de vez en cuando.

—Una noche fuera del recinto hospitalario os convierte de nuevo en seres humanos —dice.

Le ha dado a Jim una copa de cristal y en la guantera aguardan una camisa nueva y una bolsita que contiene algo que hará que la noche vaya más rápida. Fuera ve pasar la ciudad, hombres camino de sus hogares y sus familias, mujeres solas que van recorriendo las calles despacio, y a veces, cuando se quedan paradas ante un paso de cebra a la espera de que cambie el semáforo, ocurre que se sorprende al encontrarse con la cara de un viejo amigo o un antiguo compañero de trabajo que también está allí esperando. Una vez, en un paso de cebra delante del Ministerio de Asuntos Exteriores, se ve mirando cara a cara a Lone, antes de que el coche salga derrapando y siga surcando las luces que surgen de las salas de fiestas, que acaban de abrir sus puertas a la noche.

Ocurre que una muchacha sufre un colapso durante la noche en el piso de la plaza de Lill-Jansplan, y entonces tiene que volver al hospital cuando empieza a clarear. «Los juguetes de Winterson», como los llaman, las muchachas que van deambulando sin rumbo por estas fiestas, que a veces cobran por su compañía, y que, cuando se caen redondas, Edvard va y las lleva en el coche. Luego se despiertan en una sala blanca con la cara de

Edvard flotando sobre ellas.

—Bonita mía, amiguita, no tengas miedo, nos vamos a ocupar de ti.

—¿Dónde estoy?

—Tú no tienes que pensar en eso. No tienes que pensar ya más, querida.

Jim: Las muchachas se quedaban en el hospital durante meses. Eran jovencitas a las que nadie echaba de menos. Mucho después oí contar que a todos nos llamaban «los juguetes de Winterson», no solo a las muchachas. Yo me cambiaba de camino a la ciudad. Edvard quería que habláramos de jovencitas, él siempre estaba enamorado de alguna de las pacientes, ninguna de las mujeres de las fiestas, que venían de fuera, le interesaba, para él solo existían las pacientes. Bebíamos cantidades desorbitadas en esas reuniones, había cocaína, maría, somníferos... Me presentaba a gente guapa, adinerada, y ahí fuera, en la ciudad, en alguna parte, se encontraba lo que una vez fue mi vida. Ya había dejado de existir. Todo lo que quedaba eran aquellas noches en las que nos alejábamos del recinto del hospital. La noche en que murió Olof Palme, las casas estuvieron iluminadas hasta entrada la mañana. De pie, junto a las ventanas, brindaba la gente.

Sabina se va algunas noches del piso de la plaza de Lill-Jansplan, sus pasos desaparecen escalera abajo y, desde la calle, saluda con la mano a Jim, que está sentado con unas mujeres de cierta edad que escuchan sus historias del hospital. Es como un juego, si las hace reír no tiene por qué tenerles miedo, ni a ellas ni a su riqueza ni a la liviandad con la que se mueven. Jim siempre lo consigue, las mujeres se ríen tapándose la boca con las manos hasta que se les forman rojeces en el cuello.

—En los túneles subterráneos hay todo un universo —dice—. Las raíces de los árboles se adentran en los tejados por algunos sitios. Es increíble. Antes había niños huérfanos correteando por allí abajo. Ahora es sobre todo Edvard quien va por ahí correteando con el patinete.

—¿Y Edvard os deja salir así?

Jim le toca la mano a una mujer: tiene la piel quebrada bajo la pulsera de oro.

—Pues sí, por grave que parezca.

En el camino de vuelta hay una chica nueva en el asiento trasero y va contemplando la ciudad con ojos somnolientos. Cuando Jim pregunta por Sabina, Edvard responde taciturno:

—Ya volverá. Sabina nunca pasa fuera demasiado tiempo. Dentro de unos días, a más tardar.

—Yo creía que estaba deseando salir.

Edvard suelta una risita.

—Ella también lo cree.

El puente de Traneberg desaparece en el aleteo de la luz blanca del alba. Se diría que sigue adentrándose en la nada, que carece de apoyo en el otro lado. Jim cierra los ojos y se duerme. Se despierta cuando uno de los perros guardianes empieza a ladrar delante del coche. Edvard está sentado a su lado, totalmente inmóvil, contemplando los árboles de Klockhusparken.

La puerta del coche se abre delante de Sabina cuando ella va camino de los jardines de Kungsträdgården, una voz que reconoce bien, unas manos pálidas con suaves manchas de pecas en la penumbra del cupé, una guirnalda de humo que asciende despacio hacia el techo. Lleva un abrigo celeste y vaqueros, es temprano por la mañana y se ha pasado la noche despierta contando estrellas. El sol se filtra entre los árboles como a través de una lente de aumento. Ella tiene el pelo enredado y sucio. Los restos de somníferos se mezclan en las venas con la sangre y con algo más, con una sustancia más dura, como el cristal, mortífera, más grande que todo el amor. El cielo brilla allá arriba en tonos ambarinos, algunos pájaros vuelan entre los árboles.

—¿Te vuelves conmigo al hospital?

—¿Y qué voy a hacer allí?

—Puede que estés cansada, puede que necesites dormir.

—¿Tú puedes ayudarme?

—Ya sabes que sí.

—La muerte no me quiere, de todos modos.

—Entra un momento, amiguita —dice el hombre de la tienda desde el umbral, con ese cuerpo descomunal que tiene. Me cuelo hacia la oscuridad del interior y el olor a muerte me da de lleno enseguida, lo aspiro hasta el fondo de los pulmones. La puerta se cierra a nuestra espalda y, cada vez que alargó la mano y toco algo, él asegura que me puedo quedar con ello. Yo no le hago caso—. Te favorece el sombrero. Aquí hay muchos que te quedarían bien. Tengo uno de fieltro procedente de Tokio al que puedes echar un vistazo.

Toca con delicadeza el abrigo de piel como si yo fuera un animal de verdad. Cuando le digo que estoy buscando algo especial para un amigo que está en el hospital, recorre la tienda a toda prisa. Por el camino va arrastrando objetos que caen al suelo, abanicos y candelabros y un maniquí desnudo. Yo voy recogiendo cuidadosamente los abanicos y los devuelvo a su lugar. El maniquí ha quedado tendido en el suelo delante de mí, con las piernas y los brazos torcidos en una postura extraña, paso por encima de él para continuar hacia el interior de la tienda. El hombre ha desaparecido de mi vista un instante, luego aparece detrás de la cortina con un globo terráqueo entre las manos. Detrás de él va arrastrando un cable.

—Mira, esto es lo que te tienes que llevar. Le tienes que regalar un globo terráqueo.

Lo hace girar entre los dedos, que son gruesos y que dejan marcas grasientas sobre los mares del mundo.

—Si lo quieres, es tuyo.

Lo cojo sin mirar al hombre, y me dirijo rauda a la salida. Cuando me doy la vuelta lo veo como indefenso allí de pie con las manos extendidas.

—Espera un poco. Puedo pasarle una bayeta.

—No hace falta —digo.

—¿El que está enfermo es tu padre? —pregunta de pronto, como si me conociera. A lo mejor es que ve todo lo que sucede en el barrio, a lo mejor lo sabe todo sobre los que vivimos aquí, en la calle Kammakargatan.

—Es la nube de Chernóbil, por eso ha enfermado —digo, y me apresuro a

salir de la tienda.

—¡Ay, Dios mío! Qué horror.

De pronto pone en marcha ese cuerpo enorme. Es como si quisiera arrojarse en mis brazos y consolarme. Yo me escabullo hacia fuera y dejo que la puerta se cierre a mi espalda antes de que él la alcance.

En el cementerio de Adolf Fredrik las lápidas relucen como caras solas en el atardecer. Las noches son ahora muy cálidas, tropicales.

Cojo el metro hacia Brommaplan y luego el autobús hasta Beckomberga, delante de la cancela del hospital casi siempre soy yo la única que se baja. A veces llevo algo para Sabina, un paquetito plateado o una bolsita. Cada vez me encuentro más vinculada al hospital, sueño con él por las noches, sueño que voy cayendo, sueño con Jim, que está cayendo de árboles muy altos, que lo pierdo antes de haber llegado a conocerlo. Voy al hospital incluso fuera del horario de visita, y me dejan estar allí. Edvard arregla las cosas para que pueda entrar y salir como me plazca, como con Jim y los demás y me siento con él y con los demás en la sala de estar cuando juegan a los dados por las noches. A Jim le dan permiso para dejar el recinto e ir a buscarme a la parada del autobús y, antes de que caiga la noche, me acompaña para coger el de vuelta. Cuando el autobús me aleja de allí en medio del atardecer violeta, él se queda despidiéndome con la mano en alto, no sé si me despide a mí o si se está protegiendo los ojos de la luz, pero lo más probable es que, con el pensamiento, se encuentre ya en otro lugar, porque cuando yo levanto la mano para corresponder a la despedida, la suya permanece inmóvil.

Estoy en el vestíbulo delante de Lone. Debe de haber estado esperándome sentada en la oscuridad, sin encender ninguna lámpara. Muy despacio, me quita el sombrero y me pasa los dedos por el pelo, lo tengo enmarañado, lleno de nudos, y me mira como si me viera por dentro. Corazón, pulmones, entrañas, alma.

—Tienes un gran corazón —dice, y aparta el globo terráqueo sin mirarlo.

—¿Ah, sí?

Instintivamente, me llevo la mano al pecho para que no me lo vea, para que no vea el corazón envuelto en su membrana, que se esconde detrás de las costillas. Un corazón grande suena como una deformación, como un defecto.

—Háblame de Jim.

—No tengo nada que contarte.

—Háblame del hospital.

Le hablo de las flores que ya se han abierto en los setos de Klockhusparken, hay flores por todas partes en la blanda hierba, y de que los crepúsculos allí son lentos, casi eternos, como si la última luz pudiera también ser la primera. Cuando digo que he conocido a Sabina, una sombra fugaz le recorre el semblante.

Me gusta que me acaricie el pelo, me adormece y me aturde. El pelo se me ha oscurecido al sol, al sol negro del lago Judarn. Me gustaría que Lone supiera cómo está ahora el hospital, sin la nieve, sin la oscuridad y sin ese viento frío.

—Puedes ir siempre que quieras, Jackie, pero quiero que me despiertes cuando llegues a casa. Quiero saber que te acuestas en tu cama por las noches.

Es un misterio lo que hace con las manos, cuando abro los ojos, tengo otra vez el pelo suave y reluciente.

—¿Tú crees que volverá a ser verano después de Chernóbil? —pregunto para que no retire las manos.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

—¿Cuándo lo sabremos?

—Puede que nunca. Hay cosas que nunca llegan a saberse. A mí me gustaría ir allí a hacer fotos.

—¿No es peligroso estar allí?

—Es peligroso estar en cualquier parte, Jackie.

EL BULEVAR DE LOS TILOS

(MARION)

El envés de las hojas de los árboles resplandece en tonos plata. Marion y yo nos pasamos un día entero en Klockhusparken. Él va con su gorro rojo corriendo en zigzag por entre los troncos de los árboles. Algo más allá se encuentran las piezas de ajedrez tumbadas en el suelo, y yo echo de menos a Sabina, echo de menos todo lo que ya no existe aquí, desearía tenerla de pie a mi lado con una sonrisa y un caballo blanco en el regazo. «Jaque mate, Jimmie Darling».

Al anochecer está Marion mirando hacia una de las ventanas de Stora Mans en la que siempre hay una luz encendida por las noches. Debe de tratarse de alguien que vive allí, o que al menos va a dormir allí cada noche. La inscripción de oro reluce bajo la última luz, y la lluvia plateada, consuelo del arquitecto, que ha recorrido la fachada de la entrada principal como un insecto, la retiraron hace ya unas semanas, quizá vayan a hacer algo por fin con el edificio. Los antiguos bloques del hospital se convertirán en viviendas, pero aún siguen intactos y mayestáticos con ese hermoso color carmesí apagado. Al otro lado de las vidrieras de las puertas parece que todo lo hubieran abandonado como estaba hace quince años, como si el personal no hubiera hecho más que cerrar la puerta al salir. En ciertos puntos aún siguen los letreros, solo las rejas de las ventanas y las vallas que rodeaban la zona hospitalaria han desaparecido ya, y se ven partes de la valla enrolladas sobre el césped del año pasado, delante de lo que antaño fueran puestos de vigilancia.

De pie junto al estanque guardamos silencio y contemplamos el agua helada, y el frío que nos rodea es como una cinta limpia y dura en el cuerpo, el humo, la escarcha, la claridad cristalina de la noche. Marion sale corriendo por el bulevar que se prolonga una eternidad entre los viejos árboles. Yo me quedo allí esperando a que vuelva. Cuando cierro los ojos, puedo ver a Jim y a Edvard al tiempo que se alejan del edificio del hospital en el Mercedes plateado. El humo asciende de sus cigarrillos mientras esperan a que el

vigilante les abra la verja, y ahí está el sonido de los pájaros que todo lo supervisan desde los árboles. A veces también está ella, Sabina. Medio tendida en el asiento trasero con una copa en la mano y el largo cabello blanco extendido como una pluma sobre el respaldo. Y cuando Jim se ha abotonado la camisa y se examina la cara unos instantes en el retrovisor, toma el primer trago de champán y luego se oye el leve rumor que produce la verja eléctrica cuando se abre por fin y les permite salir del parque del recinto hospitalario. De un modo totalmente silencioso se van de allí deslizándose a través del paseo de tilos antes de llegar a las estrechas carreteras que los alejan del hospital para luego cruzar los puentes rumbo a la luz de la ciudad.

—¿Nos vamos a casa ya, mamá?

Tiene frío y las manos enrojecidas, ha hecho una lamparilla de nieve junto al estanque, pero no tenemos ni vela ni cerillas. Le resguardo las manos entre las mías y trato de calentárselas con mi aliento.

—Había pensado entrar un momento.

—¿Qué vamos a hacer ahí dentro?

—No sé. Echar un vistazo.

—¿No está oscuro?

—Sí, pero no es peligroso.

—¿Estás segura?

—Estoy segurísima, Marion.

En la parte trasera del pabellón de Stora Mans alguien ha tallado un corazón enorme en la fachada roja. Un hombre solitario que habla para sí en voz alta se mueve por el patio, y una mujer que pasea a sus perros, aparte de ellos, solo estamos él y yo. Las nubes cuelgan extrañamente bajas sobre nosotros mientras paseamos por allí en medio de la fría corriente y tratamos de abrir unas puertas que están cerradas con llave. Del ala amarilla del edificio que está en la pendiente donde nos sentábamos a la sombra de los abedules salen unos niños corriendo. Nos llaman a voces y preguntan si sabemos que allí hubo un hospital para enfermos mentales.

—Sí —les digo—. Mi padre estuvo aquí cuando yo era pequeña.

Mi respuesta ahuyenta a los niños, que desaparecen hacia el bulevar. Volvemos a la capilla y al edificio principal mientras la nieve empieza a caer,

una nieve escasa de abril, y siento como si nevara dentro de mí cuando Marion consigue de pronto abrir una de las puertas de la parte trasera. Es el olor limpio de la nieve lo que nos da en la cara. Una suave luz subterránea como una sombra y una sensación sobrecogedora de melancolía cuando entro otra vez en aquel hospital, después de más de veinte años.

—¿Quién está enfermo? —pregunta Marion, y me dirige esa mirada que solo él tiene. Nadie me ha mirado en la vida como me mira él, me cree en todo.

—No, nadie. El hospital lleva mucho tiempo cerrado. Anda, vamos.

Desaparece por el pasillo con una pluma de ave blanca en la mano, lo oigo cantar a lo lejos. Ese color verde reluciente por la lluvia que se parece a la luz que hay en el interior de una piscina aún pervive, y los dormitorios, tapizados con estampados diversos, uno distinto en cada habitación. Es como si allí dentro fuera posible ver cómo pasa el tiempo: los cuarenta, los cincuenta, los sesenta, los setenta, los ochenta. Carritos de medicamentos junto a las paredes y pilas irregulares de fragmentos de cristal en el suelo, caídos de las ventanas rotas, y yo, que tengo la sensación de que no estamos solos. Pienso que voy a ver a Jim acercándose, y a Edvard, con la bata de médico sin abotonar. Y me figuro que los ancianos de la sección de Jim, que solían sentarse a fumar debajo de los abedules, volverán a estar ahí si miro por la ventana, si cierro los ojos, siento las manos grandes de Paul en el cuello, su aliento.

—Ya es hora de salir volando de aquí, pajarillo.

Dicen que los antiguos pacientes vuelven al Klockhusparken de Beckomberga, que se plantan allí, debajo de los árboles, con las palmas de las manos sobre la fachada descolorida por el sol, como si en ellas latiera aún el corazón de la institución de antaño, el leve pulso de un ser vivo en mi mano cuando la deslizo por la pintura de un tenue rojo sangre de la fachada. Son las sombras y las voces de todos los que estuvieron allí un día, ascienden y descienden en el interior como aves cautivas, y cuando cierro los ojos, me veo a mí misma y a Jim durmiendo encogidos debajo del reloj del hospital, cubiertos con aquel abrigo suyo tan deslucido. Estamos solos en el mundo, como siempre hemos estado, solos con su desgracia. En el sueño, él me rodea los hombros para que no pase frío.

II

LA SEGUNDA CONVERSACIÓN

(EL ATLÁNTICO)

Aterrizamos en Cariño al atardecer cuando las sombras palidecen y se esfuman, cuando la luz se vuelve suave y ligera, en lugar de esa luz diurna española dura y blanca. Marion está sentado en el coche sin moverse, contemplando los montes azules. Ha empezado a chuparse el pulgar otra vez, la ampolla pequeñita que llevaba ya seca un tiempo vuelve a salir húmeda y sangrienta. Entre las palmeras se mueven las sombras de los murciélagos, veloces marcas negras en la luz tenue, como hojas viejas que revolotearan en la noche. La hierba y los árboles están requemados por el sol y sobre la zona se cierne una sensación de abandono, como si las personas del lugar se hubieran marchado para siempre. Cuando Jim se mudó aquí unos años atrás, todo era diferente, reinaba sobre el lugar otra esperanza. Ahora rara vez se ve a alguien por entre las casas, tan solo se atisban en la distancia las duras cabezas de los perros callejeros, y esas casas sin tejado que nunca terminarán de construir ahora que se ha acabado el dinero, todos esos cuerpos de hormigón desnudos que se alzan como arrojados al azar sobre la tierra.

Jim parece exhausto, sentado ahí mirando el llano requemado. Los gritos de los pájaros sobre nosotros, sus vientres dorados se deslizan por el cielo: es la última luz tenue anaranjada que precede a la noche. Los faros de los coches iluminan en las rotondas la cara de las muchachas pobres, venden lo único que poseen, sus cuerpos de la Europa del este.

Cuando Marion se duerme en la planta baja nos sentamos a oscuras en la terraza. El batir de las olas a nuestros pies se impone al leve rumor de la música que viene del interior de la casa, el *Magnificat* de Bach, que Jim pone una y otra vez. De vez en cuando entra en la casa y pone la aguja del tocadiscos en la parte que se llama «Et misericordia». Reconozco la monotonía de sus movimientos, un torbellino de oscuros pensamientos y sueños que lo arrastran hacia abajo.

—Bueno, entonces, ¿qué va a pasar ahora?

—Preciosa —dice—, tú ya sabes cómo voy a acabar yo. Sesenta pastillas

de Imovane y una botella de *whisky*, y luego me adentraré en el mar. Ya no falta mucho.

Las estrellas parecen haberse deslizado ligeramente hacia abajo en el cielo, en la oscuridad se oye la respiración del mar, que aquí no cesa nunca, las pesadas olas que se abalanzan sobre la playa antes de retirarse de nuevo a las profundidades.

—Pero ¿cuándo piensas hacerlo?

—No sabría decir. Tiene que ser como sentir una caída por dentro. Me es imposible darte indicaciones de tiempo o de lugar. Ahí no hay ni mapas ni cronología.

—¿Y después, qué?

—Puedes arrojar las cenizas en el Atlántico o llevarme a Estocolmo en el avión. La tumba del cementerio de Skogskyrkogården en la que están enterrados Vita y Henrik es un panteón familiar.

La puerta del balcón está abierta y la voz clara de Marion se oye abajo en la playa, donde está jugando a la sombra de las palmeras. La hierba que hay debajo de mi ventana está salpicada de aviones de papel blanco que se han estrellado. Me he pasado la noche despierta, pero Marion ha dormido profundamente y se ha despertado feliz de verse junto al mar. En cuanto ha abierto los ojos se ha puesto a hacer aviones de papel y luego se ha olvidado de ellos y ha echado a correr hacia la playa para buscar piedras y estrellas de mar. Bajo a la playa con él, que se ha adentrado unos metros en el agua y está de pie en medio de la superficie brumosa y lisa del agua con esas piernas tan flacas que tiene, luego me tumbo a leer en una toalla. Cuando levanto la vista, parece que Marion estuviera de pie sobre un espejo enorme.

El único de nuestra familia que no está deformado es Marion. Es perfecto. Las piernas finas, como cerillas dentro de las zapatillas de deporte, y la alta jaula de huesos que forma el tórax, en cuyo interior puede apreciarse cómo late el corazón cuando se tumba a mi lado en la playa absorbiendo ansiosamente la luz del sol con el Atlántico resonando a nuestros pies. La suavidad del vientre, de los brazos, y esas manos que se abren y se cierran como medusas cuando duerme bajo la sombrilla. Lone siempre dice que Marion tiene la misma mirada que yo, dice que mirarlo a los ojos es igual que era mirarme a mí de niña. Me pregunto si es posible heredar una mirada, si la negrura se hereda.

Jim me roza el hombro. Ha bajado a la playa y se ha sentado a mi lado sin que lo haya oído acercarse, he debido de quedarme dormida un instante. Me despierta el súbito olor a azufre que surge cuando él enciende un cigarro. Contempla el mar, el horizonte palpitante e impreciso en el que se encuentran el mar y el cielo. El sol quema a través de la sombrilla.

—Será como si nunca hubiera estado aquí, Jackie. Y tú te las arreglarás. Siempre te las has arreglado. Yo nunca he sido nadie con quien pudieras contar. Ya lo sabes.

El mar está en calma e inmóvil por completo ante nosotros. Él continúa despacio.

—Inmediatamente antes de que todo se apague no existe el miedo, solo una luz débil que aletea en el límite de la conciencia. Si ya no existe el tiempo, tampoco puede existir la desazón. Si el espacio ha dejado de existir, no hay nada que temer. Es una suerte de paraíso, Jackie. Es el paraíso que se nos ofrece.

Caminamos bajo las palmeras, junto al muro de piedra, de vuelta a la casa. Marion va corriendo unos metros por delante con la pelota roja. El calor es como una pared a nuestro alrededor, impenetrable.

Los atardeceres en Cariño son rapidísimos, sin previo aviso, todo se apaga. Así es la extraña luz vespertina que existe aquí, apagada y ominosa y ligera como una pluma justo antes de desaparecer en el mar. Vamos a Bilbao para tomar un avión a Madrid y de allí a Estocolmo. El aroma a piñas y sal se siente intensamente en el aire, es el calor del día que persiste sobre las montañas como un velo tembloroso. Las palmeras pasan a toda velocidad a ambos lados de la carretera, y en la lejanía relucen enormes montículos de sal. Mi mirada se cruza un instante con la de Jim en el retrovisor, pero enseguida vuelvo la vista a la carretera. En el espejo atisbo su cara ajada y sola, marcada por un tormento invisible.

La pálida luna llena ha salido de detrás de los montes otra vez, a pesar de que el sol aún arde bajo en el cielo, los dos astros brillan muy cerca el uno del otro, como hermanos. Marion está sentado a mi lado y va contemplando las montañas a lo lejos con un hilo minúsculo de saliva en la barbilla. Podría pedirle a Jim que se quedara, pero casi oigo su risa. La risa de Jim, cómo me pasa por encima en frías oleadas.

—Vamos, Jackie, no tengo a nadie por quien vivir, no tengo a quien querer. Nunca lo he tenido.

Así que le pregunto:

—¿Y qué hago contigo si fracasas y te internan por ahí en algún hospital?

—Nada —dice, y me sonrío por el retrovisor—. No voy a fracasar.

—Pero lo cierto es que ya has querido morir antes —digo—. Esta no es la primera vez.

—Confía en mí, Jackie, sé lo que hago.

—Vale. Tú harás lo que quieras. Como siempre.

A un trecho de allí levanta el vuelo un flamenco solitario, de un color rosa intenso a la luz ardiente, como si estuviera en llamas, un fuego que surge del agua y se convierte en algo así como un ángel volador. Echo la cabeza hacia

atrás y es como un ahogo, ese estado que se produce al cabo de unos días junto a Jim. Las aves sobrevuelan la carretera ante nosotros, cuerpos blancos menudos que casi rebotan contra la luna del coche, así de cerca vuelan. En algún lugar ahí fuera en el mar se encuentra aún el cadáver solitario de Vita, me imagino que aún lleva su abrigo claro de primavera, que queda flotándole por encima de la cabeza como un paracaídas pequeñito. ¿Cómo lo hicieron Jim y ella? ¿Jugaron al mismo juego de la muerte al que nosotros nos dedicamos ahora? Vita se fue sin decir adiós, puede que Jim no conozca otra forma de irse. Él ya me ha hablado de los últimos días de Vita en otras ocasiones.

Jim: Toda aquella primavera sabía yo que ella iba a morir. Se pasaba el tiempo tumbada en el sofá bebiendo. Yo ya había planeado cómo reformar el piso cuando ella no estuviera. Pensaba quedarme con su dormitorio. Al final no fue así. Mi hermano y yo nos mudamos a un piso nuevo en el barrio de Kungsholmen. No sé de dónde salió, un buen día nos habíamos mudado sin más, de repente estábamos allí, en medio de un montón de cajas de mudanza. Vita y Henrik ya no estaban. Fue como si nunca hubieran existido. Todo un mundo desapareció con ellos. Y más adelante, cuando miraba fotografías de Vita, se me antojaba que estaba diferente, aunque había visto aquellas fotos miles de veces. No parecía que hubiera sido mi madre en otro tiempo.

EL MAR NEGRO

Jim y Edvard están en la ventana contemplando las copas de los árboles. Cada avión que entra a aterrizar en el aeródromo dibuja un trazo en el cielo.

—¿Tú por qué crees que estás tan triste, Jim?

—Pues sí, ¿por qué estoy tan triste? ¿Por qué estás tú tan contento, Edvard?

Edvard se ríe con esa risa suya tintineante y ligera.

—Pues sí, ¿por qué estoy tan contento?

—El mundo está roto ahí fuera y tú estás solo en un piso enorme. Únicamente nos tienes a nosotros. Y nosotros estamos todos locos.

—Yo no sé si os llamaría locos.

—Ya sabes a qué me refiero. Casos perdidos.

—Tú no. Tú llevas dentro una veta de oro, Jim. Es solo que no tienes ni idea de cómo usarla. ¿No podrías contarme cómo empezó todo?

—¿Cuando vine al hospital?

—Sí, o cuando viniste al mundo. El primer relato que haya sobre ti. Todo el mundo tiene uno.

—Lo único que sé es que Vita y Henrik me llevaron directamente del maternal al piso de Kungsgatan para celebrarlo. Por todas partes había gente con banderas blancas en las manos, y confeti que revoloteaba en el aire como gruesas gotas de lluvia. En fin, aquellas imágenes las has visto tú también.

—Es un principio muy hermoso.

—¿Tú crees?

—Sí.

—No sé —dice Jim—. Siempre andaban igual, con grandes gestos para todo. No bastaba con que acabara de tener a su primer hijo, tenía que ir a Kungsgatan porque todos los demás estaban allí.

—Pero debió de hacerla feliz que la guerra hubiera terminado, el haberte tenido en tiempo de paz.

—Vita era igual que yo, nada podía satisfacerla. Tampoco era feliz antes de que mi padre muriera, era igual de desgraciada cuando él vivía. Él siempre

trataba de conseguir que ella lo siguiera al interior de la luz, pero ella no quería.

—A lo mejor no podía. A lo mejor no había nada que deseara más.

—Es posible. Todas las mañanas se ponía la falda plisada color lino y se iba al centro a trabajar, yo la veía pasarse el peine por el pelo antes de desaparecer doblando la esquina, fue una de las primeras mujeres de nuestro barrio que empezó a trabajar, y yo la admiraba por ello. Veía sus esfuerzos, veía su sufrimiento y sus dudas, no me suponía ninguna dificultad entender todo aquello.

—¿Y tú, Jim? Tiene que haber habido en tu vida momentos en los que hayas sido feliz, ¿no?

—Sí. Nunca he sido tan feliz como en este hospital.

—Venga, vamos —dice Sabina, y se lo lleva hacia la cancela de la cara norte, durante uno de los paseos sin vigilancia que les permiten hacer al quiosco a diario. Después de seis meses en el hospital, le han ido dando cada vez más permisos. Los dos esperaban impacientes junto a la puerta de la institución con el arco y las flechas mientras que Inger Vogel se acercaba por el pasillo con el gran llavero meciéndosele en la cadera. Cuando ya han cruzado la verja, echan a correr a ciegas por entre los troncos de los árboles.

Se detienen y disparan un rato antes de que el eco de los ladridos de los perros guardianes los alcance en la distancia. La precisión de Sabina es realmente increíble, en un arco perfecto, la flecha surca el aire y se clava en el tronco que ha elegido, y a cada flecha, van adentrándose más y más en el bosque. Las flechas de Jim, que se estrellan en el musgo tan solo después de unos metros, la hacen reír mientras el sonido de los perros se va acercando cada vez más.

—Nunca llegarás a nada, Jim, pero no eres mala gente.

El ruido de los ladridos está ya por todas partes, como una pared. Sabina cuelga el espejito de bolsillo del tronco de un árbol y se pone a mirarse la cara, como si su destino fuera en realidad otro, oculto tras la imagen que le devuelve el espejo. Parece una muñeca, los medicamentos hacen que la cara se le vea un poco brillante, hinchada. Jim está detrás de ella y mira al interior del espejo. En el país del espejo ellos son otros, allí no hay hospital, ni leyes ni futuro, solo sus caras una junto a la otra.

Los ladridos de los perros se acercan, a veces suenan como si estuvieran allí mismo, luego se atenúa el sonido, debe de ser toda una jauría. Jim mira la cara de Sabina en el espejo. Podría creerse que ella está observándose a sí misma, pero es a él a quien mira. Luego aparta la vista, la dirige a los árboles que hay detrás del espejo, a la luz blanda que cae como un torrente por entre las copas de los árboles.

—Nunca había conocido a nadie como tú.

—Pues ya puedes estar contento —dice ella, y le agarra suavemente la nuca y lo atrae hacia sí—. ¿Sabes cuál es el pensamiento más afortunado de Einstein?

—Ni idea.

—Que aquella que cae se encuentra fuera de toda ley. Puesto que, en la caída, no experimenta ningún tipo de gravedad.

—No quiero que caigas, Sabina. Tengo la sensación de que yo podría hacerte feliz.

—Todos tienen la misma sensación. Pero no puedes. Ven.

Al abrigo de los árboles se tumban en el suelo. Los ladridos están ahora más cerca, golpes breves y duros entre los árboles, y el miedo les corre como un líquido frío por toda la espalda. Jim le besa el hombro desnudo y pecoso y piensa que es la persona más fosforescente del mundo al verla allí tendida en la hierba todo lo larga que es. Jim se despierta en el pabellón todos los días y piensa que ella es la persona más hermosa del mundo.

—Lo que pasa es que eres demasiado inteligente, Sabina.

—¿Para quién?

—Para mí. Deberías estudiar.

—En su día estudié un cuatrimestre en la universidad.

—¿Ah, sí? ¿Qué estudiabas?

—Matemáticas. Zoología. Un curso breve sobre el péndulo de Foucault.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Empecé a ir a conferencias muy pronto. Como vivíamos muy cerca de la universidad... En lugar de ir al colegio, me sentaba al final de cualquier aula y me ponía a escuchar. A veces me dormía.

Jim le acaricia el pelo.

—Yo a veces me arrepiento de haber estudiado en la universidad, me habría gustado tocar el piano o escribir. Creo que, de haberlo hecho, me habría convertido en otra persona.

Ella lo besa con fuerza y lo aparta de nuevo.

—Seguramente te habrías convertido en alguien insoportable.

Después se queda apoyada en el tronco de un árbol y cierra los ojos a la

luz clara.

—Jimmie Darling —dice—, ¿te vienes o no?

Como un pulso frío en el cuerpo es el ladrido de los perros, echan a correr por el bosque y mientras corren, Jim ve la cara de Lone flotando delante, y entonces comprende que lleva todo el tiempo pensando que van a volver al pabellón al cabo de unas horas. Cuando los perros llegan como el rayo entre los árboles, le suelta la mano a Sabina y echa a andar despacio hacia los vigilantes, con las manos cruzadas sobre la cabeza.

Jim: La vi junto al arcén entre horquillas para el pelo, briznas de hierba y plumas negras, apoyada en el tronco de un árbol, la vi mirarse en un espejo, la observé mientras se contemplaba en él, en la pequeña superficie lisa y reflectante no había nada en absoluto, nada más que desolación. Sabina fue mi último gran amor. Y, aun así, no fui capaz de verme con ella fuera del hospital, no podía de ninguna manera verme con un ser así. Salvaje, puro, anárquico.

El sol ya débil desaparece tras las copas de los árboles al otro lado de Klockhusparken. El cielo parece la cara interior de una concha. Luz granulada y amarilla, los árboles se ven desnudos y negros bajo la lluvia. Solo el abrigo de Lone reluce con su color blanco.

—A veces tengo la sensación de que yo crecí en este hospital —digo.

—Sí, siempre querías venir aquí. En cuanto te despertabas por las mañanas, te esfumabas camino del metro con un bocadillo en la mano. Hubo un tiempo que ni siquiera sé si ibas al colegio, pero tú podías perder todas las clases que querías, siempre te iba bien.

—Bueno, tan bien no me fue, ¿no?

—Bah, las notas bajaron un poco, pero siempre fuiste brillante.

—¿Y no era raro? Eso, que pasara todo ese tiempo en un hospital psiquiátrico.

Lone se me queda mirando un buen rato antes de responder, yo la veo alejarse con el pensamiento y luego volver. Pronto se extingue el sueño, me gustaría poder retenerla en él un poco más.

—No sé si era tan raro. Supongo que querías estar con tu padre.

—Pero él nunca fue del todo como un padre.

—¿Y qué era entonces?

—Pues eso es lo que no sé. Era otra cosa.

—Entonces, ¿por qué venías?

El sol es ya muy débil, tan solo unas estrías doradas que se demoran en el cielo.

—Seguramente pensaba que iba a llevártelo a casa.

—Pero es que yo no lo quería. ¿Se te había olvidado?

—Sí, eso creo.

Estamos en la sala que tiene esas lámparas típicas de las instituciones y yo he escondido las manos en las mangas del jersey porque quiero que Edvard vea lo menos posible de mi persona. Me gustaría poder esconder la cara también, pero la cara siempre está desnuda. He colocado el globo terráqueo encima del escritorio. Él está sentado tamborileando con un lápiz en la mesa, las pecas que le cubren las manos parecen haberse desplazado hasta juntarse aquí y allá.

—¿Sabes qué melodía es esta?

—Ni idea. ¿Es que se puede decir que sea una melodía?

—Sí. «Just Call Me Lonesome». Elvis Presley.

—Ah.

Ya se le ha apagado la sonrisa, me mira intensamente. Durante la noche se ha declarado un incendio en el hospital, el penetrante olor a humo sigue flotando sobre la zona.

—A tu padre no le pasa nada. Ha sufrido un mareo, eso es todo.

—Vale. ¿Puedo irme ya?

—Espera un poco, Jackie. ¿Por qué vienes con tanta frecuencia?

Y sigue hablando sin esperar mi respuesta. Así es siempre que uno espera lo suficiente antes de responder, la gente suele tener la respuesta a sus propias preguntas.

—Yo me encargaré de ponerlo a punto para ti.

—Vale.

—Jim ha perdido algo, pero no sabe lo que es.

—¿Lo ha perdido ahora? ¿Hace poco?

—No, hace ya mucho tiempo. Es una sensación que se ha convertido en un vacío.

—¿Y qué puede hacerse con un vacío así?

—Nada.

—¿Nada?

—Esto no solo tiene que ver con Jim y contigo. El nuevo mundo se cierra a nuestro alrededor como una jaula. Nos vemos zarandeados entre el deseo y el

aturdimiento y el vacío. Y la enfermedad absorbe hasta los sucesos más inconmensurables y monstruosos. Hiroshima. Las grandes guerras.

—No sé si lo entiendo —digo.

—No pasa nada. Yo tampoco lo entiendo.

—¿Puedo ir ya con Jim?

Edvard aguarda unos segundos antes de responder.

—Jim no está aquí ahora, ¿comprendes?

Pero no, no lo entiendo.

—¿Y dónde está?

—No puede recibir visitas en estos momentos. Si puedes esperarte unos minutos, te llevo en coche al centro.

Klockhusparken está envuelto en una blanda niebla cuando salgo otra vez con el globo terráqueo en el regazo, en un débil sol blanco, como después de una fiebre prolongada. Los hombres están bajo las nubes de humo del tabaco que están fumando, como siempre han hecho y como siempre harán. Caras sin sombras: desnudas, francas, con los ojos ardientes. Todos quieren tocarme la larga melena enmarañada, la cabeza, la ropa suave que llevo, no sé si es una bendición o si es otra cosa, pero yo dejo que lo hagan. Siempre dicen lo mismo cuando me ven.

—No deberías estar aquí, este no es lugar para alguien como tú. Con esas pieles tan elegantes y todo lo demás.

—Pero es que yo no quiero estar en ningún otro lugar del mundo — respondo.

Ellos se ríen de mi tozudez, la única que me deja en paz es Sabina.

—¿Alguien lo quiere? —digo, sosteniendo el globo terráqueo entre las manos—. También es una lámpara.

El viejo de la cazadora deportiva extiende unas manos grandes y nudosas.

—¿Me lo puedo quedar yo?

—Toma. La persona a la que se lo iba a dar no lo quiere.

Junto a la capilla hay un cochazo negro con cortinas blancas en las ventanillas. Hay un hombre de uniforme al que no he visto con anterioridad inclinado sobre un periódico que acaba de desplegar en el capó. Sabina está

sentada en un banco a la sombra del árbol con una polvera en la mano, mirándose la cara en el espejito. Quizá tenga la esperanza de que encontrará allí otro rostro si sigue mirando el tiempo suficiente. Inger Vogel se encuentra a la sombra, bajo un árbol algo más allá, y contempla el parque. Cuando mira para otro lado, dejó el paquetito en la hierba, delante de Sabina, que lo atrapa alargando el brazo rauda como una serpiente.

—Me han dicho que esta noche ha habido un incendio aquí, que alguien se había prendido fuego en el taller —digo para que Sabina no se marche.

Y luego, al ver que no responde:

—¿Se salvó el que lo hizo?

—La que lo hizo. Fue una mujer.

—Ah. ¿Se salvó?

Me mira con esos ojos claros, las pupilas se le contraen a la intensa luz del sol.

—¿Sabes que me recuerdas a alguien? A alguien a quien yo quise hace mucho tiempo.

—Todos dicen siempre que me parezco a otra persona —digo—. Como si fuera totalmente ilógico que yo sea solo yo.

Sabina se ríe, es más rápida que el mercurio.

—Bueno, nada, que me alegro muchísimo de verte.

—Ya. Yo quería saber si sobrevivió. La mujer del incendio.

—Pues claro que no. Pero oye, que es a mí a quien te pareces. A mí antes. Tienes hombros de nadadora. Yo solía nadar. En cuanto tenía la posibilidad. Había pensado cruzar a nado el Atlántico.

Se levanta del banco y me roza el hombro rápidamente.

—Antes de que cayeras...

—¿Sí?

—Antes de que cayeras... Bueno, quiero decir, antes de venir aquí.

—No, fue otra cosa, hace mucho tiempo. Una forma de estar en el mundo, una forma de hacer un montón de preguntas cuya respuesta no quería conocer en realidad.

—¿Qué preguntas?

—Lo de siempre. Solo que yo me estanqué en ellas. No conseguía avanzar. Tú eres de esas personas que sí avanzan. Y ahora resulta que hay un francés

que lo ha hecho. En setenta y dos días. Desde Osterville hasta Belle Île. Es una imposibilidad física, tendría que haber estado nadando dieciocho horas al día. Seguro que la mayor parte del tiempo la pasaba bebiendo vino tinto en el barco acompañante.

Edvard aparece de pronto a su lado con una sonrisa oscura.

—¿Dónde se ha metido tu galán, Sabina?

El coche plateado de Edvard ha estado al sol todo el día. El asiento me quema las piernas desnudas. Me duermo incluso antes de salir del recinto del hospital. Me despierta su mirada en el retrovisor. He babeado un poco en el asiento, un hilillo de saliva, lo borro con la mano.

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—Un ratito. ¿Has soñado algo?

—No —me apresuro a decir—. Creo que ya he dejado de soñar.

—Si de verdad quieres influir en tus sueños, trata de localizar un pájaro en el próximo.

—¿Y qué hago si veo alguno?

—Síguelo, nada más.

Una bandada de grajillas levanta el vuelo como si fueran una sola cuando cierro la puerta del coche al salir. Por un instante, el sonido resulta ensordecedor.

—Qué destino el de la pobre niña.

Lone deja el periódico abierto en la mesa de la cocina, como una advertencia. Unos veranos atrás encontraron varios sacos de plástico junto a la autopista, no muy lejos de donde vivíamos antes. En los sacos hallaron los restos de una niña muerta. Un pecho seccionado, brazos y piernas, pero no la cabeza, ni tampoco los genitales. Al mirar más de cerca las fotografías del periódico, parece que hubieran pintado la cara con un pincel finísimo, y en los ojos castaños tiene una mirada insondable. Es como si un depredador hubiera olfateado su rastro y la hubiera borrado del mapa despedazándola, como si unas zarpas invisibles la hubieran desgarrado por dentro, un deseo inhumano, innominado, que se mueve como un extraño por la ciudad. Dicen que es un carnicero o un arquitecto o un médico quien la ha matado.

Lone ha tratado de convencerme de que la acompañe en su viaje al mar Negro, pero yo tengo otros planes para el verano.

—¿Qué vas a hacer tú sola en la ciudad?

—Iré a ver a Jim de vez en cuando. A lo mejor le hago una visita a la abuela.

—¿Y los amigos?

—Ya sabes que no tengo. Me gusta estar sola.

Se pone de rodillas delante de mí en el suelo de la cocina.

—Ven conmigo. Solo esta vez.

—No.

La mañana siguiente, Lone ya se ha ido. Abro todas las ventanas y dejo que el frío recorra el piso, me fumo una de las colillas que ha dejado en el cenicero mientras examino el rostro de la niña muerta en el periódico. Un fino cerco de color rosa de carmín en el filtro, el olor a verano, a mentol y a frambuesas.

Antes de irse de viaje, Lone va sola al hospital para hablar con Jim. La veo alejarse por la calle, algo inclinada hacia delante, se diría que va caminando en medio de una tormenta. Cuando vuelve está pálida, entra en el dormitorio y abre la maleta grande y la llena con todo lo que más le gusta. Blusas, libros, zapatos y un espejo mediano de forma ovalada que piensa llevar por medio mundo. Lone es la única persona a la que se le ocurre llevar espejos cuando viaja. Tal vez tema olvidar quién es. De vez en cuando se detiene en medio de un movimiento y se queda de pie un momento delante de la ventana. Ahí fuera es negra la noche, como un espejo ella también.

Jim enciende un cigarrillo cuando sale de Stora Mans. La luz de la cerilla se inflama un instante antes de que él la tire a un charco. Una luz muerta de color grisáceo, como si la lluvia que lleva días cayendo hubiera amortiguado todos los colores. Lone está esperando sentada bajo el árbol. Jim se sienta a su lado en el banco. Así es como me lo imagino yo.

—Hola, Lone. ¿Te vas de viaje?

—Dentro de unos días.

—¿Adónde vas?

—A Odessa. Quizá siga hasta el lugar de la catástrofe, todavía no lo he decidido. Está lejos.

—Vale. Bueno, mira. No quiero que Jackie venga más aquí.

—¿Por qué? A ella le encanta venir.

—Pero yo no tengo nada que ofrecerle. Si no puedo verte a ti, tampoco quiero verla a ella.

—Pero a mí puedes verme. Puedes venir a Kammakargatan cuando quieras.

—Pero ya no queda nada de amor, ¿no?

Ella se queda en silencio unos instantes, jugueteando con la hebilla del bolso. Luego levanta la vista y lo mira a los ojos.

—Hace mucho que te quise, Jim.

Jim se levanta y se queda de pie. Levanta la vista hacia la copa del árbol.

—¿Y por qué causa tanto dolor si ya es pasado?

—No lo sé.

—Tendrás que asumir las consecuencias, Lone. Es todo o nada.

—¿Se te ha olvidado que también es hija tuya?

—Lo siento, Lone. Sin ti solo existe la noche.

DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ETERNIDAD

(VITA)

Es el mar de la niñez, el Atlántico. Vita a su lado, con una pañoleta suave con finos flecos de oro.

—Jim, no te vayas muy lejos nadando, ¿eh?

Un periódico revolotea por la arena y ella se da la vuelta en la toalla y se duerme. La playa se vacía de gente. Jim vuelve a bajar hacia la orilla y sigue con la construcción del castillo de arena; cuando suba la marea tendrá que trasladar la construcción más arriba. Pasa el tiempo, el tiempo del mar. De vez en cuando Jim sube a la carrera para comprobar que Vita sigue durmiendo. Encima de ellos vuelan precipitadamente las nubes. Los cazas se elevan y descienden, el olor a gasolina y a cenizas, un fuego lejano, bosques en llamas. Cuando vuelve, ella ya no está allí. Un eclipse súbito, un sol negro cuelga sobre las dunas.

Jim piensa que van a enterrar a Vita con uno de sus abrigo de primavera, el celeste con botones de nácar con el que estuvo bailando cuando se levantó de la cama una de las últimas noches, antes de marcharse. Él no estaba en Estocolmo cuando murió, y en cuanto se encuentra en casa otra vez con las maletas en la mano, se produce la llamada del director de la Biblioteca Real, donde Vita estuvo trabajando los últimos años:

—Normalmente no nos ocupamos del entierro de quienes se suicidan, como es costumbre con nuestros empleados, pero podemos hacer una excepción si queréis que se celebre una ceremonia. ¿Queréis que haya ceremonia?

—¿Es posible enterrarla con el abrigo?

—¿Cómo? No entiendo.

—¿Podemos enterrarla con el abrigo celeste?

—Por lo que a mí respecta, podéis enterrarla como queráis. Lo primero que tenéis que decidir es si la vais a enterrar, para empezar.

—La vamos a enterrar con el abrigo —susurra Jim en el auricular, ya tibio.

LA ENFERMEDAD

He preguntado por Jim en todas partes, pero nadie lo ha visto. Puede que haya dejado el hospital. De Edvard tampoco hay ni rastro. Me permiten que me sienta en el banco, debajo del árbol, Inger Vogel pasa por allí de vez en cuando, casi siempre con prisa, va correteando bajo los tilos. Le pregunto si no me invita a un cigarrillo mentolado, si tiene ganas de hablar, pero casi nunca tiene tiempo.

—¿Has visto a Jim?

—Estará en su habitación.

—No, allí no está.

—Vuelve otro día, seguro que lo encuentras.

Me tumbo en el banco a contemplar el cielo que asoma por entre las hojas con un azul irreal, mudo. El viento zarandea las frágiles florecillas de los árboles. El calor me adormila, es como una fiebre.

Un día se me acerca un hombre. Al inclinarse sobre mí parece un gigante. Ojos de un azul ártico, tatuajes difusos en los brazos. Me pregunta si estoy esperando a alguien, si puede esperar conmigo, y antes de que haya podido responder, ya lo tengo a mi lado en el banco.

—¿Estás esperando a tu chico?

—No me gustan los chicos —digo, tumbada como estoy en el banco, mirando al sol con los ojos entornados.

Se ríe y acaricia las pieles que he dejado en el banco.

—¿Y entonces qué te gusta?

—Estar aquí tumbada, dormirme al sol.

—Muy bien. A mí también me gusta.

Me incorporo y lo miro, es difícil distinguir la cara bajo un sol tan intenso, pero me gusta su contorno, la sombra enorme que arroja sobre la hierba.

—¿Y tú por qué estás aquí? —pregunto.

—No quieres saberlo.

Mucho después llegaré a saberlo, pero entonces será demasiado tarde. O

ya no tendrá importancia, porque llegado ese momento él ya formará parte de mí.

—¿O sí quieres saberlo?

—No sé. ¿Quiero?

—¿Es a tu padre a quien esperas?

—Sí.

—¿Y no va a venir?

—Creo que no. Creo que no quiere verme.

—¿Por qué?

—Por algo de mi madre. Yo había pensado que si espero aquí el tiempo suficiente, al final saldrá, pero no sale.

—¿Cómo se llama?

—Jim.

El hombre lanza un silbido.

—Jimmie Darling. Lo han trasladado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ya no está aquí. Y no sé dónde se encuentra.

Entonces saca una fotografía de la cartera y me la enseña, es una foto de él con un niño pequeño de ojos azules. Está muy manoseada y descolorida por el sol, con los colores acuosos, como si la hubiera visto tantas veces que estuviera a punto de descomponerse bajo su mirada.

—Benny no quiere verme nunca.

Aquí todo el mundo enseña fotos de sus hijos, en cuanto hablo con alguien más de dos minutos, aparecen las fotos de los niños. Todos llevan las mismas fotografías mugrientas en la cartera, nadie tiene fotos recientes, y se parecen tanto unas a otras que a veces pienso que en todas aparece el mismo niño, los mismos ojos esperanzados que miran la luz de la cámara. Algunas fotos parecen antiguas, en blanco y negro con los bordes desgastados. Como si las fotos demostraran algo. No hay mucho más que hacer, dice.

—Con un hijo ya no eres sospechoso, con un hijo eres como todos los demás. Aunque no se trate más que de una vieja foto raída.

—¿Y por qué no quiere verte Benny? —pregunto.

—Piensa que no fui bueno con su madre.

—¿Y es verdad?

Se echa a reír y dice que era bueno a veces, y que le gustaría volver a verme. Por el escote de la camisa asoma el contorno de una mujer vieja, un tatuaje pálido que igual podría ser una sombra junto a su corazón. Cuando se marcha, me quedo dormida en el banco.

La ventana de la habitación de Jim está abierta y batiendo al viento, la huella de su cuerpo se ve en las sábanas como en la arena, pero allí dentro no hay nadie. Me paro delante de la ventana abierta y me quedo mirando a un hombre que persigue a una mujer por el césped. Algo tiene el edificio, es como si todas las perspectivas coincidieran aquí dentro, primero no veo que son ella y Edvard, solo distingo a una mujer que va con la gabardina abierta aleteando entre los árboles, y a un hombre que corre tras ella. Luego reconozco las botas enormes. Nadie saldría corriendo por ahí en ropa interior, solo Sabina. Cuando él la alcanza, la coge por el collar y se lo arranca. Por un instante, parece que estuviera bajo una lluvia de color azul.

La siguiente vez que nos vemos está casi oscuro, el cielo azul y una luna fina cuelgan muy bajos en el firmamento. No sé qué hace aquí fuera en esta época del año, la zona está desierta cuando se me acerca caminando. Se me había olvidado lo alto que es, inhumano, casi, con qué facilidad podría lastimar a alguien, lanzarme lejos de aquí si se cansara de hablar conmigo. Pronto se habrá ido el sol.

—¿Vives sola?

—Pues claro que no.

—Entonces, ¿dónde está tu madre?

—En el mar Negro.

—¿Y no es raro?

—¿El qué?

—Que estés aquí tú sola.

—No sé. No quería ir con ella.

—¿Y quién se ocupa de cuidarte?

—Yo me cuido sola.

Lone piensa que no va a envejecer si vuela constantemente, que en el aire no la alcanzará el tiempo. No tiene ni idea. En realidad, el ser humano envejece más rápido en el aire. La enorme presión acelera el deterioro, y el tiempo pasa más rápido en el espacio. Es como con los ángeles, viven rápidamente y la luz los carboniza. Valentina Tereshkova parecía haber envejecido veinte años cuando volvió de Vostok, como si llevara fuera decenios. Todo esto se lo digo a él.

—Yo nunca he volado a ninguna parte —dice, y en ese instante, se oye el sonido de un avión que rasga el cielo por encima de nosotros. Esos aviones que pasan por aquí continuamente, a veces tan bajo que parecen rozar los tejados. Como las nubes, que en ocasiones se rasgan cuando chocan con los edificios del hospital y siguen luego surcando el cielo heridas, incompletas. Este es el lugar en que todo se dispersa, nubes y familias, ese cielo indolente de allá arriba donde las nubes se atascan, se quedan paradas haciendo cola,

chocan unas con otras para luego separarse y seguir viviendo como seminubes, nubes niñas huérfanas, destrozadas.

La parte inferior de las nubes es como el oro esta noche, y él dice que tiene que irse, aunque acaba de llegar, y yo no sé de dónde ha salido mi ruego. Puede que todas las palabras sean ruegos. Ruegos y perlas. En el bolsillo tengo las perlas de Sabina. Ahora sé que el hombre se llama Paul, que ya lleva aquí varios años.

—¿Eres mi amigo? —pregunto, sin dejar de jugar con el collar roto entre los dedos.

—Si tú quieres que lo sea, entonces soy tu amigo.

—¿Podrías pedirle a Jim que baje a verme?

Entonces me coge la cara entre las manos. De la boca emana un olor sordo, a tierra y a dientes con caries.

—Tengo que irme ya.

—Quédate un rato conmigo.

—Ya sabes cómo es esto. Tengo que volver.

—¿Y luego?

—Yo no soy como tu padre. Estoy más enfermo.

—¿Y cómo es mi padre?

—Él es un tipo normal con su trabajo y todo. En su caso es solo algo transitorio. A mí no me queda nada ahí fuera, nunca volveré a salir.

Cuando lo miro a la cara, aparta la vista, así que me centro en la mujer que tiene en el pecho desnudo. Allí está, encerrada en su sombra, allí se dedica ella a escuchar los latidos de su corazón. Paul me aparta, suavemente, me sienta en el banco.

—Tú sabes que esto no está bien, ¿verdad? Que yo esté contigo. Así.

—Yo quiero que vuelvas —digo.

—Tú eres una niña. No tienes ni idea de lo que quieres.

—Ya casi tengo catorce. Cuando tenga cuarenta y cuatro, ¿sabré lo que quiero?

Él se echa a reír y le miro las pupilas, tienen distinto tamaño. No me había dado cuenta hasta ahora. Una es enorme y la otra diminuta, como la cabeza de un alfiler. De la grande mana la oscuridad y tal vez la pequeña absorba toda la

luz, la atraiga, la atrape. Sin luz no puede vivir nadie y quizá por eso me guste estar con él, porque yo puedo estar en la luz junto a su oscuridad. Esa oscuridad es infinita, cuando lo toco por primera vez, cuando hundo la mano en su pelo, es como si tocara la noche, fresca y limpia bajo mis dedos, noche estrellada.

—No, entonces sabrás menos todavía. Entonces no sabrás nada.

Todos los días encuentro perlas en la hierba, delante de la capilla, es como si hubiera más a medida que pasa el tiempo. Pienso que luego las voy a devolver a su sitio, pero al final me quedo con ellas. Doce perlas de azul aciano. Añil, azur, celeste, azul de Prusia.

Edvard lleva a Jim y a los demás al lago Judarn. Salen en autobús rumbo a Ekerö, cruzando campos y bosques de abedules. A Sabina le toca ir en el coche con Edvard, y Jim coge el autobús con los demás, y, mientras están allí sentados sobre unas mantas delante de las negras aguas del lago, el sol se mueve despacio detrás de los árboles que envejecen, todos se tumban en los muelles y se pasan la mitad del día dormitando. Inger Vogel está sentada con ese ovillo de lana enorme de color blanco, instalada un poco más arriba en la playa, dispuesta a intervenir si fuera necesario, dando manotazos a mosquitos indolentes y a moscas gigantes. El agua huele a muerte y a plomo, semillas amarillentas flotan despacio sobre el espejo brillante y lento de la superficie, una espuma espesamente batida tiembla en la orilla. Una playa terrosa de gruesos granos de arena y manchas de hojas desgarradas esparcidas como lunares en el fango. Sabina lleva un bikini amarillo que se refleja en la superficie aceitosa e inmóvil de las aguas. Edvard resplandece cerca de ella.

—Lo único que echo de menos en el hospital son los cielos —le dice Sabina.

—¿Es que allí no ves los cielos?

—Allí solo me veo a mí misma.

—Ya, pero a lo mejor los llevas dentro, ¿no?

—¿Los cielos?

Sabina se echa a reír.

—Si tú supieras lo que llevo dentro, Edvard querido, no estarías aquí sentado.

Sabina se aleja nadando hasta el centro del lago y Jim camina por el fango de la orilla del bosque, oye sus risas que le llegan surcando el agua, el grupito de pacientes bañistas, tan fáciles de entretener y tan agradecidos que a una señal se arrojan a ese charco negro que se halla entre los abetos. Jim está tumbado en el suelo con los ojos cerrados: una camilla solitaria flotando a la luz del sol, Vita amortajada. En una ocasión él estuvo junto a la mortaja para

despedirse, y entonces Vita parecía una foto más que una persona, y cuando él se inclinó para besarla sintió miedo de pronto y se detuvo. La rosa que alguien le había prendido en el pecho apestaba a podredumbre cuando se aproximó a ella, a aceite de rosas rancio y a naturaleza bruta, y tuvo la sensación de que la rosa se alargaba para agarrarlo, de que era algo vivo que se arrastraba por el cuerpo inerte de Vita, las bacterias de la rosa y esa materia muerta color ocre que había atacado los bordes de las hojas no tardarían en destruirla a ella también. ¿Por qué va su madre muerta revoloteando por aquí? Una culpa que no sabe cómo se ha adjudicado él solo, una mujer que ya no está en este mundo pero que no quiere dejarlo ir. Le gustaría que lo dejara libre igual que él la deja en paz a ella. Durante la noche en la autovía camino del aeropuerto ha tomado la decisión de destruirla. Se traga doscientos somníferos, pero no consigue ni eliminarla a ella ni aniquilarse a sí mismo, ella sigue dentro de él como una cara justo debajo de la superficie del agua, con una palidez marmórea y los contornos desvaídos. Cuando él se mira en el espejo del lago, la cara de ella sustituye a la suya, un dibujo tembloroso y descuidado en el agua. En general ve mujeres muertas por todas partes en aquel paisaje, están tendidas bajo los árboles sin ropa o con los pantalones bajados y las sudaderas hechas jirones que les retuercen los brazos y las mantienen maniatadas en una posición fija, en los sembrados, en las playas, con el pelo teñido de color centeno o negro. Se diría que tratan de librarse de un perseguidor invisible, las piernas y los brazos colocados en ángulos antinaturales, que le traen a la cabeza una imagen de pollo crudo. Sombras de sucesos, de amor criminal, cuerpos cubiertos de pisadas de corzos y venados.

Por el camino de regreso al lugar donde se encuentra el grupo, las grandes hojas de los árboles le van dando en la cara. Sabina está sentada en el muelle, mojada y aterida con un cigarrillo mustio entre los dedos, gris de frío y de cansancio. Jim se sienta a su lado, coge el cigarro y se lo enciende. Edvard está sentado a unos metros de allí, en la playa, y los observa, lo hace siempre, es como un ave de presa gigantesca que se mueve silenciosa sobre ellos por la noche en los dormitorios, en las duchas, en el patio de recreo, entre los troncos en la arboleda de abedules, al otro lado de la cerca.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

—¿Sabes que Olof Palme ha muerto?

Olof da un respingo como si alguien lo hubiera golpeado. Esconde la cabeza entre las manos, susurra.

—Olof Palme está muerto. ¿Por qué dices eso?

—¿No te lo ha contado nadie?

Él menea la cabeza.

—No...

—A Olof Palme lo asesinaron hace diez años.

—No. No. No.

—Lo siento, pero es la verdad. Palme no está. Hace ya mucho.

Olof levanta la vista apretándose fuerte las mejillas con las manos.

—Entiendo. Sencillamente, me he descolgado. Si Olof Palme está muerto, no hay esperanza para alguien como yo.

—¿Sabías que solía venir a ver a su madre, que estaba ingresada aquí?

—¿Ah, sí?

Olof baja las manos, mira al doctor Janowski con los ojos brillantes y muy abiertos.

—Sí, pasaba a verla todas las mañanas, camino a Rosenbad.

Olof se levanta de la silla y señala por la ventana con el dedo enorme y tembloroso.

—Ya me parecía a mí haberlo visto aquí varias veces. Hace mucho tiempo. Pero siempre pensé que eran figuraciones mías. Pensaba que eran las alucinaciones. Lo vi bajarse de un coche varias veces, delante del pabellón de Stora Kvinns. Desde mi ventana. Era como un sueño. Que él viniera aquí. Pensaba que venía para llevarnos. Y una vez vi a Nelly Sachs ahí fuera con un abrigo rosa. Menuda como una muñeca... ¿Estaba enferma su madre?

—¿La madre de Palme? Sí, muy enferma. Ya no sabía quién era él, pero se alegraba siempre que lo veía.

Olof se hunde de nuevo en la silla con una sonrisa que lo ilumina desde dentro.

—Entiendo perfectamente que se alegrara, es una felicidad recibir visita. Al principio mi madre venía a verme. Luego dejó de venir. Y luego empezó a venir un ángel. Ella, el ángel, incluso...

—¿Qué?

—¿Sabes qué? Una vez me lo hizo.

El doctor Janowski se ríe comprensivo.

—Pues qué bien.

—¿Tú crees? Yo pensé que a lo mejor no era... apropiado. Con un ángel...

—A mí me parece maravilloso.

—Nunca se lo había dicho a nadie, pero así pasó. Para mí fue la primera vez, pero hace ya mucho tiempo desde el último día que vino a verme. Era fantástica. Sin ella, no me las habría arreglado. Yo siempre tenía la esperanza de que no visitara a ningún otro, pero no era de las que se dejan retener.

INGER VOGEL

Al principio no la reconocí, ni tampoco la voz, pero decía mi nombre una y otra vez, suavemente, despacio, como antaño, aunque la voz le sonaba más ronca, quebrada.

—Jackie... Jackie... Jackie...

Estaba sentada al sol en la plaza de Odenplan con una botella de vino delante y un cachorro de perro de color negro en el regazo cuando Marion y yo pasamos camino de Vasaparken. Tenía la cara distinta, más ancha y como rígida, pero al cabo de un rato era como si poco a poco fuera aflorando a través de esos rasgos nuevos tan extraños, los ojos seguían siendo verdes, pero más claro, como agua marina. Un ojo fino, entornado, y el otro abierto de par en par, yo me concentraba en el que estaba abierto de par en par, parecía más acorde con la voz apagada y con la cara que tenía ahora. El otro ojo pertenecía a otro tiempo y a otra mujer, a aquella que iba por ahí con un gran llavero tintineándole en la cadera y con las manos suaves como el encaje.

Contó que había dejado de trabajar en Beckomberga solo unos días antes de que cerraran el hospital, que fue una de las últimas en dejar el edificio. Ahora hacía guardias nocturnas en el hospital Sankt Göran de vez en cuando, cuidaba de pacientes que ya no querían seguir viviendo. Cada quince minutos, entraba en sus habitaciones y comprobaba que no se habían colgado de los cordones de los zapatos. Cada vez necesitaban menos sus servicios, decía; cada vez la contrataban menos horas.

—Puede que sea lo mejor. De todos modos, ellos ya no quieren seguir viviendo —dijo, y me miró con aquellos ojos cansados, quebrados por el alcohol y el exceso de sol.

—A veces pienso que estaría bien dejarlos ir sin más, que podría mirar para otro lado unos minutos y dejar que huyeran adonde quisieran. Yo me paso las noches allí vigilándolos, aunque no tienen nada por lo que seguir vivos.

No me preguntó por Jim, quizá pensaba que había muerto.

—Tú sigues tan mona como una princesita —dijo, y encendió un Blend blanco y aspiró el humo en los pulmones con tanta rapidez que sonó como si se le hubiera quebrado algo por dentro.

—Acércate algún día por el Sankt Göran si quieres —continuó—. Normalmente me paso las noches haciendo calceta en la sección treinta y dos. Allí no ocurre gran cosa.

Cuando volví a pasar por allí unas horas después, seguía sentada en la terraza, ahora en compañía de otras mujeres de edad, y no creo que me viera. Seguía con el cachorro negro en el regazo. Al volverme vi cómo besaba al animalito una y otra vez.

Lone me llama a gritos desde otro de los sueños que tengo este invierno. Está en el jardín del hospital, bajo un árbol, y parece desorientada con el bolso en el regazo como si fuera un perrito.

—De pronto he sentido una gran preocupación por ti, Jackie.

—¿No me digas?

—Sí.

—Pues no te preocupes, Marion y yo estamos bien. Lo sabes, ¿no?

Ella levanta la vista hacia la fachada de color rojo resplandeciente. Algunas aves de invierno vuelan despacio describiendo círculos alrededor del campanario.

—Parece que por fin van a derribar el hospital para construir viviendas — dice con un hilo de luz en la voz.

—Lo sé, aunque yo preferiría que lo dejaran como está.

—Pero sería horrible dejar ahí ese viejo hospital psiquiátrico, ¿no te parece? ¿Por qué iban a hacer algo así?

—No sé, quizá porque el edificio en sí es una imagen del sufrimiento, del sufrimiento de Jim, del de todos. Una especie de reconocimiento. Y Jim me dijo una vez que venir aquí era como llegar a casa.

—¿De verdad te dijo eso?

Las aves han desaparecido, todo está en silencio a nuestro alrededor.

—Sí. Dijo que este es un lugar al que todos sueñan con poder venir.

Se vuelve hacia mí. La intensidad de su mirada casi me obliga a retroceder. En la distancia se oyen aviones que despegan del aeropuerto, y todo se oscurece de pronto allí donde nos encontramos, como si alguien hubiera cubierto el sol con una manta.

—¿Y el hombre del hospital?

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Nunca te quise preguntar por él.

—Bueno, ¿y qué quieres saber?

—Pues creo que quiero saber cómo era, qué pasó.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, creo que sí.

Lone aparta otra vez la mirada, de pronto tiene los ojos brillantes.

—¿Te hizo daño?

—No, no me hizo daño, me ayudó. Paul habría sido capaz de atravesar el fuego por mí.

GRAVITY THE SEDUCER

Pasan los días. Nos vemos bajo el árbol, a su sombra temblorosa. Nadie me pregunta ya qué hago allí, a quién he ido a visitar. Paul se pasea sin camisa y se ocupa de los árboles. Yo lo observo, nunca he conocido a nadie tan sereno como él, tan nítido, tan presente, tiene en su interior un venero de agua quieta y fría. Dice que se quedará aquí para siempre. Puede que sí, no añora ningún lugar. No es que hablemos mucho, jugamos al ajedrez y esperamos.

—¿Has visto alguna vez un árbol del destino? —pregunto.

—No.

—Yo tampoco. Si alguna vez nos vemos en otro sitio, podríamos buscar uno.

Se ríe con esa risa suya tan franca y se le ven los dientes llenos de caries.

—¿Tú crees que lo vamos a hacer, Jackie?

—Sí, yo creo que sí.

Algo marrón le ha cubierto los dientes, la saliva tiene sabor a hierro y un sabor muy fuerte a otra cosa, putrefacción, muerte, excrementos.

—Yo, cada vez que te veo, espero que sea la última.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

—Porque tengo la sensación de que me va a dar un derrame cerebral.

—¿Por mí? ¿En serio?

—Tengo la sensación de que todo me sangra.

Las raíces de los árboles parecen haber surgido de debajo de la tierra y yacen sobre el césped como grandes dedos en reposo. La respiración de Paul es ligera, como mariposas, como la respiración de una niña, son suspiros temerosos, no da la sensación de que pudiera hacerle daño a alguien, para mí él es inocente, sea lo que sea lo que haya hecho. No es ningún delincuente, es demasiado blando. Y cierra los ojos al sol, como si tuviera la esperanza de que yo haya desaparecido cuando los vuelva a abrir, pero yo no desaparezco, siempre es él el que se aleja de mí. Dentro de unos minutos, estará otra vez encerrado en el pabellón de Stora Mans. Al cabo de un rato, se levanta y me

zarandea despacio por los hombros para que me despierte.

—Por favor, no me despiertes —digo.

—No debes andar revoloteando por aquí, abejita. Esto no va a acabar bien.

—¿Es que tiene que acabar?

—Yo voy a acabar en la cárcel por tu culpa.

Me echo a reír.

—Yo creía que ya estabas en la cárcel.

El conservador del museo de Historia Natural ha venido otra vez de visita. Va cruzando el patio a paso ligero. Debajo del brazo lleva una cartera fina de la que no se separa una vez en el pabellón, quizá porque cree que alguien pudiera querer robársela. Recorre presuroso las galerías de un modo que impulsa a quienes están allí sentados a recluirse enseguida en sus habitaciones. También Sabina se transforma en otra persona cuando él está aquí, se mueve despacio y silenciosamente, como si alguien le hubiera bajado el volumen de pronto. Unas horas después, vuelve a cruzar el parque a toda prisa.

Cuando me acerco un poco veo que está llorando. El pañuelo blanco que tanto tiempo se ha pasado tejiendo va arrastrando por el suelo, los flecos están llenos de barro. Ella mira para otro lado, se seca las lágrimas y se deja marcas de rímel en la cara. Lunas negras debajo de los ojos. Detrás de ella se ve un sol pálido entre las copas de los árboles, los pájaros cantan en la distancia, son tan pocos y cantan tan quedo..., aun así, su canto se filtra por entre los árboles. ¿Dónde se han metido todos los demás pájaros? Lo normal es que vayan volando de un lado a otro de la valla que separa el hospital de los bosques del exterior, del resto del mundo.

—¿Has visto a Jim? —pregunto.

—No, a mí tampoco viene a verme.

Le miro las manos, palidísimas allí donde la piel es tan fina que las venas se extienden como sombras, como entrañas bajo la epidermis. Alrededor del cuello, una joya nueva, un dije. Huele ligeramente a éter. Se encuentra con ella un hombre en cuya compañía no la había visto hasta ahora. Parece profundamente dormido al sol. Ella tiene dos marcas rojas en las piernas y el cuello y se mueve de forma mecánica, como si alguien hubiera dado cuerda a una maquinaria interior de relojería, sus movimientos son rígidos y espasmódicos, quizá sea por los medicamentos, o por la soledad que ha vivido últimamente. Ha estado en aislamiento durante varias semanas, y esta es la primera vez que la veo, ahí sentada en el césped, blanca como el papel.

—Era como pelear con un ángel gigantesco —dice—. No tenía la menor

oportunidad.

—¿Y ahora ya puedes estar fuera?

—A veces. Hasta que meta la pata otra vez.

—¿Fue culpa mía?

—¿Cómo iba a ser culpa tuya?

—No sé, pensaba que a lo mejor sí era por mí, todos esos paquetes que he recogido para ti.

—Qué va. Aquellos paquetitos de plata me salvaron la vida.

Se pone de pie, parece que tiene frío. Me quito el abrigo de piel y se lo pongo con cuidado sobre los hombros. Ella se envuelve bien y me mira.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jackie?

—No sé —digo—. Eso es lo que no sé.

—Si tienes dudas, haz lo valiente.

Me vienen a la mente los ojos de Paul, cómo me mira sin apartar la vista, como si yo fuera una elegida, como si él pudiera hacer cualquier cosa por mí, como si pudiera hacer cualquier cosa por protegerme.

—Vale. Pero ¿cómo voy a saber qué es lo valiente?

Sabina me pone la mano en las costillas y aprieta, nota en la palma el latido del corazón.

—Lo sabrás sin problemas. Lo llevas aquí dentro.

Yo estaba sola en casa por las noches, me iba al cuarto de Lone y me miraba de cuerpo entero en el espejo. Una camiseta de tirantes llena de manchas y unas bragas sin goma, solía pillarlas con imperdibles, porque estaba muy delgada. Nada de sujetador todavía. Los huesos salientes de las caderas, el pelo en los ojos. Al otro lado del espejo empezaba el mundo.

Paul está nervioso, dice que siente que la cosa saliera así, se rasca debajo del brazo con tal fuerza que se hace unos arañazos enormes y a veces se estremece inesperadamente de pies a cabeza. Llora tapándose la cara con esas manos tan grandes. Estamos tumbados en una manta en el límite de la zona hospitalaria, a la sombra de los árboles. Lo miro cuando se levanta, miro la sombra que le recorre la cara, y cuando despliega todo ese cuerpo grandullón se diría que pertenece a otro pueblo, a una raza de gigantes. Pero tiene los ojos anegados, de amor y de luz.

—¿Has hablado con él? —pregunto.

—Todavía no.

—Tienes que hablar con él. Pronto. Hoy mismo.

—Lo voy a intentar, pero llevo ya tiempo sin verlo fuera.

—¿Adónde lo han trasladado?

—Ni idea.

Debajo de la inscripción en oro me cuenta que su chica enfermó cuando Benny estaba recién nacido, que acudió a una clínica psiquiátrica, donde permaneció durante meses.

—¿No se alegraba de tener el niño?

—Claro, pero decía que cayó porque por fin se sentía segura conmigo.

—¿Contigo? —pregunto.

—Sí, eso creo.

Y luego cambia de idea.

—Tal vez enfermó por mi causa, lo único que yo quería era beber y dormir.

—¿Y Benny?

—Ella lo quería con locura. Nunca lo habría abandonado voluntariamente. La última noche que Benny estuvo conmigo lo tuve en brazos hasta que llegó el día. Me quedé sentado sin moverme para no despertarlo.

—¿Y luego?

—Luego se lo llevaron.

Estamos tumbados en la cama de Lone, hablando y fumando y viendo el humo subir por encima de nuestras cabezas. Justo debajo del techo se dispersa por el suave movimiento del ventilador. El sol entra por la ventana abierta y hace calor, y Paul juguetea con los dedos de mis pies mientras yo estoy atravesada en cruz en la cama, con los pies pegados a su vientre desnudo. Cuando tiene permiso, siempre viene a verme, dispone de varias horas libres a la semana, y le da tiempo de quedarse conmigo cuarenta minutos, hasta que tiene que irse y recorrer otra vez todo el camino de vuelta. Me cuenta que piensa en mí a todas horas, que se duerme y se despierta viendo mi cara, yo no le cuento que pienso en él, no le cuento nada a la gente a la que aprecio, puesto que no tengo palabras. Al cabo de un rato, me quita despacio el vestido y las bragas. Se ha puesto de rodillas sobre las sábanas y se diría que estuviera abriendo un paquetito muy frágil. La camiseta de tirantes no me la quito, no quiero enseñarle los pechos. Sus pezones parecen caramelos al lado de los tatuajes, de un rosa pálido y llenos de pecas de color claro y, cuando se quita los pantalones, se ve que tiene el miembro erecto y formando un arco ante él. Me penetra y se echa a llorar como si yo le hubiera hecho daño, pero no tiene por qué estar triste, estoy preparada para el dolor, es un cuchillo reluciente en mis entrañas, y me gusta tener su cuerpo encima del mío, esos ojos de una claridad irreal mirándome después.

—Si el amor es una enfermedad mental, tendremos que aislarla —dice—. Solo tú existes, Jackie.

Si el amor es una enfermedad, entonces Paul es la persona más enferma que he conocido jamás, y me da muchísimo miedo que lo curen. «No te preocupes, *baby* —me dice, y me sujeta las manos como en un torniquete sobre la cabeza—. De esto no se cura nadie».

El ventilador de techo está al máximo y la cama ha quedado en sombra y nos hemos dormido hasta que nos ha despertado el teléfono. Puede que sea Lone, que llama desde una cabina en el mar Muerto y está allí plantada escuchando el ruido sordo de las señales que salen de un auricular de color negro. Paul esconde la cara debajo de la almohada. Antes de regresar al hospital, vuelve a entrar en mí, y ahora no hay ya dolor, solo un pulso que me embiste una y otra vez hasta que todo se endurece de pronto y luego se ablanda y luego me colma una luz grande y extraña que me vierte en el cuerpo un fluido anestésico y cálido como el sol, un ácido carbónico ciego y dulce. Cuando más pegados estamos, cuando tiene los ojos a punto de estallar, prueba a rodearme el cuello con las manos. Una leve presión en el esqueleto y los tendones que sustentan la cabeza, una pregunta sencilla.

—¿Jackie?

Yo no respondo, puesto que no tengo nada que decir, puesto que no sé qué clase de pregunta es, solo sé que las vértebras se suceden como una cinta allí dentro, en la oscuridad, un rosario en la soledad del cuerpo, una loca esperanza o una hilera de luz, de pérdidas posibles. Pienso que tiene que ser el amor lo que constituye la verdadera locura: la exaltación, el vértigo, la histeria.

Estoy sentada bajo el árbol, esperando. Inger Vogel está de pie a mi lado, su sombra incide blandamente sobre el banco. Permanece allí sin decir nada, enciende un cigarro mentolado y lanza anillos de humo pequeñitos. Es un humo fresco y limpio y más delicado que el humo normal, y luego se queda ahí a mi lado mirando hacia Klockhusparken, con una nubecilla flotándole sobre la cabeza. Se diría que quiere estar cerca de mí, que quiere protegerme de algo que ni ella misma sabe qué es.

DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ETERNIDAD

(VITA)

Ella está ante él con un traje de baño de un blanco reluciente. Aún tiene el pelo mojado y enrollado en una espiral sobre el pecho. Se encuentran en medio de la luz blanca cegadora de su infancia, junto al canal de la Mancha, donde antaño pasaban los veranos, y Jim va cargado con un calamar que es casi tan grande como él, casi no puede rodearlo con los brazos, el cuerpo inerte le cae frío y brillante en el pecho, y los ojos son espejos inmóviles y gigantescos.

—Jimmie —dice, y le coge la mano—. ¿No puedes venirte conmigo sin más?

—No puedo, mamá, tengo que quedarme aquí un ratito.

—Pero es que aquí no queda nada. Y el agua es blandísima allá dentro, no es peligrosa.

Lo mira desde detrás de las gafas de sol, y su voz suena como siempre, cálida y de una suavidad que adormece. En el bañador se le han prendido algas y sargazos, y cuando le coge la mano con la suya, fría y pálida, bajo cuya piel brillan las venas de las muñecas, tiene que apartarla a toda prisa.

—Te seguiré más tarde. Pronto.

EL OBSERVATORIO

El planeta Ricitos de Oro es un término de astronomía que alude a un punto del universo en el que puede darse la vida. Un cuerpo celeste que debe encontrarse a una distancia determinada de una estrella, de modo que la luz no lo queme y que la vida no se convierta en hielo.

—A ti siempre te han gustado los árboles —dice Lone, plantada allí en el parque, a unos metros. Ya estamos a finales del invierno y en Klockhusparken están los árboles desnudos y muertos desde hace tiempo, dan la impresión de no ser capaces de volver a tener hojas otra vez. La noche cae veloz a estas alturas, cada vez resulta más difícil evocar estos sueños.

—Sí, supongo que sí —digo.

—¿Por qué?

—Quizá porque se estiran en pos de la luz y del agua. Porque parecen estar orando mientras arquean sus frágiles troncos sobre el río.

—Pero ¿quién puede consolar a un árbol?

—La primavera, tal vez, la primera luz. Cuando yo era pequeña siempre pensaba que los árboles fingían que estaban muertos en invierno.

Lone me mira con esos ojos grandes tan bonitos.

—Pues sí, es lo que le pasa a Jim. Sucumbe y luego resurge para la primavera.

Al ver que no respondo, alarga la mano hacia mí. Yo la cojo y la retengo. Noto la mano totalmente fría, transida de frío y menuda, casi como la de Marion.

—¿Estás triste, Jackie?

—No, ya no.

—¿Cuándo dejaste de estar triste?

—Quizá cuando nació Marion. Y quizá porque era niño.

Tiene los ojos abiertos de par en par, totalmente claros y limpios, como si acabara de lavárselos.

—¿Porque era niño?

—Sí, porque él no es yo. No sé explicarlo.

—No tienes que explicarme nada, Jackie, creo que lo entiendo de todos modos.

—¿Seguro?

—Sí. De lo contrario, no habría venido aquí.

Cuando yo era niña, o sea, antes de empezar el colegio, me quedé un día mirando a Jim y me di cuenta de que él no veía los árboles verde claro que se movían por encima de nosotros. Siempre me han encantado esas copas enormes y sus raíces, y siempre he pensado que me protegían de los peligros, esa luz frágil que los árboles permiten que se filtre por entre sus hojas para que llegue a los seres humanos.

Estaba a mi lado y le rocé la mano.

—¿No ves los árboles, Jim?

—¿Qué árboles?

—Los abedules, los pinos, qué sé yo, aquellos robles enormes de allí.

Pero la verdad era que no los veía. Todo le pasaba inadvertido, estaba allí de pie fumando aquellos cigarrillos y escuchando la voz de Vita, que le gritaba por dentro, yo nunca podría acallar esa voz.

Yo solía jugar en los jardines de Observatorielunden mientras él dormía la borrachera a la sombra. Parecía que tuviera pesadillas mientras yacía allí encogido sobre la hierba en posición fetal, como si algo lo estuviera persiguiendo en el interior de los sueños. Los árboles nos protegían, dejaban que la luz del mundo bajara y se extendiera sobre su figura durmiente. Alguna vez entrábamos en el Observatorio y mirábamos las estrellas con un telescopio muy grande. De pronto, todo el cielo se encontraba en la sala, una sensación de haber dejado atrás la tierra. Ante las estrellas no tenía importancia quiénes fuéramos, que Lone se hubiera vuelto a ir de viaje, que estuviéramos solos en la ciudad, él y yo, que él se pasara todo el tiempo bebiendo de aquella botellita que guardaba en el fondo de la bolsa de deporte. La atmósfera estaba suspendida allí fuera en finos velos delicados, y detrás de ella estaban las estrellas y la eternidad. Supongo que se emborrachaba porque lo necesitaba, y cuando nos encontrábamos ante el ancho cielo en el Observatorio, era como si fuéramos las únicas personas que quedarán vivas en la tierra, y él decía que mi estrella se soltaría un día de su base y caería a tierra allí donde yo estuviera, que todo lo conseguiría, lo que yo deseara.

—Ten cuidado con lo que deseas. Ahora todo se va a cumplir.

Un día, cuando yo estaba recién nacida, Jim y Lone plantaron un arbolito en los jardines de Observatorielunden. El árbol bebé, lo llamaban, y luego el árbol niña, y todos mis cumpleaños cuando era pequeña nos sentábamos bajo aquel sauce blanco enano entre los robles gigantescos y comíamos bocadillos y galletas. Cuando Jim se mudó dejamos de ir allí los tres y empecé a ir yo sola.

Jim tenía novias y amantes ocasionales por todas partes, con nombres que sonaban como destinos de viaje o como drogas: Nanna, Jo, Katt, Oline, y por las noches se veía arrastrado a la luz que rodeaba los bares de los jardines de Tegnérunden. Lone y yo nos quedábamos casi siempre solas en el piso mientras el sol iba describiendo un arco desde la blancura del dormitorio, pasando por el papel aterciopelado de las paredes del salón para luego inundar poco a poco la cocinilla de una luz suave de color naranja. Jim irrumpía de vez en cuando con aquella enorme zamarra blanca y traía vino dulce y regalos: un queso que le encantaba a Lone, una enciclopedia cuyas páginas tenían un baño de oro, un juguete demasiado infantil para mí. Luego desaparecía de nuevo. Durante días, a veces semanas. Lone no sabía nada de él, llamaba aquí y allá preguntando por él y en alguna ocasión nos vimos en un vestíbulo extraño esperando a que Jim se pusiera la ropa y viniera a casa con nosotras.

Lone extiende una manta en la hierba y luego brindamos por mí a la sombra de mi árbol. Tengo nueve años, tengo diez años, cumplo once en otoño. El árbol ya es adulto, se encuentra allí entre otros árboles, como una mano oscura envejecida. Jim tiene los ojos inundados de una luz blanda y devastadora, lleva en su interior ese precipicio que tanto lo desasosiega, que lo impulsa a querer levantarse en cuanto se ha sentado y a seguir caminando por la calle. Pero Lone lo convence de que se quede allí tumbado un poco más y de que cierre los ojos al sol. La voz de Lone junto a su corazón, su frente alta, el pelo rojizo que le cae como un torrente sobre la espalda.

—Quédate un rato conmigo, Jim.

Pero Jim empieza a beber cada vez más, y ahora el alcohol cambia de naturaleza, la sangre le fluye cada vez más lenta por las venas, ya no le llega ninguna luz, tan solo un centelleo irritante, una hipersensibilidad y un nerviosismo permanente que le pincha bajo la piel. Los breves destellos de claridad empiezan a ser cada vez más insólitos, más lejanos. De vez en cuando atisba un sol negro en el espejo del cuarto de baño.

Edvard le acerca un paquete de tabaco por encima de la mesa. Jim meneaba la cabeza, sentado en la silla con las manos escondidas en las mangas del jersey. Una cerilla que se enciende súbitamente y luego el olor frío del humo. Esas lámparas impersonales, tan bajas, un leve zumbido eléctrico a su alrededor.

—Yo no creo que tú seas uno de ellos, Jim.

—¿Uno de cuáles?

—Un suicida. Y no creo que lo consigas.

—¿No?

—Lo sano del ser humano discurre muy cerca de lo enfermo, dos fuentes o venas imposibles de separar. Caer enfermo también puede ser asumir la responsabilidad, proteger el entorno más inmediato de una rabia que amenaza con destruirlo todo.

Edvard deja escapar un bucle de humo de la boca antes de continuar.

—Si decís que estáis en un círculo, yo digo que no creo en el círculo.

—¿Y qué pasa entonces con los círculos?

—Nada de nada.

—¿Nada?

—Si no eres libre ahora, Jim, no serás libre nunca.

Jim está en el patio de recreo cuando Paul se acerca caminando. A su alrededor se mueven las personas como sombras, hombres viejos con pantalones de hospital y el abrigo encima. Sobre ellos hay una nube de humo de tabaco. Luz matinal granulada, amarillenta, como una fiebre. Jim está delgado, más delgado, con las piernas muy flacas bajo los vaqueros, y está un poco bronceado. El sol siempre lo encuentra, donde quiera que esté, incluso cuando se mantiene en la sombra, es un sol particular que brilla allí, una luz fatal que le vuelve la piel morena y suave.

—Me dijeron que te habías ido —dice al ver a Paul.

—Todos dicen siempre que todos se han ido. Pero de aquí no se va nadie.

—Yo empiezo a trabajar en agosto.

—Seguro.

—Pienso empezar tranquilamente. Nada de envergadura, solo ir allí y sentarme en la oficina. Cuando llegué aquí creía que iba a quedarme unos días.

Paul suelta esa risa suya breve y metálica.

—Eso es lo que creen todos. Todos creen que han venido al sitio equivocado. Se te pasará. Y luego no querrás volver fuera.

—¿Tú no estás deseando salir de aquí?

—No. Ahí fuera no queda nada.

—Ahí está todo.

—No para mí. Ni para la mayoría de nosotros.

—Ahí existe todo. Es como una ciudad en pequeño. Y no importa dónde estés. Nadie puede alejarse de sí mismo.

Paul se lo queda mirando hasta que él aparta la vista.

—Tu hija es distinta.

—¿Ah, sí?

—¿Tú no te has dado cuenta?

—Hace mucho que no la veo.

—Ha estado aquí preguntando por ti. Suele sentarse a esperar debajo de ese árbol. Yo charlo con ella a veces.

Una brisa suave agita las copas de los árboles. Paul le toca el hombro.

—¿No la has visto ahí sentada? ¿Por qué no bajas, sin más?

—No lo sé. No sé qué es lo que quiere. O bueno, de todos modos, no voy a poder dárselo.

—Si Benny viniera aquí yo saltaría de alegría. Pero él se limita a quedarse sentado esperando a que vuelva su madre. Es lo único que le interesa. Ella. No quiere nada más. Ni regalos, ni llamadas telefónicas, nada.

Jim sonríe con ternura.

—Siempre quieren algo distinto de lo que les damos.

—¿Verdad que sí? Siempre quieren otra cosa. Benny siempre estaba preocupado por si alguno de los dos se iba. «¿Qué vais a hacer cuando me haya dormido? ¿Por qué calle vas al trabajo?». Y Marie se sentaba en el borde de la cama como un puto ángel y le prometía que nunca lo dejaría. Yo la veía allí, sentada en el círculo de luz de la lamparita, casi iluminada desde dentro. Él siempre quería que hubiera luz, así que la lamparita tenía que estar encendida toda la noche. Por la mañana venía a mirarnos hasta que nos despertábamos. Nunca nos despertaba él, se limitaba a quedarse allí mirándonos, como si nos estuviera protegiendo.

—¿Y aun así se fue todo a la mierda?

Paul asiente despacio.

—Siempre pasa. No tiene ningún sentido tener miedo a la felicidad, nunca dura mucho de todos modos.

—Yo nunca he sido tan feliz como aquí. En el hospital. ¿Eso es raro?

—No tanto.

—¿Qué razón hay para que sea feliz aquí?

—No lo sé, pero no me parece que sea raro.

—Puede que no. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? A tu chico.

—Hace mucho. La última vez fue poco después. Me permitieron ir allí un rato, creo que me dieron treinta minutos. Yo quería dárselo todo, y todo lo que me dieron fueron treinta minutos. Había decidido de antemano que se lo contaría personalmente. Era lo único que podía hacer por él, contarle las cosas tal como eran, no mentir, no omitir nada.

—¿Qué le contaste?

—Le dije lo que había. Le dije que unos segundos antes de hacer aquello,

no tenía el menor pensamiento de que yo podría hacerle daño a ella. Le dije que resultó facilísimo matarla, mucho más fácil de lo que me había imaginado. Que la noté totalmente blanda en las manos, como siempre. Un suspiro más allá, y había dejado de ser mía, todo lo que había existido entre nosotros desapareció en unos segundos.

—¿Se lo contaste así a él? ¿A tu hijo? ¿Así como me lo acabas de contar ahora?

—Sí. Aunque fue distinto. Él no quería escucharme. Trató de irse corriendo de allí. Así que ahora le escribo. Pienso que es bueno para él. Saber, comprender qué puede ser el amor, que también puede existir en el infierno. Y yo sabía algo que ella no sabía, algo sobre el amor. Que ella nunca sintió, de lo que ni estuvo cerca siquiera. Es lo único que puedo hacer por él, pero tampoco lo quiere.

—Yo no consigo imaginar que pudieras hacer algo así —dice Jim.

Inger Vogel está en la puerta del pabellón de Stora Mans y los llama. Paul empieza a moverse, tira el cigarro encendido.

—Yo tampoco. Nunca se puede, la muerte de mi mujer es como una antigua pesadilla que trata de otra persona. Yo lo que digo es que, en mi opinión, deberías ver a tu hija y no dejarla ahí plantada esperando.

—Espera —dice Jim de pronto, y se levanta él también—. Háblame de Jackie. ¿Está bien?

Paul no responde.

—¿Qué hace?

—Te espera, espera que vengas a verla. Y está enamorada.

—Oh, qué bonito. Enamorada.

—Pues yo no sé si es tan bonito.

—¿No?

—No, bonito no es.

Jim y Lone están en la cocina de la calle Kammakargatan, a la última luz de la tarde, ella con un cuenco azul y un batidor en el regazo, haciendo uno de sus pasteles de limón, él con una copa de jerez en la mano.

—Voy a meter la cabeza en el horno, así me tendrás controlado —susurra, y le da un beso en la nuca.

Cuando me hago algo mayor, es Lone la que desaparece, se va de viaje cada vez más lejos, se instala en la otra punta del planeta, donde se dedica a fotografiar la devastación provocada por catástrofes, niños que corren bajo una lluvia ácida, árboles caídos, ríos muertos. El mar Adriático. El mar Negro. El Atlántico. El océano Índico. Y mientras Lone está fuera, todo se desmorona a nuestro alrededor. Sin ella, las cosas se rompen, y no sabemos cómo arreglarlas. Yo me siento por las noches y trato de hilvanar, agujeros en calcetines y camisas, trato de arreglarme el vestido amarillo, que se me ha quedado pequeño hace ya mucho tiempo. Todo está sucio y mugriento, nadamos entre ropa y bártulos amontonados en el suelo y vamos excavando pasillos estrechos por los que avanzar. Y cuando las bombillas se funden, se quedan fundidas para siempre. Jim está tumbado en el sofá cama con una botella marrón de cerveza justo al lado, da golpecitos en la mesa con un tapón y no responde cuando le hablo. Cuando le pregunto por Lone, vuelve la cara hacia la pared. Varios días después, se levanta. Baja a la tienda de licores de Tegnératan y continúa hasta los jardines de Observatorielunden, y allí se queda sentado un día entero hablando con los muertos. A veces es como si yo pudiera tocar ese lugar en su interior.

Jim solía sentarse en un restaurante al otro lado de la calle después del trabajo y luego, hacia medianoche, subía a la oficina y fichaba antes de volver a casa dando tumbos. Nadie le preguntó nunca por aquel horario de medianoche, nadie decía nada cuando se dormía en la sala de descanso. Cuando se despertaba ya se habían ido todos. Reinaba un silencio absoluto, tan solo quedaba el crujido de los fluorescentes sobre su cabeza y la taza de café volcada en la mesa. Era como si se moviera en una tierra de nadie, como si pudiera hacer cualquier cosa, como si fuera inmortal. Se encontraba en esa zona mágica de Ricitos de Oro que constituye el amor al alcohol.

Jim: Se trataba de encontrarse en todo momento en un punto absolutamente equidistante entre la vida y la muerte, tan lejos de la vida que empiezas a parecer un muerto; tan lejos de la muerte que sientes el frío líquido del terror por la columna, largos espacios de tiempo de estar sumergido en la inconsciencia o expuesto a un peligro mortal. Iba dando tumbos por delante de los coches que pasaban, daba un paseo en globo en plena borrachera, tomaba tantas pastillas que me quedé en un ascensor una tarde entera, todo lo que hacía tenía que ver con la muerte, pero procuraba seguir a la debida distancia. Hundido en las profundidades de la borrachera, contaba las horas que faltaban para la visita médica que haría al día siguiente. Había un médico que recetaba somníferos y que controlaba que los órganos internos no sufrieran un colapso. Había varios médicos, tenía uno en cada barrio y uno de ellos me hacía análisis cada seis meses. La pérdida de control no es más que una ilusión, hay un control absoluto dentro del alcohol, una frialdad, matemática pura y simple, yo contaba las lesiones, trataba de valorar su extensión. Y jamás os mentía a ti o a Lone cuando decía que lo tenía controlado. Solo un alcohólico sabe que el control es absoluto, el control lo eclipsa todo, yo sabía exactamente cuándo debía dejar de beber para conseguir levantarme de la cama y bajar a la oficina de la calle Kammakargatan, sabía cuándo tenía que parar de beber. Cuando me dejaba llevar por unos compañeros de trabajo después de una cena sabía

perfectamente lo que hacía. Aquello era mi protesta, era mi rebellion.

Íbamos juntos en coche cuando Lone volvía y Jim aún no se había marchado de la ciudad. En tardes así yo iba tumbada en el asiento trasero envuelta en una nube de humo y de voces, y mirando la carretera comarcal que discurría por el paisaje sinuosa como una serpentina. Al volante iba Lone, con unas gafas de sol enormes, y sentado a su lado la observaba Jim. Era como si no se hartara nunca de mirarla, la observaba continuamente, pero no tenía ni idea de cómo ocuparse de ella, de cómo conseguir que se quedara. Lone iba observando la carretera que se extendía ante nosotros, atenta como siempre a la autovía y al mapa que llevaba desplegado en las piernas.

—Siento mucho no ser capaz de hacer que seamos felices —dijo Jim de pronto, sin más preámbulo. Fue en medio de esa luz suave y blanda de la tarde, antes de que cayera la noche, y por un instante su mirada y la mía se cruzaron en el retrovisor, y él sonrió con esa sonrisa suya que siempre se apagaba en el acto, antes de apartar la vista, y Lone se quedó en silencio un buen rato, como si estuviera pensando en qué sería verdaderamente la felicidad, y luego sonrió y le dio la mano a Jim.

—Ya sé que estás triste. Yo también. Ya se nos pasará.

Jim: Al final nos sentábamos Lone y yo en el sofá cada uno con su libro, dos volutas de humo monótonas ascendían hacia el techo. El libro que yo tenía en la mano parecía un ataúd, había soñado con escribir, había soñado con tocar el piano, pero ya todos los sueños estaban muertos. Iba al trabajo por las mañanas con un abrigo gris y un maletín gris como hacían cada mañana otros cientos de miles de hombres en la ciudad. Al atardecer volvía a subir la pendiente hasta Kammakargatan y me sentaba con Lone en el sofá. Mirábamos los árboles y la niebla y los pájaros que volaban entre las copas de los árboles, y yo tenía todo el tiempo la sensación de que mis órganos estuvieran diseminados por la ciudad. Pulmones, riñones, hígado, bilis y corazón, de que eran una presa fácil para las ratas y las aves de la ciudad.

Me despierto porque Lone está ahí parada mirándome. Hay luz en el dormitorio. Tiene que haber llegado a casa durante la noche, sin que la haya oído. Yo suelo dormir con la puerta abierta por si Paul apareciera, pero ya ha dejado de venir. Está sentada en el borde de la cama. Tiene la cara morena y despejada, y trae un aroma a viento y a hierba quemada. Se ha pasado la noche volando para venir a verme a casa. Levanta despacio el edredón y las sábanas despiden un olor a amoníaco, he dormido en un charco de orina.

—Creo que me he hecho pis encima —digo, y levanto la vista hacia ella.

—Pues qué suerte que haya llegado yo —susurra.

—¿Te vas a quedar conmigo, Lone?

—Sí, me voy a quedar contigo.

Por un momento, se le empañan los ojos, luego me coge en brazos y me lleva al cuarto de baño.

—¿Fuiste a Chernóbil? —pregunto ya metida en la bañera, mientras dejo que me lave la espalda con una esponja. De pronto me acuerdo de que tengo la espalda llena de arañazos, por los omoplatos y hacia abajo, pero Lone se limita a lavarme despacio y con suavidad alrededor de las heridas. Me duele, como si me estuviera lavando con fuego, y pienso que Edvard se ha equivocado, que no es posible caer sin lastimarse.

—No, no fui —dice despacio—. Decidí venirme a casa.

—¿Y qué tal Odessa?

Oigo que está llorando a mi espalda.

—Horrible.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

El doctor Janowski cierra despacio la carpeta con la historia clínica, le pasa la mano por encima varias veces antes de dejarla.

—¿En qué estás pensando, Olof?

Olof levanta la vista y agarra la maleta con más fuerza.

—Estoy pensando en que ya es hora de irse.

—¿Y qué más?

—Estoy pensando en lo que fue. A veces tenía la sensación de que este edificio estuviera ideado solo para mí, para mí solo en el mundo, que aquella habitación cerrada flotaba sola en el universo cuando me dejaban en aislamiento.

—Ya, pero en realidad no estabas solo. Eras miles.

—Sí, supongo que sí.

El doctor Janowski se levanta y se coloca junto a la ventana de espaldas al atardecer, de modo que la cara queda en la sombra. Una bandada de grajillas vuela bajo sobre Klockhusparken, tan bajo que parece que van a entrar en el edificio de enfrente. En el último segundo hacen un movimiento sincronizado y se elevan como un rayo. Esta consulta es todo lo que existe en el mundo en estos momentos, el zumbido suave de la luz que mana de los fluorescentes y la voz del doctor Janowski.

—¿Qué ves cuando te ves a ti mismo fuera, en libertad?

Olof guarda silencio unos instantes, se frota las palmas de las manos reseca con movimientos breves y rápidos, como para infundirse calma.

—¿Quieres saber lo que veo?

—Sí.

—Bueno. Es invierno y el golfo de Nybroviken está helado. Unos copos enormes y un frío helador que hace que la gente apremie el paso por las calles. En los jardines de Kungsträdgården patinan los niños, unos faroles iluminan la pista de hielo y de los altavoces se oye una música suave.

Olof guarda silencio y baja la vista.

—¿Y tú, Olof, dónde estás?

Las lágrimas le caen en las manos, que tiene apoyadas en las rodillas.

—Estoy encogido en la calle Hamngatan, delante de los almacenes Nordiska Kompaniet, con mi abrigo de invierno. Fuera la gente pasa a toda prisa. Caminan rapidísimo, como un reactor, los veo pasar volando delante de mí. Tengo muchísimo miedo, doctor.

—¿Adónde crees que van todas esas personas?

—Van camino al futuro. Y allí no hay nada para mí.

LA EDAD DE LOS ÁNGELES

Los árboles han perdido las hojas, negros troncos húmedos desnudos, un cielo lechoso y bajo sin pájaros. Estoy esperando sentada en el banco cuando aparece Jim caminando despacio por el patio. Una última mariposa se mueve por la hierba, se diría que las alas se han vuelto demasiado pesadas para volar. Un hombre recoge hojarasca un poco más allá. Jim se queda de pie en silencio un buen rato, agitando un sobre que lleva en la mano.

—Hola, Jim.

—Te he echado de menos, Jackie.

—¿De verdad?

—Sí.

—Yo creía que no querías que viniera más.

La mariposa se ha quedado totalmente inmóvil bajo esas alas enormes. Color carbón, color tierra, como si hubiera nacido de la tierra, de una crisálida sepulcral.

—¿Y qué es lo que has echado de menos? —pregunto al ver que no dice nada.

Él se ríe y le da un toque al ala del sombrero, que me cae en los ojos.

—Ese sombrero. He echado de menos el sombrero.

Nos quedamos callados un rato. Pienso en lo fácilmente que habría podido atrapar aquella mariposa y aplastarla con la mano, pero la dejo ir. Jim parece distinto, no tan nervioso como antes. Me cuenta que le han dado varios días de permiso, que ha estado en la isla de Stora Karlsö.

—Pronto me iré de aquí.

—¿Y cuándo es pronto?

—No lo sé. Estoy esperando a que Edvard me lo comunique.

Una sombra fugaz sobre el césped cuando un pájaro cruza el cielo a escasa altura. Tiene que ser una rapaz, la sigo con la mirada hasta que desaparece en la blancura. No sé qué decir, yo creía que iba a quedarse aquí para siempre, creía que aquello era el final de algo, que nunca volvería.

—O sea, que ya te has curado, ¿no?

—Yo no me voy a curar nunca, pero ya no tengo que quedarme aquí.

La mariposa eleva las alas y revolotea un trecho sobre la hierba, luego se desploma de pronto y se queda inmóvil.

Sabina espera a Jim con un tablero de ajedrez en los brazos. Lleva puesto un traje de baño negro bajo el abrigo de pieles, y las enormes botas de goma de Edvard. Rebusca en el bolso y encuentra una barra de labios que abre, aunque luego se queda de pie con ella en la mano sin usarla.

—Has vuelto —dice Sabina.

—Pues claro que he vuelto.

—Creía que te habías ido para siempre.

Ella coloca las piezas en silencio. Empiezan a jugar y juegan a toda velocidad y con mucha concentración.

—¿Crees que nos veremos ahí fuera?

—Claro.

Sabina espera. Luego continúa.

—Así que al final he sido yo quien se ha encariñado contigo en lugar de tú conmigo. Así es siempre. Primero soy yo quien decide. Luego lo pierdo todo. O me pierdo a mí misma. Creo que me olvidarás en el preciso instante en el que salgas por la verja.

—A ti sería muy difícil olvidarte, Sabina.

—¿Y si yo me quedo aquí?

—Entonces vendré aquí a buscarte.

Siguen jugando en silencio.

—¿Cómo te imaginas tu muerte, Jim?

—Pero ¿de verdad que eso es lo único en lo que piensas?

—No lo único. También pienso en nosotros. Pienso mucho en nosotros.

Jim tiene permiso para dejar el recinto hospitalario un rato cada día, y cada vez nos vamos más lejos, al lago, que está lleno a rebosar. Las frías aguas siguen subiendo desde hace semanas, se adentran cada vez más en el bosque. Y el agua del lago está muy fría, a pesar de que es agua estival, fría y clara como el cristal, y luego se vuelve marrón y aceitosa, un olor denso a azufre y lluvia vieja se extiende sobre todas las cosas.

—Así que has conocido a Paul, ¿no? —pregunta, sentado con una piedra en la mano y mirando el oro plúmbeo del lago.

—Sí —digo—. Suelo ayudarle con el jardín que hay detrás del pabellón de Stora Mans.

Jim hace un gesto con la mano.

—Vaya destino el de ese hombre, Paul. Con lo bueno que es.

—¿Y cuál es su destino?

—¿Es que no lo sabes?

Una luz estridente me centellea por dentro, un ardor inesperado que me recorre las venas.

—Creo que no.

Las palabras desaparecen y vuelven. La voz de Jim es en todo momento rápida y ligera, como si estuviera contando algo fantástico. Al otro lado del lago, la última luz del sol atraviesa los árboles combados. Aquellos árboles que siempre se ven atraídos por el agua. En la distancia parece que trataran de huir de un perseguidor adentrándose en el lago, como si se hubieran quedado paralizados en plena huida y se hubieran quedado allí con el cuello arqueado y las ramas ahogadas, exánimes, desnudas. Cierro los ojos y, al hacerlo, noto las manos fuertes de Paul recorriéndome de nuevo la nuca, su cálido aliento en el pelo, una simple pregunta en la oscuridad.

—¿Y Benny? —pregunto al fin.

—Se lo llevaron.

—¿Cómo?

—Pues nada, seguramente vinieron y se lo llevaron.

Lanza la piedra y hiende con ella la inerte superficie y forma miles de anillos alrededor del lugar donde ha desaparecido.

El jersey de Sabina huele a fuego y a bosque. Me lo acerco a la cara y dejo que me abrace por unos instantes. Su respiración es lenta y tranquila y yo desearía permanecer así para siempre, a su lado. Jim ha vuelto a la sección.

—No pasa nada, Jackie. Todo tiene su momento. La edad del oro. La edad de los héroes. La edad de los ángeles.

—¿Tú crees? —digo, y la abrazo más fuerte. La noto tan delgada bajo mis manos... Es casi solo costillas y corazón. Tengo frío con la rebeca, es como si el invierno estuviera en camino, una capa de frío y humo del incendio recorre el aire, un aroma de nieve recién caída.

—Tú ya has dejado atrás a Jim —susurra.

—¿Seguro?

—Sí, hace mucho.

—¿Y Lone?

—No conozco a Lone, pero a las madres nunca las dejamos atrás.

Sabina nunca ha hablado de su madre, he dado por hecho que solo tiene al conservador del museo de Historia Natural, que aparece por aquí de vez en cuando con traje de chaqueta y se encierra con Sabina en su habitación. Ese hombre inunda la sección con su colérica presencia, y nadie se atreve a acercarse a Sabina cuando está aquí. Ni Edvard, ni Jim.

—Caes enferma —dice—, alguien se ocupa de ti, te conviertes poco a poco en alguien que nunca creíste que llegarías a ser. Y en medio de la oscuridad, está tu madre.

Cuando vamos a separarnos junto al vigilante, me abrocha toda la hilera de botones plateados de la rebeca. Me mira un buen rato antes de apartarme de su lado suavemente.

Me siento encogida en la cama del dormitorio del hospital, al lado de Jim. Nuestros pies se rozan por debajo del edredón, he doblado las rodillas y sus plantas desnudas se juntan con las mías.

—Pareces distinta, Jackie.

—¿Sí?

—Más adulta. Una mujer en miniatura.

—He cumplido años.

—Lo sé. Catorce. La edad de la dominación del mundo. Mañana me voy de aquí. ¿Te lo había dicho?

—Sí, me lo dijiste.

—Creo que me he perdido el verano. Lo siento.

—Ya lo sé, pero no pasa nada. Habrá más veranos. ¿Quieres que venga mañana?

—No, no vengas. Lo último tengo que hacerlo solo.

Nos quedamos un rato en silencio. En la débil luz del sol flotan partículas de polvo.

—Entonces a lo mejor mañana voy al colegio —digo al final.

—¿Ha empezado ya?

—Sí, hace varias semanas.

Me mira con unos ojos totalmente claros, como un vaso de agua.

—Pues claro que tienes que ir al colegio. Tú eres el futuro, ¿es que se te ha olvidado?

—Una vez dijiste que esto era el final del futuro —digo, salgo como puedo de la cama y me dirijo a la ventana.

—¿Eso dije?

—Sí.

La voz de Jim suena tranquila y cálida.

—Estaría hablando de mí mismo. Ya sabes, la primera vez que te vi en el materno en brazos de Lone pensé que el mundo que había ahí fuera era tuyo.

Pensé: «Esa niña podrá hacer lo que ella quiera».

Veo a Paul a lo lejos. Está con una maleta en la mano, delante del pabellón de Stora Mans. Algo más allá hay un coche negro, tiene un aspecto inquietante, con esas ventanillas oscuras. Cuando lo llamo no responde, tiene la espalda dura, rígida por la ira. Solo cuando llego a su lado levanta la vista, ese resplandor frío que lo rodea desaparece. Por un instante, nuestras miradas se encuentran, sus ojos claros de un azul irreal que me dejan clavada en mí misma. Trato de ganar tiempo, puesto que veo que está a punto de irse. No sé cómo me las voy a arreglar sin él, no hay nada después de él. Así que le digo las cosas como son, que él es mi amigo más íntimo.

—Está bien, pero pronto estaré lejos de aquí —responde, y se le aclara la expresión alrededor de los ojos.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Me trasladan.

Esta luz es una luz de muerte fría y aciaga, no me había dado cuenta hasta ahora, amarilla y granulada sobre los árboles desnudos, y luego está toda esa agua que transforma el parque del hospital en un río ardiente y hambriento, los llanos que rodean la zona se inundan y dejan tras de sí árboles jóvenes arrancados de raíz. Un aroma a sepulcro envuelve la zona, las nubes tienen color de hiel, rasgados jirones enfermos. Pero en el cielo aparece ya alguna que otra estrella. Cuando se me llenan los ojos de lágrimas, las estrellas se deslizan superponiéndose unas a otras y el cielo se convierte en una película lechosa.

—¿Podré volver a verte?

—No lo creo.

—Decías que eras mi amigo. ¿No te acuerdas? —Me mira un buen rato, y luego sonrío con esa sonrisa suya resplandeciente, alarga una mano y sopla sobre ella.

—Adiós, querida mariposa. Ya puedes volar libre.

Se da media vuelta, se dirige al coche y deja el equipaje en el maletero, antes de plegar el corpachón para acomodarse en el asiento trasero. Yo veo

cómo sucede todo esto y no puedo moverme, no puedo correr aunque debería precipitarme hacia el coche y detener a Paul. Hay algo dentro de mí que me lo impide.

Cuando levanto la vista hacia la fachada, Edvard está en la ventana, observándome con las gafas de sol oscuras y las manos a la espalda. Levanta una mano y me saluda antes de meterse dentro y desaparecer en la oscuridad.

DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ETERNIDAD

(VITA)

—¿Qué flecha es la que vuela para siempre, Jim?

Las enormes copas de los árboles los protegen de la intensidad de la luz del sol. Jim practica con el arco en una diana clavada a un tronco, mientras Vita lee el periódico tumbada en el abrigo extendido sobre el césped reseco. Por detrás parece una jovencita con el finísimo cinturón rojo bien ajustado, el pañuelo en la cabeza para protegerse del sol y moviendo las piernas todo el rato arriba y abajo sobre la hierba. Si un extraño los viera ahora mismo, le sería imposible adivinar que ella es la madre del jovencito que tiene el arco en la mano, podría ser su amante perfectamente. Y cuando la flecha sale disparada, ella aparta la vista del periódico para ver si se clavará en la diana, y es un momento que se prolonga de un modo extraordinario cuando el tiempo se ralentiza y la flecha se desplaza por el aire como a cámara lenta describiendo un arco y ella lo mira como si él lo tuviera todo en sus manos, el bosque, el futuro y la dirección de la flecha.

—¿Por qué me pusisteis James?

Ella tiene la mirada luminosa y concentrada, y no hay nada que pudiera hacerla dudar de él en ese momento, su hijo y arquero, la luz en su noche.

—Porque significa «el que ha de proteger». Era el nombre más bonito que podría ponerle a un niño.

—Pero ¿a quién tengo que proteger?

—No sé... A ti mismo... A tus hijos... A tu hija.

—Pero si con todo eso he fracasado...

Cuando la flecha finalmente alcanza la diana con un ruido, se trata de un acierto perfecto, y ella le hace un guiño y le dice:

—No pasa nada, yo también fracasé. Pero tú aún tienes tiempo. ¿Lo has olvidado?

Y luego, Vita desaparece.

LA GRAVEDAD DEL AMOR

Camino a casa desde el hospital empieza a llover, una lluvia blanda y tibia. Echo una ojeada por la ventana al interior de la tienda de cosas antiguas. El hombre está durmiendo en un sofá, con una corneja disecada enorme en el regazo; cuando doy unos golpecitos en el escaparate se levanta de un salto y sale. Tiene las patas de la corneja apoyadas en la enorme barriga.

—¿Qué has hecho con aquel gato tan espectacular?

—Lo regalé.

—Está bien, uno debe regalar lo mejor que tiene.

—Mi padre viene a casa mañana.

Enarca las cejas lleno de asombro.

—Qué sorpresa. Menuda fiesta. Me alegro mucho.

Mira a la corneja.

—¿Tú crees que querrá este pajarito? Es del zoo de Berlín.

Rozo con cuidado las alas tiesas de color gris.

—Gracias, pero creo que podrá pasar sin él.

Lo agarra con más fuerza, como si se hubiera arrepentido de pronto.

—Sí, quizá. Lo cierto es que me estoy planteando si llevármelo yo mismo a casa.

—¿Tú dónde vives?

Parece sorprendido de que yo no sepa dónde vive.

—Pues vivo aquí.

Señala el cortinaje que hay al fondo de la tienda. Luego me besa la mejilla y vuelve a insistir en lo contento que está. Echo a andar y entonces me grita:

—¡Cuando yo era niño llamábamos cornejas a las niñas!

Estoy sentada en la ventana de la escalera fumándome un Hobson y mirando al patio. Un perro solitario merodea por los contenedores de basura en busca de algo que comer. Está tan flaco que se le marcan las costillas bajo la piel. Lone me recibe en el vestíbulo, quizá me haya oído llegar al portal y me estuviera esperando. Dejo que me seque el pelo mojado por la lluvia con

una toalla rosa. La miro, no me canso de mirarla.

—Oye, Lone, dime la verdad, ¿por qué has vuelto? —pregunto ya sentada en el sofá, con el tronco desnudo y gotas de lluvia en las mejillas. Ella se detiene de pronto y deja que la toalla descienda, me seca un poco de agua de la frente.

—Supongo que me dio miedo.

—¿De qué te dio miedo?

—Me dio miedo de que te pasara algo. Me desperté una noche en Odessa y me dio por pensar que estabas en peligro. ¿Fue así?

La lluvia cae fuera recta como una pared transparente. Una lluvia estival rezagada. Pienso en Sabina, que está sentada en el prado bajo los abedules contando las perlas de su collar después de la cena, supongo que ella y todos los demás ya me habrán olvidado, como siempre hacen con quienes abandonan el hospital.

—Jim sale de Beckomberga mañana —digo en lugar de responder a su pregunta.

—Lo sé. Acaba de llamar, justo antes de que llegaras tú.

—¿Y se va a venir con nosotras?

Lone parece cansada de pronto, parece como si llevara semanas sin dormir.

—Tú sabes bien que no se va a venir.

La tienda de la calle Drottninggatan desapareció hace ya mucho. Ahora hay ahí una cafetería con arañas de cristal en el techo y ángeles dorados en las paredes. En una ocasión estuve allí con Rickard, fue cuando estaba embarazada de Marion, muy al principio, yo acababa de empezar a notar aquellos movimientos arácnidos en mi interior. Era como si de pronto, con la máxima rapidez, alguien me pasara una pluma por la barriga. Bajo las lámparas de cristal le hablé de aquel hombre y de la tienda de cosas antiguas, de los zorros y los maniqués y los sombreros.

—Desapareció, y con él un mundo del que no queda rastro. Un mundo que existía cuando yo era niña. A veces lo echo de menos.

Luego le hablé de Beckomberga, nunca lo había hecho antes, le hablé de Sabina y de Paul y de Edvard y de Jimmie Darling. Cuando por fin guardé silencio, me miró y me dijo que le habría gustado conocerme de niña.

—¿Y qué habrías hecho si me hubieras conocido entonces? —le pregunté.

—Te habría cogido en brazos y te habría llevado lejos de allí.

—Pero si yo quería estar en aquel lugar... Era lo único que quería entonces.

—Es posible. Pero yo te habría apartado de allí de todos modos.

Jim está sentado con Edvard debajo del reloj por última vez y forma anillos de humo sobre las pilas de historias clínicas. Las lámparas parpadean sobre ellos, una luz ahogada y apagada. Hoy tiene la cortina corrida hacia un lado y allí están todas las cosas, el esqueleto, los cráneos y los botes de formol que uno puede quedarse horas mirando. El viejo calamar tristón que flota en esa luz gris acuática.

—Bueno, Jimmie Darling, ¿cómo te sientes?

—No sé. Bien, supongo.

—¿Viene a recogerte alguien?

—No, me voy en autobús.

—Si no, tienes la posibilidad de ir en taxi a cargo del hospital.

—No, tenía muchas ganas de subirme a ese autobús.

—Perfecto, entonces.

—Sabes, Edvard, que cada vez me cuesta más decir adiós. Cada año que pasa me cuestan más las despedidas. Hoy por hoy apenas puedo subirme a un autobús, porque luego tengo que separarme de los demás pasajeros cuando me toca bajar.

Edvard se ríe y se echa hacia atrás en la silla.

—¿No es algo así como el dilema de Don Juan?

—¿El qué?

—Que no puede irse sin tocarla a ella.

—Seguramente. ¿Cuidarás de Sabina?

—Ya sabes que sí.

—Necesita algo, no sé qué es. Yo no puedo dárselo. Alguien tiene que cuidar de ella.

Edvard lo abraza fugazmente.

—Pensar solo en ti mismo puede protegerte hasta cierto punto, Jimmie, pero al final tienes que empezar a amar a alguien para no enfermarse otra vez.

Jim echa a andar escaleras abajo y deja el hospital sin mirar atrás. A la

altura del vigilante enciende un cigarro y da unas caladas rápidas antes de encaminarse a la parada del autobus.

Unos días después estábamos sentados en los jardines de Spökparken contemplando la oscuridad que se aproximaba rápidamente, tal como suele aproximarse en los otoños. A mí me habían regalado una cadena fina de plata y un peine de ámbar. «Regalos de Sabina», dijo Jim.

Me había llamado para decirme que quería celebrar mi cumpleaños en los jardines de Observatorielunden, como antes.

—¿Cómo está Sabina? —pregunté, y me pasé por el pelo el brillante peinecillo color amarillo gato.

—Como siempre. Triste. Es la desolación de Sabina.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien. La vida es un proceso de elaboración del duelo.

Había arrastrado allí una hamaca vieja desde la tienda de Drottninggatan, nos sentamos allí y nos balanceábamos entre el cielo y la tierra. En el parque, la noche siempre ha caído repentinamente, como si alguien girase un interruptor allá arriba. Estábamos allí sentados en el crepúsculo y lo único que se movía era el ascua de su cigarro, que flotaba delante de nosotros, un insecto de luz solitario en la noche. Yo había pensado que nunca lo pediría, pero cada palabra es en realidad solo una plegaria, y al final resulta inevitable. Él me miró con esos ojos azules, era un color azul tan intenso que se convertía en otra cosa, en negrura, y su mirada, el gran ojo errabundo y solitario, el iris que rodeaba la dura pupila rígida a cuyas profundidades yo siempre corría el riesgo de caer, era magnético, era tan opaco, tan azul, como si el alcohol hubiera ascendido al agua de sus ojos, azul aguardiente.

—Una noche soñé que habías dejado de beber. Siempre he pensado que no puedo imaginarte sobrio, pero en sueños sí puedo. Era como si nunca hubieras sido otra cosa.

—¿Y cómo era en el sueño?

—Diferente. Blando. En el sueño todo era blandísimo. Parecía que nada tuviera aristas.

Jim me miró como si se encontrara en otro mundo, luego siguió mirando el parque y la oscuridad, que descendía lentamente sobre la plata de la ciudad.

—Es algo que nunca podré darte. Es lo único que no podré darte nunca.

Y cuando las arañas se le arrastraban por el pecho aquella noche en la calle Observatoriegatan, yo lo agarré, las vi venir incluso antes de que él hubiera descubierto que estaban allí.

—Pero si tú no deberías verlas, no debería ser posible —murmuraba a mi lado, tratando de cogerme las manos. Es verdad que yo no debería poder ver sus pesadillas, pero siempre he visto las arañas, esos insectos arcaicos que salen del aguardiente, cómo caen uno tras otro desde el techo y le aterrizan en el cuerpo con un leve sonido eléctrico, esos cuerpos negros arrastrándose, que de pronto están por todos los rincones de la cama.

Un ave marina vuela despacio por el hospital al atardecer. Es tan blanca que casi parece iluminada por dentro, y yo la atisbo brevemente mientras planea por las galerías; luego ya no está.

INVIERNO EN ESTOCOLMO

Edvard tampoco dejaría ir del todo a Jim después de que este abandonara el hospital. Unas semanas después del alta, lo llamó para preguntar cómo le iba.

—¿Qué tal estás, Jimmie? —preguntó.

—Os echo de menos a todos —dijo Jim, sentado en la ventana, oteando los jardines de Observatorielunden. Sabina estaba tumbada en la cama y lo observaba, había vuelto a salir unas horas.

—Nosotros también te echamos de menos. Si quieres, puedes venir esta noche. Una copa en la plaza de Lill-Jansplan hacia medianoche, yo invito. Vente.

Así que Jim y Sabina tomaron un taxi que Edvard bajó a pagar. Luego estuvieron sentados en el balcón que daba a la plaza de Lill-Jansplan hasta el alba contemplando la ciudad envueltos en mantas. El invierno estaba en camino, grandes nubarrones cargados de nieve venían arrastrándose desde el este hasta la ciudad.

Jim: Yo había empezado en mi trabajo por aquel entonces. Sabina solía dormir conmigo en el dormitorio de la calle Observatoriegatan cuando le daban permiso nocturno. Por la mañana, cuando me iba al trabajo, le daba un billete de cien. Cuando volvía, ella estaba esperándome sentada en la acera. Y Edvard aún seguía echándome un vistazo, una vez al mes me examinaba el hígado y los riñones y el corazón y me ayudaba a entender cuánto podría beber sin que sufrieran un colapso. Se quedaba de pie abajo, en la calle, delante de su Mercedes, y tocaba el claxon para que bajara, y me dejaba conducir por Estocolmo mientras me iba contando los resultados de los análisis. Cuando Sabina se fue, él también desapareció. Nunca más volví a verlo.

Una tarde, ella no estaba esperando. Transcurrieron varios días, él podía notar su aroma flotando por allí como una herida en el aire, un instante que se difuminaba en el acto. Unas semanas después, la encontraron en el bosque de Stora Skuggan, colgando solitaria de una cuerda bajo uno de aquellos robles gigantescos. Jim llamó a Inger Vogel, que acudió con su maletín médico lleno de pastillas de color rosa. Ella se quedó con él todo el invierno en la humilde habitación de alquiler.

Me lo cruzo delante de su portal cuando sale en bata y zapatillas para comprar tabaco y leche en la tienda de Strindbergsboden. Va en compañía de Inger Vogel, y huele levemente a vino rancio y a algo más, soledad, tal vez. Inger Vogel está cambiada, sin el uniforme de enfermera parece más rolliza, más blanda, como cualquier otra mujer. Me toca fugazmente la mejilla, sin mirarme a los ojos.

—No tienes que preocuparte por mí, Jackie —dice Jim—. El alcohol es un don para el ser humano. Tú también lo descubrirás un día.

—Yo no he dicho que esté preocupada —digo, y sigo caminando calle arriba.

Tengo catorce años, tengo quince, cumplo dieciséis y en el día de mi décimo séptimo cumpleaños Blenda se sienta enfrente de mí con esa melena negra cortada a lo paje y menea una copa de vino que tiene en la mano.

—Jim siempre asegura que le salvaste la vida cuando ibas a Beckomberga —dice—. Me alegro, me alegro de que lo salvaras para mí, Jackie.

Jim se ha casado con Blenda y tiene dos hijos. Por las noches, cuando los niños se han dormido, bebemos juntos, nos sentamos en el amplio salón de su casa, con vistas a los jardines de Vasaparken.

Cuando cumplo dieciocho, dejo de visitarlos. Los llamo por teléfono, pero ya no me responden, y mis cartas tampoco obtienen respuesta. Puede que sean desgraciados, o puede que tengan bastante consigo mismos.

Bajo por la pendiente de Drottninggatsbacken con unos amigos de la universidad cuando Jim sale dando tumbos de uno de los bares. Lleva un abrigo oscuro muy raído y se cae en la nieve varias veces antes de ponerse en pie y alejarse dando bandazos en dirección al centro. En un momento dado parece que no va a poder incorporarse otra vez, que se va a quedar allí tirado en el suelo para que la gente le pase por encima mientras la nieve sigue cayendo.

—Pobre desgraciado —susurra Ylva, que está a mi lado, y señala a Jim sin saber quién es, y las dos nos quedamos mirando esa espalda, que desaparece despacio y se confunde con la masa de gente. Luego me arrepiento de no haberme acercado a saludarlo, debería haberle dado la mano y haberle ayudado a levantarse de la nieve. Podría haberme sentado a su lado mientras estaba en el suelo, haberle sacudido la nieve del pelo, haberle preguntado:

—¿Podrás arreglártelas ahora?

—¿No quieres quedarte conmigo un momento?

—La clase empieza dentro de diez minutos.

—Quédate aquí sentada conmigo unos segundos. No me va nada bien, Jackie. ¿Dónde te habías metido?

—Llamé varias veces, y te escribí cartas, pero tú nunca respondías.

—¿No?

—No.

—¿Cómo pude ser tan tonto de despreciar lo mejor que tenía?

—No sé, Jim. Yo me voy ya.

Marion tiene tan solo unas semanas cuando Jim llama de pronto desde un taxi camino al aeropuerto. Han transcurrido casi dos décadas. Está ebrio y la voz suena igual que siempre: cálida, eufórica, amigable.

—¿Has tenido un niño?

—Sí, Marion.

—Bonito nombre. ¿Puedo verlo? ¿Podré cogerlo en brazos?

—¿Te gustaría?

—Pues claro que sí. ¿Tú has estado en París, Jackie?

Una inhalación violenta cuando enciende un cigarrillo y de fondo, acto seguido, los reproches del taxista, que lo obligan a apagarlo contra su voluntad. Yo espero. Marion se me ha dormido en el hombro, estoy delante del espejo del cuarto de baño, hablando con el auricular encajado entre la mejilla y el hombro, un hilillo fino de leche me corre por el brazo desnudo.

—¿No te dejan fumar en el taxi?

—No, claro, no me dejan.

Sonrío a la imagen del espejo.

—Penosa actitud.

—¿A que sí?

Oigo la sonrisita a través del auricular.

—Todavía no tengo hotel, pero me arriesgué y compré un billete para ti también, Jackie. Podemos vivir justo a la orilla de l'Autoroute de l'Est, con vistas al río o a la ópera, si lo prefieres. Los árboles ya han florecido en las Tullerías.

Yo no fui a ese viaje. A su regreso, Jim me llamó y me pidió que fuera a verlo con Marion. El piso de Vasaparken estaba embalado en cajas de cartón, Blenda y los niños se habían mudado de allí. No había ni rastro de ellos en las amplias habitaciones luminosas, solo una cajita de música en una silla del recibidor, que alguno de los dos pequeños debía de haber dejado allí para ponerse el abrigo, y allí se le quedó olvidada.

Jim parecía llevar meses bebiendo. Estuvo un buen rato mirando a Marion, rozó cuidadoso la pelusilla de la cabeza, pero no se atrevió a cogerlo en brazos, porque le temblaban las manos. Pronto se llevaría el piano a Cariño, había encontrado una casita junto al mar. Estaba sentado en una caja de mudanza con el albornoz, y me enseñó los arañazos que tenía en los hombros, parecían heridas de unas alas que le hubieran arrancado, y me contó que se había caído en una hoguera en la playa a las afueras de Biarritz. Le lavé las heridas, le quité la sangre y la arena, y le ayudé a ponerse una camiseta limpia, y luego nos quedamos allí sentados contemplando la noche.

Al salir por la verja del hospital, Lone se para de pronto. Es el último sueño.

—Bueno, ¿y qué piensas tú del hospital? ¿Por qué tenían todos tanto miedo de este lugar?

—Supongo que es como un vértigo, ese miedo a caer y a que te lleven en la noche, a quedarte fuera. Pero aquí no hay nada que temer.

—¿Y a ti te gustaba estar aquí?

—Sí, me gustaba mucho estar aquí. Me gustaba Jim.

Seguimos andando, despacio, hacia la parada del autobús. Una suave lluvia invernal cae sobre nosotros; en la distancia el sonido de otro avión que va bajando camino de las copas de los árboles.

—¿Y ahora?

—Ahora solo queda el final.

—¿Y cómo sabe uno cuándo termina un relato?

—Se sabe sin más.

Unos copos aislados caen del cielo nocturno, se posan como un polvo fino sobre la hierba. Me cierro la chaqueta un poco más fuerte.

—Lone, ¿ves allí esa estrella solitaria que cuelga sobre los árboles?

—Sí.

—Cuando caiga, se terminó.

III

LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN

(SOBRE LA SOLEDAD)

Una noche veo caer una estrella, deja tras de sí una estela blanquecina en el cielo, y Jim me ha vuelto a escribir desde Cariño, se parece a las largas cartas de la infancia.

—Aquí estoy muy solo, Jackie. Quiero que lo sepas, que me siento como si esta fuera la última ronda. No estés triste. Tú ya sabes cómo es.

Otra vez la voz de Jim al teléfono. Sorda y apagada, suena como si hubiera estado mucho tiempo bajo el agua.

—Oye, Jackie...

—Hola, Jim. ¿Cómo estás?

—Solo... ¿Entiendes?

—Sí.

Presto atención al sonido del mar al otro lado, pero todo está en silencio absoluto a su alrededor, como si finalmente hubiera cerrado la puerta que suele dar portazos al viento también por la noche, a través de la cual entran en la casa de Cariño remolinos de arena, de conchas y de insectos muertos, y se quedan allí en montoncillos junto a las paredes. Todo lo que se oye es el sonido de una cerilla al encenderse y luego el humo que él exhala por la boca y que se disipa sobre su figura solitaria junto a la mesa de mármol de la sala de estar.

—¿En qué estás pensando, Jackie?

—Estoy pensando en que siempre he tenido miedo de caer enferma.

—¿Cómo que enferma?

—Loca.

—Pero no has caído enferma.

—A veces me gustaría que me pasara para dejar de tener miedo.

De pronto me habla con la voz clarísima, suave, presente, sobria.

—Pero oye, tú no vas a ser una persona enferma. Tú vas a ser otra cosa.

Dirijo la vista al horizonte, que arde en la lejanía, y a las grandes nubes, que se iluminan con los últimos rayos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Él se queda un buen rato en silencio, solo se oye la respiración brusca y repentina cada vez que da una calada.

—No lo sé, Jackie, el caso es que yo antes siempre tenía miedo de que te quitaras la vida, pero ya no.

—¿Por qué no?

—Siempre pensaba que estabas condenada a la misma negrura que yo, pero me he dado cuenta de que no es así. Solo sé que para ti es distinto. Espero que también lo sea para Marion.

¿Qué hace uno con una bendición así?, me pregunto sentada en la noche con doce perlas azules en la mano y aún a la espera de que la vida me coja y me lleve lejos, de que la vida empiece por fin de una vez.

—No esperes —dice Jim, como si me hubiera leído el pensamiento—. La vida no empieza nunca, solo se acaba. De repente. Así.

Y oigo cómo chasquea los dedos en el aire y luego nos quedamos sentados otra vez en silencio, en el fondo se oye la música del tocadiscos. Suaves acordes en la noche, los últimos sonidos de Cariño. Pienso en Marion, cuando era más pequeño, cómo trataba de atrapar los aviones que volaban por el cielo entre el pulgar y el índice, no entendía que se encontraban a una distancia infinita, creía que eran avioncitos de juguete que él podría alcanzar con la mano.

—Siempre pensé que yo iba a salvarte —susurro—. Pero quizá no sea posible salvar a alguien de sí mismo. Quizá tú sabías todo el tiempo que no funcionaría, solo que yo creía que tú sí querías.

Jim se ríe dulcemente.

—Pues claro que sí quería, Jackie, joder, es lo único que quiere todo el mundo, pero era imposible, no había forma. Habría dado igual hicieras lo que hicieras.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y luego vuelvo a oír el mar, el gran estruendo ahí fuera, quizá haya abierto la puerta otra vez y esté fumando en el umbral.

—Me gustaría preguntarte una cosa, Jackie. Por eso te he llamado. Una última cosa.

—Dime.

—Me gustaría que estuvieras conmigo al final. Si pudieras estar conmigo en la playa, cuando me adentre en el mar, no pasaría tanto miedo.

A veces, justo antes de dormirme, me viene la imagen de los árboles quietos y azulados del patio de recreo que había en el pabellón de Stora Mans. Están allí inmóviles, pese a la leve brisa que recorre Klockhusparken, como si nada nunca pudiera perturbarlos, y oigo el chapoteo de los tritones que se reunían junto al estanque las primaveras, las rocas negras relucientes del Judarn, adonde solíamos ir paseando cuando a Jim le dieron permiso para salir un rato del hospital, podíamos pasar horas allí, en la cara escarpada, donde el agua siempre está en la sombra, viendo nuestro reflejo moviéndose lejos allá abajo.

Lone siempre ha dicho que mi cara y la de Jim están cortadas por el mismo patrón, y ahora, tumbada y despierta con la primera luz del alba, al ver la fotografía que hay colgada encima de mi cama y en la que estamos los tres en Beckomberga, me doy cuenta de que me parezco a los dos, de que tengo en mí la insaciabilidad de Jim y la soledad de Lone. Y mientras las aves se despiertan y las campanas de Hedvig Eleonora empiezan a repicar, puedo verlos como eran en un principio, en los comienzos de nuestra familia, cuando iban calle abajo por Norrtullsgatan camino de la universidad cada uno con un libro bajo el brazo. Lone con una chaqueta de ante y botas altas y Jim con un traje de pana. Y entonces Jim se inclina para besarla delante del escaparate del anticuario, antes de seguir bajando la calle. Un beso que es un comienzo y una promesa, y que él traicionará muchas veces. Pero en ese preciso momento están iluminados por una potente luz interior, y sus rostros se ven dorados por el sol que se está poniendo detrás de los jardines de Observatorielunden. Unas libélulas relucientes rezagadas del verano siguen revoloteando a su alrededor, vuelan junto con Jim y Lone directas a la luz cegadora del futuro, y entonces oigo al teléfono la voz ebria de Jim desde Cariño.

—La verdad es que yo agradezco enormemente haber enfermado. De no ser por eso, no habría entendido nada del mundo.

—¿Cuándo te irás, Jim?

—Eso no lo puedo decir.

—¿Pensarás en mí mientras emprendes a nado tu camino?

—No creo que piense en nada.

—¿Me llamarás por teléfono?

—Si quieres.

—Solo una última pregunta.

—Dime.

—¿Me quisiste alguna vez?

—No lo sé, Jackie, no sé si te quise.

EL ÚLTIMO PACIENTE

(AÚN EN LA LUZ)

Y un buen día, uno se para y se pregunta: «¿De verdad que aquello fue una reforma, o podría decirse que me engañé?»

Fuera ya está oscuro. Olof ha dejado de llorar, está sentado con un pañuelo enorme en el regazo.

—Una última cosa, doctor.

—Dispara.

—¿Verdad que fueron los que estaban cuerdos quienes mataron a Cristo?

El doctor Janowski se ríe despacio.

—Sí, en eso tienes razón, Olof. Fueron los cuerdos los que mataron a Cristo.

—Ya, eso pensaba yo.

Una ráfaga de viento recorre los pasillos vacíos al otro lado de la puerta. Olof se pone de pie, presta atención a ver si oye una melodía.

—¿Lo oyes, doctor Janowski?

—No, yo no oigo nada.

Olof lo manda callar.

—¿No lo oyes?

—No, solo el viento.

—No es el viento. Es el coro otra vez. Está cantando para mí, está cantando para nosotros. ¿De verdad que no lo oyes?

El doctor Janowski se levanta y presta atención también.

—¿Qué es lo que está cantando?

—No puedo decirlo.

—Pues cántalo.

Olof se pone a cantar.

En el invierno de 1995 cierran el último pabellón de Beckomberga. El doctor Janowski deambula despacio por las galerías a oscuras antes de abrir la puerta a la luz invernal. Se queda un rato de pie bajo la inscripción de oro y contempla el pequeño estanque congelado antes de abrocharse toda la hilera de botones del abrigo y alejarse hacia el paseo de los tilos.

Durante toda la década de 1980 van trasladando a los pacientes de los hospitales psiquiátricos a consecuencia de las críticas contra la atención que en ellos se prestaba y de la ola de desinstitucionalización que recorre Occidente. Los antipsicóticos que aparecen en la década de 1960 posibilitan a los enfermos la vida fuera de las instituciones, y los cuantiosos recursos económicos que los antiguos psiquiátricos requerían no existen ya.

La asistencia psiquiátrica se presta actualmente en los grandes hospitales, se mantuvo aproximadamente una décima parte de las plazas que había entonces.

A veces he pensado que la época de Beckomberg coincidió con la época del estado del bienestar, 1932-1995.

ET MISERICORDIA

Ayer, cuando cruzaba la plaza, vi al marinero por primera vez en varias semanas. Estaba sentado en el lugar de siempre, con la botella de aguardiente en la mano, pero ahora en una silla de ruedas. Tenía las dos piernas amputadas por debajo de la ingle, aún llevaba la venda. Al verme me saludó y me llamó, y me senté a su lado en el banco.

—¿Qué te ha pasado en las piernas? —pregunté desfallecida por las náuseas, y tratando de no mirar su cuerpo mutilado, parecía que hubiera estado en una guerra. Levantó las manos y se rio.

—No están.

—Ya, ya lo veo, pero ¿qué ha pasado?

—Bah, esas piernas nunca me han llevado a ningún buen sitio. Siempre anduvieron como les dio la gana. Ya sabes, directas a la primera tienda donde vendieran alcohol o aquí, a la plaza. Ya sabes cómo va esto. Y ahora tengo este chisme tan estupendo. —Sonrió y dio una palmadita a las ruedas de la silla.

Después fui a buscar a Marion, fui llorando todo el camino, me sentía como si volviera de un entierro. Cuando entré en la guardería, él vino corriendo hacia mí cruzando una salita tras otra. Todas las veces me recibe con la misma felicidad incomprensible, y yo también. Es como un viento en mi interior, una posibilidad, una grieta en la oscuridad.

Poco antes de que naciera Marion, un pajarillo voló en la sala de partos en la que yo me encontraba, desnuda bajo el camisón del hospital, con el dolor ardiéndome en la pelvis. Era tan intenso que aniquilaba todos los pensamientos, eliminaba el temor a partirse en dos como un trozo de tela y desangrarse. El pajarillo era pequeño como un colibrí, y azul claro. Se había posado en la ventana abierta y me miraba, me daba la sensación de ser una elegida, y quizá lo fuera. Como un delfín pequeño salió Marion de mí. Sucedió tan rápido que estuvo a punto de caer al suelo antes de que lo atrapara. Después pensé en Lone, en que ella tuvo que hacer lo mismo por mí tiempo atrás. Ella también se encontró sola en la sala de partos en aquella

ocasión, Jim no llegó a casa esa noche, apareció en el hospital la mañana siguiente, ebrio y con un ramo de rosas tan grande que el personal tuvo que poner cubos de agua. En la única fotografía del hospital se ve a Lone furibunda, destrozada, ahí sentada en el borde de la cama cogiéndome en brazos por primera vez. El rímel se le ha corrido en estrías por debajo de los ojos.

Pienso a menudo en Rickard, en lo dulce que fue conmigo, pienso en sus manos, en cómo sujetaba las mías por encima de la cabeza cuando nos acostábamos, en la delicadeza con que deslizaba los dedos por la palma de mi mano, arriba y abajo por la línea de la vida para subir luego por las finísimas venas de la muñeca; pienso que debería haberme agarrado más fuerte, no debería haberme dejado ir. Cuando Marion solo tenía unos meses, llamó llorando desde Helsinki. Yo no sabía qué decir, así que dejé el auricular en el suelo y me tumbé al lado del aparato y lo oí llorar. Al cabo de un rato colgó, quizá porque comprendió que yo ya no estaba allí.

A veces pienso que Paul me salvó de la felicidad, y es que creo que no habría sabido qué hacer con ella. Una vez estuvimos cerca, por las tardes en la calle Kammakargatan, cuando estábamos solos en el mundo a la luz del sol en aquella cama enorme de Lone. Era como un dolor por dentro, como si fuera a desbordarme y dar un giro dentro de mí, a volcar en el interior.

Ya es finales de verano, y la gente que hace lo correcto ha vuelto a la ciudad, la llenan con sus ruidos, con su riqueza y su obviedad, sus rondas de *jogging*. La tienda de pelucas de aquí abajo ha cerrado indefinidamente, el letrero de «Vuelvo pronto» lleva semanas ahí colgado, y en la capilla bautismal de la iglesia han retirado de la cripta de cristal el niño revestido de plumas. Cuando me levanto por las mañanas no sé si todavía soy joven y estoy esperando a que empiece la vida o si todo ha pasado hace tiempo, pero cuando alargo la mano en la cama, Marion está allí enrollado en las sábanas. Siento que está despierto, aunque de espaldas.

—He soñado con el abuelo —dice con la voz ronca por el sueño.

—¿Qué has soñado? —pregunto.

—Que se metió en el mar con la bicicleta. ¿Ya no está?

—Sí, sí está. Está en su casa de la playa.

—¿Cuánto se va a quedar allí?

—No lo sé. Ni él tampoco, seguramente.

—¿Y después?

—Después vendrá a vernos.

Entonces se vuelve y me mira, y tiene los ojos abiertos de par en par y las pupilas insondables, como si tuviera un mar moviéndose en el fondo.

—¿Tú crees que va a venir?

El viento juega con la delicada cortina blanca que hay en la ventana, y pienso que lo único que Jim me ha dado en la vida es su forma de decir siempre las cosas como son, aunque duela, como ahora.

—No lo sé, Marion —digo al fin—. Yo creo que lo que él quiere, sobre todo, es marcharse.

—¿Y es lo que siempre ha querido?

—Creo que sí.

—Pero ahora ya es viejo, ¿no?

—Sí, pero a veces la gente es pequeña por dentro, aunque por fuera parezca vieja.

—¿Tú también quieres irte, mamá?

—¿Lejos?

—Sí.

—No, yo no. Yo lo que quiero es estar contigo.

El viento absorbe la cortina hacia fuera y luego la deja mustia, como si nunca más fuera a agitarla. Alargo una mano y le rozo a Marion la mejilla como me hacía Jim hace mucho tiempo, rápido, como el ala de una avecilla.

—¿En qué estás pensando, Marion?

—Estoy pensando en todas las cosas divertidas que vamos a hacer.

Me echo a reír.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ya lo verás.

En mi memoria vuelan blancas aves marinas por las galerías del hospital. Eso no puede haber pasado, pero así es como recuerdo la primera vez que vamos a verlo al hospital. El ruido del rumor de las alas, las plumas y un ligero olor a mar y muerte, como si las olas rompieran contra una playa situada en algún punto del interior del edificio, como si su arquitectura ocultara una herida abierta.

Anduvimos un rato paseando por el hermoso parque del hospital antes de tomar el autobús para volver al centro. Una semana después estábamos de vuelta. El parque florecía, el cielo parecía hundirse, tan bajo estaba, y las flores eran tan grandes como mi cabeza. Cerezos japoneses y magnolios que habían plantado allí en algún momento de la infancia del estado del bienestar, rosales que trepaban por las fachadas blanqueadas por el sol, y yo allí, observando los numerosos ojos que tenía aquel edificio enorme y que nos observaban a su vez. Y cuando toqué a Jim, él se sobresaltó, como si le hubiera rozado una herida.

—Hola, bomboncito.

—¿Por qué caíste?

—No lo sé. De pronto se abrió un cielo bajo la tierra. Simplemente, me arrojé al fondo.

Eran las copas de aquellos árboles enormes las que nos ocultaban a mí y a Jim mientras caminábamos de la mano por los jardines del hospital, la sombra enorme que pasó rápidamente por encima del negro césped quemado cuando una nube gigantesca pasó por encima de nosotros, y esa sombra es mi miedo a la noche, mi miedo a quedar encerrada, a ser amada, a perder a Marion. Pienso en las noches en que me despertaba junto a Rickard y tenía miedo de algo que nunca era capaz de explicar a la luz del día, una presión repentina en la cabeza, precisamente junto a la oreja, un rugido persistente y ensordecedor, como el de un incendio lejano en el bosque o un sol que brilla inesperadamente en la noche, que hace que el pensamiento se precipite de

pronto. Y el miedo es Paul y las aves de rapiña que sobrevolaban muy alto el edificio del hospital, y las flores altísimas que había en la parte trasera del pabellón de Stora Mans, el miedo es las hondas raíces que brillaban como el fuego al atardecer en el bosque Judarn. Olof Palme acaba de convertirse en primer ministro por segunda vez, y todas las mañanas, camino de Vällingby a la sede del Gobierno en Rosenbad, se detiene en Beckomberga para visitar a su madre. Y cuando pasa por debajo de los árboles de Klockhusparken, no es nadie, un simple hombre solitario que va a ver a una anciana ingresada en un psiquiátrico, y cuando ya está dentro, ella se le acerca medio corriendo, como una niña, una niñita vieja que se apresura por las galerías, ella ya no recuerda quién es él, solo que es ese hombre amable de traje y maletín que aparece por allí todas las mañanas y se queda con ella un rato antes de desaparecer otra vez por el pasillo. Y el miedo es Lone, que está sentada al sol en el balcón con un libro y nos espera a Marion y a mí. El miedo es la cara de Jim cuando le da la luz del sol, y también es ahí donde termina el miedo, en el resplandor amortiguado del sol, cuando consigue que alguno de esos hombres que están fumando a la sombra delante de Stora Mans estalle en una carcajada. Y en el instante en el que Jim me ve, se le ilumina la cara.

—¿Otra vez andas por aquí, locuela?

El miedo es también Sabina, que corre por el bosque con las pieles y una hilera de perros guardianes persiguiéndola, es los pájaros y las libélulas y los vecinos y las heridas sangrantes de sus pantorrillas al final, su cuerpo desnudo en el depósito de cadáveres, es los pacientes sin familiares que flotan en las grandes piscinas de cemento llenas de formol en la institución médica.

—Lo único que pido es libertad, y cuando me niegan la libertad, me la tomo de todos modos —dice.

—¿Y si eres tú quien cae, Sabina?

Con ella la locura es una esperanza, siempre se me olvida.

—Pues que así sea. Caer es comprender el universo.

Esas palabras son su rosario, la fuerza mágica que tenían para ella se asemejaba a la de la plegaria, perla tras perla, ensartadas en un hilo de luz en su negrura. Contemplo en el alféizar las perlas que perdió Sabina, veo mi propio rostro reflejado en la oscura ventana del dormitorio. Y al cerrar los ojos, puedo oír las olas gigantes del Atlántico, cómo se precipitan sobre las

playas antes de retraerse otra vez hacia el mar lentamente, son como suspiros, como latidos infinitamente lentos, como un ojo que se abre y se cierra, como la noche cuando se derrama sobre el planeta. Sostengo las perlas junto al corazón mientras espero a que Jim llame desde Cariño y me pida que vaya con él. Las perlas son mi amuleto contra esa noche inconmensurable que se acerca.

Jim: Pienso que estoy en el trampolín mirando el agua. Luego doy el salto perfecto y desaparezco en las profundidades, al cabo de unos segundos la superficie vuelve a ser un espejo negro. Será como si yo nunca hubiera estado aquí. Y no hay ninguna cuerda que nos sujete a la tierra, ningún lazo que vincule la luna a la tierra. Entonces, ¿qué podría hacer que me quedara aquí? ¿Qué me ataría al mundo si no una cuerda, si no un amor? Pero no existe tal cosa, nunca existió.

Yo solía observar a Lone cuando los dos dormían por las mañanas en la cama de la casa de Kammakargatan, enredados en sábanas húmedas, bañados en aquella luz intensa que entraba por la ventana. En el sueño, Lone siempre sujetaba un almohadón contra el vientre, y el corazoncito de oro le vibraba en el cuello. Era como si yo creyera de verdad que mi mirada podría protegerlos, que yo podría envolverlos en mi bendición y protegerlos de la oscuridad que se aproximaba, de las nubes que se arremolinaban en el horizonte, que rodaban por el cielo y chocaban entre sí desde hacía ya un tiempo. Pensaba que mi mirada podría mantenerlos en la luz para siempre, siempre me he creído la fantasía de que poseo una fuerza sobrehumana, no sé de dónde habré sacado esa idea. Nunca he salvado a nadie, nunca he salvado a nadie ni por asomo.

ESTA NOVELA ESTÁ DEDICADA A TODOS
AQUELLOS QUE PASARON POR EL PARQUE
DEL HOSPITAL DE BECKOMBERGA
ENTRE LOS AÑOS 1921 Y 1995

ODA A MI FAMILIA



PREMIO DE LITERATURA DE LA UNIÓN EUROPEA 2015
Beckomberga es un hospital psiquiátrico en las afueras de Estocolmo. Cuando Jimmie Darling es admitido en él, su hija, Jackie, comienza a pasar cada vez más tiempo allí. Cuando su madre se va de vacaciones al mar Negro, el hospital se convierte en el mundo de Jackie. El médico a cargo, Edvard

Winterson, lleva algunas noches a Jimmie y algunos otros pacientes a grandes fiestas en la ciudad. Nada más entrar en el coche de Edvard descorchan la primera botella de champán en el asiento trasero. «Una noche más allá de los confines del hospital te vuelve humano», dice a sus pacientes. *Beckomberga. Oda a mi familia*, que recibió el Premio de Literatura de la Unión Europea en 2015, es una novela excepcional. Su autora, Sara Stridsberg, una de las mejores narradoras suecas de su generación. El hospital psiquiátrico, protagonista del libro, está ubicado en un hermoso parque cerca de un lago y adquiere dimensiones casi míticas.

«Su franca honestidad y su reconocimiento del valor de los excluidos de la sociedad hacen de este un libro audaz e inteligente que, en definitiva, invita a sacar el mayor provecho de la vida».

Alastair Mabbott, The Herald

SARA STRIDSBERG

(Solna, 1972).

Escritora y dramaturga sueca. Su primera novela, *Happy Sally*, se publicó en 2004, y dos años después obtuvo un gran éxito con la publicación de *Facultad de sueños*, su segunda novela. Su tercera novela, *Darling River*, fue publicada en 2010. Por *Beckomberga. Oda a mi familia* recibió en 2015 el Premio de Literatura de la Unión Europea. Además de varios premios importantes, ha sido seleccionada tres veces para el prestigioso Premio August, la última en 2012 por su colección de obras de teatro, *Medealand*. De 2016 a 2018 fue miembro de la Academia Sueca, que otorga anualmente el Premio Nobel de Literatura. En abril de 2018 anunció su renuncia a las obligaciones como miembro de la academia a causa del escándalo de filtraciones y supuestos abusos sexuales. Stridsberg vive en Estocolmo.